

Mujeres valientes

Prólogo

El libro que el lector o lectora tiene ahora en sus manos es ya un clásico que leí y regalé en repetidas ocasiones a mujeres que querían ayudar a ser verdaderas agentes de cambio en los diferentes ámbitos de su vida hace ya más de 25 años.

A mí esta obra me llegó en un momento muy duro, tras la muerte súbita de mi mentor y amigo, Juan Antonio Pérez López, profesor y ex-decano del IESE, tras un accidente en carretera, y me fue de gran ayuda para discernir temas de calado en mi vida.

El autor, D. Enrique Cases, había vivido muchos años con Juan Antonio y ambos compartían la visión del entonces aún Papa, Juan Pablo II, sobre el genio femenino y la importancia de apoyar la feminidad en todas las áreas de la vida, tal y como había propuesto unas cuantas décadas antes el fundador del Opus Dei, S. Josemaría Escrivá de Balaguer.

Tras un cuarto de siglo, y metidos de lleno en una sociedad líquida intoxicada por la ideología de género, es muy oportuna la reedición de esta obra en la que se recogen varios referentes femeninos de los Evangelios, visibilizando las características diferenciales de hombre y mujer, su complementariedad y sus sinergias cuando se ponen a trabajar conjuntamente.

A través de los cuatro capítulos del libro, D. Enrique -a quien recuerdo sentado junto al lago de Tiberiades redactando versos inspirados a vuela pluma en nuestra peregrinación a Tierra Santa en el año 2000-, nos va introduciendo en los distintos perfiles de mujeres valientes, pecadoras, fuertes, buenas madres y esposas... Y vamos descubriendo en cada caso cómo el modo de tomar decisiones de esas mujeres viene muy influenciado por el corazón y por su capacidad de amar.

Hace tiempo que se pide a los directivos de empresa cambiar el “mindset”, la cosmovisión, el esquema mental, a fin de ser más realistas y poder tomar decisiones correctas en un mundo que parece desnortado e insostenible. Pero para conseguirlo es cada vez más obvio que está pendiente un cambio de “heartset”, una revolución de los motivos que nos mueven a la acción,

desde un corazón inteligente, que ponga a las personas en el centro de la vida, que busque la Verdad y quiera amar.

La valentía de todas las mujeres que desfilan por las páginas de este libro viene de su capacidad de ver más en profundidad la realidad humana con los ojos del corazón.

Es cada vez más obvio que este siglo requiere de un liderazgo femenino, que cuide la ecología humana, un liderazgo más empático y trascendente, integrado e integrador, que humanice la familia, la empresa y la sociedad. Por eso celebro la reedición del libro y felicito al autor y a la editorial por esta decisión.

Barcelona, 23 de diciembre, 2021

Nuria Chinchilla

Titular de la cátedra Carmina Roca y Rafael Pich-Aguilera “Mujer y Liderazgo”

IESE Business School, Universidad de Navarra

Prof. Dr. Nuria Chinchilla

<http://blog.iese.edu/nuriachinchilla>

<https://www.iese.edu/es/claustro-investigacion/catedras/carmina-roca-rafael-pich-aguilera-mujer-liderazgo> **IESE Women in Leadership (I-WiL)**

Capítulo primero

Dos hermanas muy distintas

Marta y María, trabajo y oración.

Meditemos una de las estancias del Señor en Betania. Jesús llegó allí de paso para Jerusalén. La actividad de los días anteriores había sido intensa. El camino que lleva de Jericó a Betania es duro, pues requiere una ascensión continua y transcurre por un terreno desértico. Jesús y los suyos debieron llegar cansados. Allí fue recibido por Lázaro, Marta y María.

Lucas nos cuenta aquel ligero descanso de Jesús en casa de aquellos hermanos. No narran los evangelistas cómo surgió esa amistad, pero el clima que se describe es afable, los lazos de amistad debían llevar un cierto tiempo. Todos actúan con naturalidad. No se percibe ni el envaramiento previsible en las visitas de algún personaje importante, ni la curiosidad o el recelo ante el desconocido, menos aún la frialdad ante la presencia de alguien que se considera inoportuno. Marta y María actúan y se mueven con sencillez; no se dice nada de Lázaro en esta ocasión, pero es normal pensar que estaba allí.

El descanso se presenta como algo deseado y agradable después de un camino largo y cansado, y de un tiempo de intensa actividad, especialmente si se puede estar con los amigos. Jesús se sienta con sus discípulos y con los de la casa que quieran estar con Él. María escuchándole se olvida de todo. Marta se afana en atender a los recién llegados preparando comida y refrescos. La escena es familiar y natural.

No es infrecuente que los hermanos se parezcan y al mismo tiempo sean muy distintos. Cada uno es cada uno. Marta es activa, diligente, hacendosa, está en todo, una buena ama de casa, con ella se puede encontrar una casa que es ese hogar donde todo está en su sitio. María es más apasionada, todo corazón, sensible, en su vida no caben medias tintas sino entrega sin condiciones. Sabe querer. Los temperamentos de las dos hermanas son ocasión para que Jesús nos deje una joya preciosa de sus enseñanzas, casi como de pasada. Sus palabras parecen dichas al vuelo, pero la atención de muchos en la Iglesia se ha fijado en ella, y lo largamente que han sido comentadas y meditadas nos obligan a detenernos en ellas.

Los hechos transcurrieron así: “una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María que, sentada también a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Pero Marta estaba afanada en los múltiples quehaceres de la casa y poniéndose delante dijo: Señor, ¿nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude. Pero el Señor le respondió: Marta, Marta, tú te preocupas y

te inquietas por muchas cosas. En verdad una sola cosa es necesaria. Así, pues, María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada”¹.

Jesús aprovechó la sencillez y la confianza de Marta para dejar claro el orden de lo necesario, lo importante y lo superfluo. Primero la oración y unida a ella el trabajo, lo demás puede esperar. Jesús revela como la oración es el núcleo y la raíz de toda actividad para que ésta sea algo vivo y sano. Pero veamos los detalles.

Es fácil comprender la actitud de Marta. Es una mujer responsable. Está en los detalles, se ocupa en algo necesario que alguien tiene que hacer: dar de comer y beber a mucha gente, procurar que descansen. No cuesta verla subir y bajar, mandar y ordenar. Es muy posible que todos hayamos visto en muchas ocasiones escenas semejantes. Es en medio de esa actividad cuando una inquietud empieza a dibujarse en su interior. Primero sería una mirada furtiva a su hermana: *"Yo aquí haciéndolo todo y ésta tan tranquila"*. Poco a poco iría juzgándola con severidad creciente. Claramente no comprende a María, tenía razones, pero le faltaba darse cuenta de que la inactividad de María es sólo aparente. Por otra parte se le oculta que su actividad es un servicio que permite que los demás puedan gozar de las palabras del Maestro, también su hermana. Hasta que llega un momento en que no puede más, se planta delante del Señor, le interrumpe ante un público verdaderamente absorto en sus palabras, y se queja. La sencillez de la queja de Marta es comprensible, aunque revele falta de caridad, con toda espontaneidad le dice al Maestro: *¿nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude*. Su queja va contra su María, pero también afecta al mismo Jesús por no darse cuenta de que ella era una mártir y su hermana una comodona. Es la explosión de algo que ha ido incubándose poco a poco y estalla de repente. Está realmente enfadada, ha perdido la calma y en ella se ha introducido el espíritu crítico faltándole caridad y humildad. Sus buenos deseos de servir se han visto enturbiados por el enfado creciente agresor de la paz de su alma. Gracias podemos dar a su sencillez, ya que su queja explosiva es motivo de una de las enseñanzas más hermosas de nuestro Señor.

El tono de la respuesta de Jesús se puede deducir del modo con que empieza a hablarle: **Marta, Marta** (hay mucho cariño en esta repetición del nombre). Es como decirle: “Mujer, calma”. “Claro que te comprendo, pero te has puesto nerviosa”. Es una repetición que revela cariño y buen humor, le recuerda su carácter, y hace que reflexione un poco. No la riñe, sino que le hace reflexionar. Primero sobre sí misma: **tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas.**

¹ Lc 10,38-42

La diferencia entre ocuparse y preocuparse es enorme. Ocuparse es trabajar bien y con rectitud de intención. Preocuparse es dejar que se altere la imaginación y, a través de ella, se mueva el orgullo. La preocupación altera el ánimo, aumenta los problemas, impide que se actúe con humildad y con caridad. El que se preocupa se ocupa mal de las cosas. De la preocupación surge la inquietud, producto de una falta de control de los nervios; la inquietud es una falta de serenidad y sin serenidad se pierde la objetividad. El alma inquieta juzga con precipitación, se entristece, le cuesta comprender. Marta actúa bien en su actividad externa de servir, pero pierde el control interior, se preocupa y se inquieta, no tiene paz en su buena acción externa.

Luego, Jesús le aclara la conducta de María y el camino que debe seguir para no perder los estribos con sus quejas. Y le dice: **En verdad una sola cosa es necesaria.** Cosas importantes hay muchas en la vida, y Marta estaba haciendo una de ellas: procurar servir alimento y descanso. Pero conviene tener bien dispuesto el orden de los valores. Lo necesario siempre será lo más importante, y sólo amar a Dios sobre todas las cosas lo es; al lado de lo necesario todo lo que llamamos importante pasa a un segundo lugar. ¿Quiere decir esto que está mal la actividad de Marta? No. Quiere decir que debe trabajar de una manera distinta, respaldada por la oración. Y en caso de dudar sobre qué es más urgente, elegir primero la oración. “Ama y haz lo que quieras” concluirá San Agustín mirando el fondo de toda actividad así se evitan los enfados y las quejas estériles. O dicho de otro modo, si trabajas trabaja por amor. Si descansas descansa con amor. Si rezas reza por amor

No le dice Jesús que su servicio sea incorrecto, sino que debe trabajar con amor y esto solamente lo aprenderá haciendo oración. Oración es lo que está haciendo María en ese momento **ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada.** Aquí esta la joya preciosa enseñada por Jesús aprovechando la sencillez y los defectos de Marta. La oración es lo primero. Ser almas contemplativas sea cual sea la actividad que se desarrolle en la vida. En la medida que esto se consigue se tiene paz y no hay inquietud, hay ocupaciones pero no preocupaciones.

La relación entre vida activa y vida contemplativa ha sido tema de estudio por muchas generaciones de personas buenas. Nosotros también queremos meditar esta relación a la luz de la conversación entre Jesús y Marta. Quizá en aquellos momentos, al escuchar a Marta, María pasaría un cierto sonrojo como si ahora percibiese que realmente había abandonado a su hermana, quizá pensó que su hermana tenía razón y debía ayudarla; por eso sentiría alivio al escuchar las palabras del Maestro. ¿Quiere decir esto que debe descuidar María las tareas de la casa que realiza su hermana?

Evidentemente, no. María también debe cuidar de la casa, pues sería una injusticia que dejase ese esfuerzo sólo a su hermana. Es aplicable aquí lo que con buen humor recita el refranero español *la mujer que por la iglesia/ deja el puchero quemar;/ tiene la mitad de ángel,/ de diablo la otra mitad*. Pero siempre sin olvidar cual es el orden de los valores. “Dios, los demás y yo”.

María será un prodigio de actividad durante la Pasión, allí está al pie de la cruz muy cerca de la Virgen dolorosa; es la mas activa en el día de la Resurrección de tal modo que merece ser citada la primera en las apariciones del Resucitado. Sería muy torpe entender la vida de oración contemplativa como pasividad o inactividad. La vida contemplativa es vida interior, y la vida interior es sobre todo vida, es decir, algo muy activo y rico. De esa vida interior surge luego la actividad externa como le sucedió a Santa Teresa que, después de luchar por la paz del claustro y conseguirla, creciendo en vida contemplativa, al cabo de los años se lanza a la fundación de conventos y otras actividades apostólicas con una fuerza extraordinaria, tanto, que se le llama la "monja andariega" Es muy frecuente ver en la Iglesia casos similares. Primero crecer para adentro: vida de oración. Después floración de frutos: vida exterior. Esos frutos surgen de la fuerza serena que se ha acumulado.

Marta en su agitación había perdido la presencia de Dios. Por eso se enfada. Todo trabajo debe ir acompañado de presencia de Dios si se quiere alcanzar la santidad. Por otra parte sería una ingenuidad pensar que en los conventos sólo se dedican a rezar, también descansan, comen, duermen, tienen tiempos de recreación, realizan algunos trabajos, además de la limpieza y cuidado de la casa, estudian, etc.

Conviene insistir en que es posible alcanzar vida contemplativa en medio del mundo. Es cierto que convendrá vivir las virtudes cristianas de un modo característico diverso de los religiosos; pero ello no quiere decir que no se pueda ser contemplativo en medio del trabajo, es más, conviene ser alma de oración en medio de la actividad más intensa si no se quiere se arrastrado por el torbellino de los acontecimientos. Es posible ser místico en el comercio, la industria, las finanzas, la política y cualquier actividad humana honrada. Y no sólo es posible, sino que es necesario, como bien nos enseña la vida de Jesús que vivió la mayor parte de su vida en una actividad intensa tanto en el trabajo como en el apostolado.

María ha escogido la mejor parte Cuando Jesús dice que la oración es lo mejor, conviene recordar que lo mejor no es lo contrario de lo malo, sino de algo menos bueno. La bondad de las diversas actividades dependerá del amor a Dios que sean capaces de vivir.

Miremos el trabajo. Un trabajo se puede santificar ofreciéndole, haciéndolo bien, poniendo rectitud ante Dios en aquella actividad. Pero no es posible, para el ser humano, trabajar y tener la mente totalmente puesta

en Dios. Si alguien pretendiese concentrarse en las verdades divinas mientras estudia o mientras compra y vende, ni rezaría ni trabajaría bien. Somos tan limitados, que necesitamos concentrarnos para realizar la mayoría de las actividades, eso ocurre especialmente en el trabajo intelectual. ¿Entonces cómo ser contemplativo en el trabajo? Encontrando tiempos dedicados exclusivamente a la oración; en ellos el alma adquiere la fuerza que es como el alma del resto de las actividades. El plan de vida que cada uno organice deberá ser como un guante que se adapte a las circunstancias de cada cual.

No le será quitada la mejor parte. Estas son las últimas palabras de Jesús en aquella breve lección. La oración es hacer actos de amor. No se pierde ninguno. Todo acto de amor a Dios permanece en el seno del amante, que es Dios. También permanecen en el que ora, ya que le hacen más perfecto, más amoroso. A veces los frutos se ven en la tierra, pero no siempre es así. No se pierden los frutos espirituales porque se conservan en Dios. No se puede decir lo mismo de otras realidades. El dinero, la fama, los placeres, y tantas construcciones humanas pasan, todo será quitado por la muerte de un modo violento, como un robo de ilusiones vanas que se va a producir con seguridad. Sólo hay un modo de conservar lo humano y es espiritualizando la vida. Lo humano entra en la eternidad a través del amor a Dios.

Unir trabajo y oración, lo humano y lo divino, es la meta de todo seguidor de Cristo. No se debe separar a Marta de María, sino ser Marta y María. Activos y rezando. Así lo hizo Jesús. Muchas veces se retiraba a orar en silencio y soledad hablando con el Padre. Pero la mayor parte de su vida la dedicó al trabajo manual. Y los tres años de vida pública están llenos de actividad apostólica. ¿Podremos separar lo que Dios ha unido? Mala cosa sería.

¿Cómo vivir vida de oración en medio del mundo? Con un poco de orden y mucho amor. Primero buscar el tiempo adecuado para esos momentos de diálogo con Dios, si no se encuentran es que se han planteado mal las cosas. Después trabajar como lo hizo Jesús en el taller de José. Ese trabajo transparentará la vida interior que se tenga y la paz se difundirá en el interior del alma como la luz de un candil, o de un foco, o del mismo sol brillante.

La vida interior es como el hilo que une las perlas del collar, no se ve, pero sin él serían cuentas sueltas nada más. Si hay oración, sea cual sea la actividad que se realice, se puede decir “¡Cuanto amo tu voluntad! Todo el día la estoy meditando; tu mandato me hace más sabio que mis enemigos, siempre me acompaña; soy más docto que todos mis maestros porque medito tus preceptos”².

² Salmo 119, 97-99

No debe haber oposición entre vida activa y vida de oración. Saber unir las es la clave de la santidad en medio del mundo. Por eso se puede decir: “¿Ascética? ¿Mística? No me preocupa. Sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué importa?: es merced de Dios. Si tú procuras meditar, el Señor no te negará su asistencia. Fe y hechos de fe, porque el Señor -lo has comprobado desde el principio, y te lo subrayé a su tiempo- es cada día más exigente. Esto es contemplación y es unión; ésta es la vida de muchos cristianos, cada uno yendo adelante por su propia vía espiritual -son infinitas-, en medio de los afanes del mundo, aunque ni siquiera se haya caído en la cuenta. Una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo”³. Estas palabras tan luminosas desarrollan las de Jesús a Marta, a María y a todos nosotros en aquel memorable encuentro de Betania.

San Agustín, dirigiéndose a Marta le dice: “Tú no elegiste mal, pero ella eligió mejor”. No hay aquí menosprecio, ni exclusión, sólo un orden de prioridades según la regla de oro recogida en el Evangelio: **Buscad el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura.**

Marta y María ante la muerte de su hermano

La muerte es igual para todos, pero no todos reaccionan igual ante ella. Las reacciones dependen de la edad, de la sensibilidad, de la fe o de los lazos con la persona que muere. La muerte es un enigma y un interrogante para los vivos. Para los muertos la suerte está decidida definitivamente. A cada uno le siguen sus obras. Nadie puede vivir por segunda vez. Pero para los vivos, además de ser una separación dolorosa, la muerte de otros es un aviso de que les sucederá igual.

Marta y María viven con intensidad la muerte de su hermano. Cuando se agrava su enfermedad no pueden resistir más y envían un recado a Jesús diciéndole: **el que amas está enfermo**, que equivale a decir "ven pronto", "cúralo, tú puedes hacerlo", "aún estamos a tiempo". Es lógico suponer que les resultó difícil enviar la llamada, pues sabían bien que los judíos buscaban a Jesús para matarle. Llamar a Jesús significaba ponerle muy cerca de las manos de sus enemigos, no olvidemos que Betania estaba muy próxima a Jerusalén. Pero el dolor puede más y le llaman. Piensan que Jesús, si quiere, hará el milagro.

³ San Josemaría Escrivá, Amigos de Dios. n. 308

Jesús no llegó a Betania en el tiempo previsible. Marta y María no saldrían de su asombro. La sorpresa que experimentaron al comprobar que Jesús no llegaba debió ser grande. ¿Por qué no viene? ¿Acaso no quiere a Lázaro cuando parecían tan amigos? La pena y el dolor inundaron su corazón. Sufren por la enfermedad de su hermano, y sufren por no entender los planes de Dios. Sí, Dios sabe más, pero nosotros no sabemos lo que Dios sabe y aunque reaccionemos con fe, la fe es oscura, y eso cuesta.

Ante la muerte de su hermano Marta y María reaccionan con dolor, cada una según su temperamento. Al ver a Jesús las dos dicen lo mismo: **si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.** Marta es la primera en ver a Jesús y explota sus sentimientos expresando su dolor, con ello se serena. Empieza insinuando a Jesús si está dispuesto a realizar el milagro de la resurrección **sé que cuanto pidieras a Dios, Dios te lo concederá.** El atrevimiento es grande, nadie ha pedido tanto, ni la viuda de Naím, ni Jairo, aunque Jesús les resucitó a sus hijos. Después da la impresión de un retroceso en su petición. **Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le respondió: Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Le dijo Jesús: Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Le contestó: Sí Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido a este mundo**⁴. Marta reacciona con fe en la resurrección final, pero ya no pide más a Jesús.

María reacciona de modo distinto a su hermana. Dice a Jesús las mismas palabras que Marta; es muy probable que hubiesen hablado entre ellas de la extraña tardanza de Nuestro Señor, y se comunicasen su no entendimiento. Pero la actitud vital es diferente, María se postró ante Jesús y lloraba al igual que los judíos que habían acudido a consolarla. Las lágrimas son plenamente expresivas de los sentimientos de aquella mujer de la que había dicho el Señor que le había perdonado mucho porque amó mucho. Marta es más práctica y María tiene una sensibilidad más a flor de piel. Aunque las dos coinciden en el amor a su hermano y en la fe en Jesús sus reacciones son diferentes. Jesús también actuará de manera distinta ante las dos. A Marta le razona y la consuela con su palabra, con María se conmueve y se duele con su dolor. Jesús al verla llorar y que lloraban los judíos que estaban con ella también lloró después de conmoverse de un modo advertido por todos. El comentario de los presentes es: **mirad como le amaba.**

⁴ Jn 11,25-27

Es necesario meditar sobre la muerte. La Sagrada Escritura dice “acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás”⁵. Considerar la muerte es pensar en la propia muerte. Todos sabemos con certeza que moriremos, pero muchos viven como si no lo supieran, o plantean su vida como si hubiesen de vivir en este mundo para siempre. ¡Extraña incoherencia!

El cristiano es realista y optimista ante la muerte. No cierra los ojos ante la muerte, pero sabe que Cristo la ha vencido, pues ha resucitado. Nadie ha vencido a la muerte. Cristo, sí. El cristiano sabe que debe morir con Cristo, libre de pecado y así alcanzará la vida eterna. Esa convicción le permite decir: “Un hijo de Dios no tiene ni miedo a la vida, ni miedo a la muerte”⁶, o “¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!”⁷. Ya que “morir es cambiar de casa, nada más”⁸, o como recoge la copla de Santa Teresa “Vivo sin vivir en mí/ y tan alta vida espero/ que muero porque no muero” con la que expresa la preferencia por la vida eterna y la pena por el alargarse el tiempo de espera para alcanzarla.

Se pueden recoger múltiples testimonios en la conciencia cristiana semejantes a los citados, como el cuarteto que escribió poco antes de morir, consciente de su enfermedad, Martín Descalzo “Morir es sólo morir. Morir se acaba/Morir es una hoguera fugitiva./Es cruzar una puerta a la deriva/ y encontrar lo que tanto se buscaba”. En definitiva la muerte no es sólo un suceso biológico violento, sino el encuentro con Dios que sale a recibirnos.

Pero pensemos también en la muerte desde el punto de vista de los que quieren al difunto. Siguen vivos y ven algunas de las consecuencias de la muerte evidentemente dolorosas. Ya no se da en el difunto ninguna manifestación de vida intelectual; el cuerpo se descompone rápidamente y es necesario enterrar el cadáver o incinerar. La experiencia del entierro es dolorosa; es un adiós también al cuerpo a través del cual aún se recordaba al que fue vivo. ¿Cabe quedarse indiferente ante este hecho, más aún cuando se tiene la certeza que lo mismo ocurrirá a uno mismo?

La muerte es una pena causada por el pecado original. Todos los hombres hemos de morir de una manera dolorosa, aunque la fe nos muestre su lado positivo, como paso a la vida definitiva que es la vida eterna con Dios. La muerte es una penitencia también para los que quedan vivos.

Si seguimos la narración bíblica es posible reconstruir los efectos del pecado original en nuestros primeros padres: la vergüenza, el dolor en el trabajo, el dolor en el parto, la pérdida de la visión directa de

⁵ Eclo 7,40

⁶ Forja n. n.987

⁷ Camino n.739

⁸ Camino n. 744

Dios, el desorden en los sentidos y en las pasiones. Todo esto eran penas que se acumulaban penitencialmente sobre nuestros primeros padres. Pero no tenían experiencia de la muerte. Esta experiencia les vino de una manera especialmente dolorosa con la muerte de Abel en manos de Caín. Debió ser un trauma duro para ellos que, además, eran conscientes que la responsabilidad última era de ellos por su desobediencia. El hijo muerto en brazos de la madre conmueve más aún si se piensa en el sentimiento de culpa que debía tener. Fue una auténtica penitencia de su pecado

¿Cómo hubiera sido el paso a la vida eterna sin el pecado original? Quizá como un sueño, un dulce tránsito como el de María Santísima en su Asunción en cuerpo y alma a los cielos. El pecado transformó ese tránsito en una muerte penitente. Así es para todo ser humano la muerte de los seres queridos, y por extensión toda muerte. La muerte de los otros es un desgarró, una separación irreparable en esta vida, es algo que duele en lo más íntimo.

Vale la pena darle un sentido penitencial a la muerte de los demás. La pena que produce la pérdida del ser querido puede transformarse en una auténtica oración y en un sacrificio agradable a Dios. Una oración recia y viril para estos casos es la que recoge Camino: “Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. -Amén.-Amén”⁹. Las posibles lágrimas y el dolor se pueden convertir en sacrificios que lavan los egoísmos y limpian los pecados de los hombres.

San Agustín y su madre Santa Mónica nos dan un buen ejemplo de cómo convertir el dolor de una muerte en penitencia. Así lo cuenta el mismo Agustín en sus confesiones la madre le dijo en aquel sabroso coloquio: “Hijo, por lo que a mí toca, ninguna cosa me deleita ya en esta vida. No sé qué hago en ella ni para qué vivo, sin tener qué esperar en este mundo. Una sola cosa por la que deseaba detenerme un poco en esta vida era para verte cristiano católico antes de mi muerte. Dios me lo ha concedido más colmadamente”. Después del entierro San Agustín reprimido el llanto “tomó con Evodio el Salterio y comenzó a cantar, respondiéndole toda la casa, el salmo 100: misericordia y justicia os cantaré, Señor”. Sufre, pero sufre con paz, porque la esperanza le conforta.

La muerte de los que nos son próximos también es un aviso que conviene tener presente. Cada uno debe pensar que a él le llegará ese momento y le sucederán cosas similares a las que ve en el difunto situado delante de sus ojos.

Si se piensa en el propio cuerpo contrastan los cuidados que se le suelen dar y la estima con que se le mimó con el miserable lugar a donde irá a parar. Mirar una sepultura da horror, más aún si contiene restos

⁹ cfr Camino n. 691

humanos. Fray Luis de Granada con toda la expresividad realista del barroco lo dice así: "como ve aquel cuerpo, a quién él solía tratar con tanto regalo, y aquel vientre, a quien él tenía por su dios, y aquel paladar, a cuyos deleites servían el mar y la tierra, y aquella carne para quien se tenía el oro y la seda y se apareaba la cama grande y regalada, ha de ser echada en tan miserable muladar y ha de ser pisada y comida de gusanos"¹⁰. Lo pasado no retorna, salvo la memoria recuerda perdiendo intensidad con el tiempo y clama con dolor: no volveré nunca más.

La muerte es así. Es lo que recoge Camino: "Aquellos cuadros de Valdés Leal, con tanta carroña distinguida -obispos, calatravos- en viva podredumbre, me parece imposible que no te muevan. Pero ¿y el gemido del duque de Gandía: no más servir a señor que se me pueda morir?"¹¹. Conviene reflexionar sobre esta verdad conocida de todos, pero fácilmente escondida. Es seguro que tanto el alma como el cuerpo recibirán un trato más adecuado.

Pensando sólo en el alma la muerte puede ser algo gozoso o muy penoso. Si el alma está en gracia de Dios el cielo está abierto, Dios le espera al fiel con los brazos abiertos. La muerte del justo es encuentro amoroso con Dios. Si el alma resiste rebelde sin querer salir del pecado mortal, la muerte es terrible. Al que muere en pecado sólo le queda el infierno. Jesús insistió mucho en esta realidad sin ambigüedades para que nadie se pudiera llevar a engaño. San Agustín expresa así la clara doctrina evangélica: "En vano muchísimos, llevados de cierta compasión humana, creen que las penas del infierno no han de ser eternas y tratan de suavizar las afirmaciones inflexibles de la Escritura por impulso propio o inclinándose a opiniones menos rigurosas, pues creen que han sido formuladas con el fin de atemorizar más bien que con el de decir la verdad (...) de los condenados dijo: Y éstos irán al suplicio eterno para que de igual modo no se crea que ha de tener fin alguna vez la felicidad de aquellos de quienes se dijo: Más los justos a la vida eterna"¹².

Conviene no olvidar que de **Dios nadie se burla**, como enseña San Pablo. El recuerdo de la muerte es un aviso para no vivir a la ligera y limpiar el alma de todo pecado.

Ante la muerte de un ser querido el único consuelo verdaderamente profundo es el que dio Jesús a Marta: **resucitará tu hermano**. No puedes esquivar la muerte, no puedes retroceder al tiempo pasado, pero puedes pensar en el tiempo futuro. Las almas se encontrarán en Dios si han sido fieles en vida y los cuerpos también, pues resucitarán al

¹⁰ Fray Luis de Granada. Libro de la oración y de la meditación.

¹¹ Camino n. 742

¹² San Agustín. Enquiridion IV cc 112 y 113

final de los tiempos cuando Cristo venga glorioso y desaparezca el último enemigo, que es la muerte. Consuela mirar o pensar en el ser querido si se le supone feliz en cielo y soñar con el momento del reencuentro definitivo. Además, los resucitados superarán al final de los tiempos todas las lacras que arrastra la humana condición con el envejecimiento, las mutilaciones, las enfermedades. Cada uno adquirirá su máxima hermosura. Esta es la respuesta de la fe ante la inquietud que nos presenta la muerte en esta vida. Respuesta llena de esperanza, que no deja de avisar sobre la necesidad de tener el alma bien limpia ante ese Dios Justo y amoroso que juzgará a todo hombre según la rectitud de su conciencia.

Capítulo Segundo

Mujeres pecadoras

La Magdalena. Pecadora y santa.

Algunos distinguen entre María de Betania y María de Magdala. Nosotros pensamos que se trata de la misma mujer que cambia de manera radical al encontrarse con Jesús, pero conservando su carácter y su temperamento.

La Magdalena es nombrada tres veces en los evangelios con este nombre, aunque no es un nombre propio. La primera cuando se arrepiente de sus pecados públicos. La segunda cuando permanece al pie de la cruz junto a María Santísima, a pesar de la huida de casi todos. La tercera cuando acude al sepulcro y Jesús resucitado se le aparece.

Los tres son momentos de gran intensidad, pues son situaciones con una fuerte carga emocional imposible de observar con indiferencia. En los tres consigue hacer reaccionar el Corazón de Jesús, el mismo que sabe lo que hay en el corazón de todo ser humano, también en el de la Magdalena.

Veamos el primero de estos encuentros, precedido muy posiblemente por otros, desconocidos para nosotros, pero que irían preparando a la conversión el corazón de aquella mujer.

“Uno de los fariseos le rogaba que comiera con él; entrando en casa del fariseo se sentó a la mesa. Y he aquí que había en la ciudad una mujer pecadora que, al enterarse que estaba sentado a la mesa en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro con perfume, se puso detrás a sus pies

llorando y comenzó a bañarlos con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungía con el perfume.

Viendo esto el fariseo que lo había invitado decía para sí: Si este fuera profeta sabría con certeza quién y que clase de mujer es la que le toca: que es una pecadora. Jesús tomó la palabra y dijo: Simón, tengo que decirte una cosa. Y él contestó: Maestro, di. Un prestamista tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo con que pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amará más? Simón contestó: estimo que aquel a quien se le perdonó más. entonces Jesús le dijo: Has juzgado con rectitud. Y vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? entré en tu casa y no me diste agua para limpiarme los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso, pero ella desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con óleo; ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo: le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquél a quien menos se perdona menos ama. Entonces le dijo a ella: Tus pecados quedan perdonados. Y los convidados comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados? Él le dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; vete en paz¹³.

Valía la pena transcribir entera la escena por la riqueza y plenitud de significado; los hechos hablan sin palabras. Una mujer se arrepiente de pecados conocidos de todos; un fariseo la crítica pensando mal de ella y de Jesús, pues no entiende la misericordia; El Señor capta los sentimientos más íntimos de la mujer y la hipocresía de los que le invitan. Esto es el resumen, pero detengámonos en los detalles para no perder los matices que enriquecen esta situación tan alentadora para todo pecador con deseos de arrepentimiento.

Aquella mujer era públicamente conocida como pecadora. Jesús había condenado claramente los pecados ocultos que se generan en el pensamiento cuando decía: “Habéis oído que se dijo: no cometerás adulterio. Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio en su corazón”¹⁴. Y extendía la condena a los malos deseos: “pues del corazón proceden los malos pensamientos, homicidios, adulterios, actos impuros, robos, falsos testimonios y blasfemias”¹⁵. El pecado externo añade mayor voluntariedad al que se ha engendrado en el interior, pero no hay pecado externo si antes no se ha pecado con la voluntad y el pensamiento. En una primera mirada parece que el pecado de

¹³ Lc 7,36-50

¹⁴ Mt 5,27-30

¹⁵ Mt 15,19

la Magdalena incurre en los tres tipos de pecado impuro - pensamiento, deseo y obra-, además del escándalo propio de los pecados públicos realizados por quien no le importa que se conozcan sus pecados.

Pero las cosas no son tan fáciles en el interior de las personas como indican los manuales. El pecado de la Magdalena debió ser de impureza y además era conocido de todos o de muchos, era un pecado público. Pero no todos los pecados son iguales en el interior de las personas.

No es lo mismo un pecado aislado que el pecado como fruto de un vicio. No es igual un pecado por desconocimiento de los peligros, que los pecados buscados con malicia. Los pecados de los viciosos son de más difícil arreglo que los de los pecadores imprudentes; muchos de éstos reaccionan con prontitud, los viciosos muchas veces no pueden superar su mal, aunque lo intenten pues las raíces del mal les han debilitado de un modo que puede ser irreversible.

En otras ocasiones los pecados incluyen formas de amor engañosas, esto es así porque el amor se disfraza de sentimentalismo. El sentimiento no siempre refleja amor, aunque en ocasiones lo simule, suele ser origen de pecados entre las parejas de enamorados. Fácilmente se confunden sentimiento y amor, y así llegan al olvido de la Ley de Dios. El arreglo de estas situaciones es más fácil y más difícil. Más fácil porque no es el vicio ni el egoísmo su motor; más difíciles porque existe una entrega real que no se puede desconocer, aunque sea pecaminosa. No es infrecuente que alguien se enamore con un amor equivocado, esa persona puede caer en pecados impuros, pero conservando un fondo no corrompido. No peca por vicio sensual solamente, aunque su falta es externamente la misma que la del que peca con toda malicia. Es un engaño del sentimiento que ha oscurecido el Amor verdadero. Se puede aplicar muy adecuadamente en estos casos lo que Jesús decía cuando le crucificaban: "Perdónales, porque no saben lo que hacen". Saben lo suficiente para que sea pecado, pero no se dan toda la cuenta del engaño en que han caído. Quizá fue este el caso de la Magdalena.

Aquella mujer acudiría a escondidas a la casa del fariseo donde estaba invitado Jesús. Sabía que era fácil verse rechazada de allí por la estricta justicia que impide la proximidad con el pecador público. Podía haber acudido en privado a pedir perdón al Maestro, pero su conversión es honda y profunda, sabe que si un amor loco le llevó al desprecio de la Ley de Dios en público, también el arrepentimiento debía ser público mostrando el amor verdadero que ha comenzado a iluminar y renovar su corazón.

No fue fácil. Por una parte estaba la vergüenza de reconocerse pecadora ante todos. Por otra el temor de ser rechazada y humillada. Los fariseos la habrían expulsado de la casa sin contemplaciones, aunque los pecados de ellos fuesen mayores y menos disculpables; pero, eso sí, no

eran públicos y podían alardear de virtuosos. No sabían leer en los corazones ni sabían vivir la misericordia ante los arrepentidos. Eso es lo que Jesús va a hacer.

La Magdalena prefiere no hablar y que sean sus gestos los que muestran su cambio interior. Las lágrimas, la postración y el perfume son suficientemente expresivos, como Jesús dice a Simón. Estos gestos manifiestan que es amor sin temor lo que mueve a la Magdalena. ¿Qué importan las críticas si quiere ser perdonada? Esas críticas serán como fuego purificador de sus locuras. Ella quiere ser una mujer nueva. Pero necesita la confirmación del Maestro. Y Jesús dice que su pecado es real, pero encuentra la disculpa: **ha amado mucho**. Las últimas palabras del Señor se le quedarían fuertemente grabadas en su memoria: **vete en paz**. Se le dilatará el alma, y asiente con toda su alma cuando oye que **ama más aquel a quien más se le perdona**.

Una vez quitada la corteza de pecado -prisión de difícil escapatoria- puede salir al exterior con un vigor nuevo lo que lleva adentro. El amor que le llevó a pecar, una vez purificado, le llevará a entregarse de una manera que irá creciendo con el tiempo. Cerca de Jesús la veremos entre las mujeres que son fieles en el suplicio de la Cruz, y en la Resurrección ocupa un lugar destacado. Su conversión no es debida al temor a los castigos merecidos por sus pecados, sino fruto de un amor verdadero que sabe pedir perdón y superar con decisión los errores pasados. Se da en ella lo que dice un sacerdote poeta hablando de la confesión.

*De pasarme las horas confesando,
los días y los años absolviendo
pecadores, sí, ¡santos!,
ángeles con el ala rota,
pedros y magdalenas que se acusan
del peso de la sombra de este mundo:
de tanto perdonarles alma y cuerpo
se vuelven transparentes*¹⁶

La Magdalena fue volviéndose transparente.

Los hechos posteriores confirman el diagnóstico de Jesús sobre la Magdalena cuando dice que es una mujer que sabe amar. No es difícil aceptar que María de Betania y la Magdalena son una misma mujer. María se queda absorta en las palabras del Maestro porque ama mucho; María llora cuatro días con gran dolor a su hermano muerto porque ama mucho; María unge al Señor intuyendo la muerte del Señor como algo próximo porque ama y comprende al Señor; María usa un frasco de alabastro, igual que en Magdala, como recordando el momento único de su primera

¹⁶ José Miguel Ibañez Langlois. Poemas dogmáticos

conversión y el perdón del Señor; María lava los pies del Señor y los seca con sus cabellos con un gesto equivalente al del perdón, aunque sin las lágrimas, porque ya ha sido transformada. Todos estos hechos manifiestan un corazón que sabe querer y que ha crecido en lo sobrenatural y en lo humano.

El Viernes Santo, en la crueldad de la Pasión de Jesús, está con las demás mujeres que rodean a María Santísima al pie de la Cruz. Juan, que también sabe de amor, la cita por su nombre cuando dice que junto a la Madre de Jesús estaba **la hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena**¹⁷. Probablemente la nombra porque capta su destacado papel en los últimos días, su entrega total, su amor sin reservas.

Ya meditaremos en otro lugar la presencia de las mujeres en la Cruz, pero baste decir que es en el dolor donde se manifiesta la calidad del amor y de la fe. Jesús se entregó hasta la muerte por todos los hombres, le quisiese o no; aquellas mujeres no huyen ante el peligro, sufren con Jesús, buscan consolarle y acompañarle en lo que está de su mano hasta el último momento, más hubiesen hecho si hubiese estado de su mano.

Nosotros contemplamos ahora a la Magdalena mirando con los ojos llenos de lágrimas al Crucificado, mira al que le ha enseñado a amar con un amor pleno, limpio y eterno. ¿Qué pensaría en aquellos momentos? Quizá se uniría al dolor de Jesús y de María, consciente de que se está realizando el Sacrificio perfecto que está salvando a toda la humanidad, eso la consolaría; pero es indudable que tendría que realizar muchos esfuerzos para no rebelarse ante aquella jauría de fieras que condenaban a Jesús.

El Sábado Santo la Magdalena prepara los ungüentos para embalsamar el Cuerpo de Jesús junto a las demás mujeres. Mientras ellas trabajan la Virgen María reza y sufre la prolongación de la Pasión para ella. Las mujeres deben crecer en la fe, su amor al Maestro sólo le lleva a preparar lo necesario para preparar un cadáver, pero no para esperar contra toda esperanza humana la Resurrección. Aquella actividad la aliviaría del intenso dolor del día anterior.

El primer día de la semana, que nosotros llamamos día del Señor o domingo, sale muy de mañana con los demás mujeres hacia el Sepulcro para realizar aquella obra de piedad que es una despedida: embalsamar el cadáver de Jesús. Piensan en la pesada piedra que habían visto colocar pues habían observado todo con atención, pero siguen adelante a pesar de no tener medios para sacarla. Y cuando llegan encuentran el sepulcro vacío.

Entonces María actúa según su temperamento, sale corriendo a avisar a Pedro y a Juan; las demás se quedan allí y se les aparecen ángeles que les dicen que Jesús ha resucitado, pero María ya ha marchado. Pedro y Juan llegan al sepulcro ven las cosas como les ha dicho María, y se

¹⁷ Jn 19,5

marchan; llega María y no hay nadie en el sepulcro, es entonces cuando se dará una nueva conversión de María Magdalena.

Vale la pena recordar la escena entera. “María estaba llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y vio a dos ángeles de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Ellos le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les respondió: se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto. Dicho esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dijo Jesús: Mujer ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y lo recogeré. Jesús le dijo: ¡María! Ella, volviéndose, exclamó en hebreo: ¡Rabbuni!, que quiere decir Maestro. Jesús le dijo: Suéltame, que aún no he subido a mi Padre; pero vete a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y a vuestro padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue María Magdalena y anunció a los discípulos: ¡He visto al Señor!, y me ha dicho estas cosas”¹⁸.

Meditemos la escena. Sorprende el aplomo, casi indiferencia, de la Magdalena ante los ángeles y la pregunta que ellos le hacen: **¿por qué lloras?**, como si fuese posible responder de un modo simple a un dolor producido por tantas causas. María llora por la muerte horrible que ha sufrido el Maestro- así le llama casi siempre-, llora por la ingratitud de tantos que recibieron sus favores y milagros, llora por la debilidad de sus discípulos que no supieron ser fieles y defenderle humanamente, llora por la crueldad de los judíos -conocidos suyos muchos de ellos - que han matado o consentido en la muerte del Inocente, llora por el dolor de la Madre de Jesús, llora porque algo sabe de lo terrible que es el pecado; pero manifiesta sólo que llora porque **se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto**, eso dice a los ángeles: el motivo más débil y el que manifiesta que su fe no ha sido del nivel de la de María Santísima, que no acudió al sepulcro porque sí creyó que Jesús resucitaría al tercer día. A la Magdalena le apena no haber podido tener un gesto de generosidad y despedida con el cadáver de su Señor, no piensa en Jesús resucitado, cuando su mismo hermano había resucitado y le había visto pasar la puerta de la muerte dos veces.

Es entonces cuando se le aparece el Señor diciendo las mismas palabras de los ángeles, pero añadiendo algo que revela lo que lee en su pensamiento: **¿por qué lloras? ¿A quién buscas?** María revela de nuevo su interés por el cuerpo muerto del Maestro, y entonces, Jesús dice una sola palabra que le abre los ojos y le descubre lo que estaba oculto a su mirada por su poca fe y por su dolor, le dice: **María**. Es entonces cuando Magdalena descubre que es Jesús el que le habla: reconoce al Maestro

¹⁸ Jn 20,11-18

cuando es llamada por su nombre. Estaba tan lejos de pensar que era el mismo Jesús que no reconoce el modo de hablar, ni el acento tan querido y conocido hasta que escucha su propio nombre, entonces exclama ¡**Rabbuni!** Jesús llena de gozo a aquella mujer loca de amor y llena de dolor. La noche de su alma se transforma en un día que no podía ni soñar. Su fe será más parecida a la de María Santísima, será la fe de la que ha visto a Cristo resucitado.

Jesús le da el encargo de ir a los suyos, y la antigua pecadora se convierte en testigo anunciando a los Apóstoles la resurrección de Jesús. Parece que el Maestro quiere que aprendan una nueva lección: tendrán que experimentar la dificultad para creer sólo por el testimonio de otra persona, que además antes fue pecadora.

“Es sabido que Rábano Mauro, en el siglo XI, llamaba a María Magdalena *Apostolorun Apostola*, la apóstol de los apóstoles (expresión que repite santo Tomás de Aquino)”¹⁹. Bonita expresión que muestra la grandeza de la acción de Dios en las almas cuando son dóciles.

Llena de esperanza contemplar la obra de Dios en un alma fiel. Dios es siempre el mismo, somos nosotros los que podemos responder mejor o peor a su labor en nuestras almas. María Magdalena se convirtió y partiendo de muy abajo llegó muy arriba, de ella **habían salido siete demonios**²⁰, pero su fidelidad no teme a la Cruz y es apóstol primera de la Resurrección.

Se humilló y Dios la elevó. Jesús se vuelca en aquella alma humilde, y ella responde con una entrega incondicional al Maestro, aprovechando lo mejor de sí misma: su capacidad de amor. Esa cualidad mal utilizada le había conducido al pecado, ahora- con la gracia de Dios- le sirve para amar a Dios de un modo total. La pecadora será santa. Otro pecador arrepentido, que también llegó a ser santo, expresa con fuerza esa transformación: ¡Oh Señor! No me jacto de mis obras... no alabo las obras de mis manos: temo que si tú las examinas, encontrarás en ellas más pecados que méritos. Sólo una cosa pido y eso espero conseguir: no desprecies las obras de tu mano. Mira en mí tu obra y no la mía, porque si miras mi obra me condenarás, pero si miras la tuya me salvarás. *Pues lo que hay en mí de bueno, todo viene de tí y es tuyo más que mío*²¹.

Nada más nos dicen los evangelios de esta mujer. Pero se puede suponer que murió con Cristo para vivir con Cristo. La palabra de Jesús llamándola por su nombre debió resonar siempre en sus oídos durante el resto de su vida. ¡Qué importan ya sus pecados pasados, aunque quizá

¹⁹ Regine Pernoud. El niño, la mujer y el hombre. en Las mujeres según Wojtila. Macciochi

²⁰ Lc 8,2

²¹ San Agustín. comentarios a los salmos

volverían a su mente para intranquilizar su conciencia! ¡Cuántos sinsabores desaparecieron de su corazón con una sola palabra de Jesús! Ahora definitivamente ya es otra mujer. Si la pecadora desapareció con el arrepentimiento de la primera unción, también quedó superada la debilidad de la mujer que llora porque no acaba de entender a Jesús que no cura a Lázaro cuando era el momento oportuno, y también desaparece la mujer que llora en la Cruz o en el sepulcro, ahora ya es María de Jesús resucitado. El alma de María Magdalena es un alma que vive una vida de fe que ni podía soñar cuando se decidió a cortar con su vida de pecado. Nosotros podemos acudir a su ayuda para que desde el cielo interceda para que nos decidamos a cortar con el pecado; y si nuestros pecados no han sido tan grandes como los suyos, que no sea menor nuestro amor.

La samaritana, pecadora y apóstol

Tras la segunda estancia en Judea en la que se da la conversación con Nicodemo Jesús se pone de nuevo en camino cuando supo que los fariseos habían oído que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan (aunque Jesús mismo no bautizaba sino sus discípulos) abandonó Judea y se marchó de nuevo a Galilea. Tenía que pasar por Samaria. Llegó, pues, a una ciudad de Samaria, llamada Sicar, junto al campo que dio Jacob a su hijo José. Estaba allí el pozo de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se había sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta, como las tres de la tarde.

Jesús estaba cansado. Llevaban bastantes horas caminando, desde el alba hasta el mediodía pasado. Sin embargo, el cansancio de Jesús contrasta con la animación que tendrá cuando vuelvan los discípulos a buscar alimentos en el pueblo, tanta era su animación que incluso ni quiere comer. El contraste con el final de la conversación con la samaritana es notable pues Jesús está entusiasmado y alegre, se le ha pasado el cansancio. Su cansancio era debido a la larga caminata, pero había algo más, ese algo más se intuye al considerar que comenzaba a verse la hostilidad de los fariseos. Jesús leía en los corazones y podía ver el rechazo de muchos.

Fue entonces cuando llegó la mujer samaritana a buscar agua, y se encontró en el pozo con Jesús. Parece casual ese encuentro, pero está previsto en la providencia divina

Debió sorprenderse la samaritana al encontrarse un forastero junto al pozo. Le pareció un hombre pacífico y se atrevió a acercarse para buscar agua. No se sabe si se intercambiaron algún saludo, pero es Jesús el que comienza la conversación de una manera muy normal y adecuada a las circunstancias: le dijo: "Dame de beber". El pozo tenía unos treinta metros de profundidad y es necesario tener cuerdas, que quizá estaban allí, pero también algún recipiente. Jesús no tenía ni lo uno ni lo otro. Jesús se salta los convencionalismos de hablar con una mujer, que además es samaritana y hablará con ella de religión, tercera cosa mal vista.

La samaritana al mirar a Jesús se dio cuenta de que era judío y le responde en actitud antipática y discutidora "¿Cómo tú siendo judío, me pides a mí, que soy una mujer samaritana?" La mujer comienza de una manera poco educada la conversación. Quizá pensase en su interior que todos los hombres son iguales, y, además, éste era judío.

Jesús no respondió en el mismo tono ni con la misma actitud, no discute. Le habló con mansedumbre. No nos es posible conocer ni el tono de su voz, ni las inflexiones de la misma, ni la mirada; pero algo notó la samaritana que la invita a reconsiderar su actitud agresiva y a la defensiva. Para Jesús aquél tono era connatural, Jesús es manso y humilde y eso desarma la irritación de la samaritana, al menos en parte. Parte del muro que la separa de Jesús cae ante los buenos modos del Señor.

Una vez superada la primera dificultad Jesús le respondió: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tú le habrías pedido y él te habría dado agua viva".

Primero Jesús disculpa su contestación mala e inadecuada diciendo que en realidad no sabe quién es Él. Después le señala que desconoce un don de Dios, que llamará agua viva. Pero al mismo tiempo mueve la curiosidad de la samaritana, busca algo que le interese, una puerta, para de ahí tomar un punto de apoyo que permita proseguir el diálogo y hacerle entender las realidades sobrenaturales. Sin un mínimo interés es imposible un diálogo. De hecho Jesús con su mansedumbre, con su disculpa y con la curiosidad de la samaritana por aquella agua extraña, ¿existe acaso un agua viva?, consigue que siga la conversación, aunque el tono sea aún algo desafiante.

La mujer dijo "¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus ganados?" Sigue tratándole en un plano de igualdad, puesto que no le conoce, pensaría que era un hombre como los demás. Pero ya no se da la actitud belicosa que se solía dar entre samaritanos y judíos. Por otra parte habla de algo que era común a los dos, la ascendencia de Jacob.

El Señor aprovecha aquella mínima buena voluntad y continúa la conversación. "Todo el que bebe de esta agua tendrá sed de nuevo, pero el

que beba de agua que yo le daré, no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna".

La mujer estaría sorprendida del giro sorprendente que estaba dando aquella conversación que, en el mejor de los casos, estaba destinada a acabarse en las primeras palabras. Su curiosidad debió crecer, pero antes trata a Jesús con respeto, pues se da cuenta que no está hablando con un hombre cualquiera pues el tono de sus palabras revela sabiduría y amabilidad.

Quizá la samaritana no hizo demasiados razonamientos, pero sí sabía que tenía que ir muchas veces a buscar aquella agua que se acababa siempre. El agua viva que le ofrecía quitaría la sed para siempre, le decía aquel forastero. ¿Será un mago o tendrá una receta desconocida?

Es entonces cuando la samaritana se da cuenta de que está ante alguien importante, no sólo es un hombre educado y respetuoso, sino alguien que le habla de cosas sorprendentes e interesantes, y en vez de darle agua a Jesús es ella la que pide le calme su sed diciendo: "Señor, dame de beber". Hubiera sido hermoso que su petición hubiese acabado aquí, pues hubiese indicado que entendía lo que Jesús estaba diciendo, pero no fue así, y añade "para que no tenga sed ni tenga que venir aquí a sacarla". Ciertamente le llama Señor, lo que indica respeto, e incluso lo considera como alguien muy importante, pero no entiende el sentido de las palabras de Cristo, sólo piensa en el agua que siempre ha bebido. No escucha todo lo que Jesús le está diciendo, ni se da cuenta de que le está hablando de la eternidad. Podía pensar que el agua sería un símbolo que refleja una realidad sobrenatural, pues Jesús la llama agua viva y fuente de vida eterna. Pero no es así. Existían otras barreras a superar, además de los malos modos, para que entendiese lo que Jesús le estaba diciendo. La barrera estaba ahora en una visión demasiado materialista de la vida. Piensa tanto en el agua material, que no entiende el símbolo del agua que salta hasta la vida eterna.

Ante esa falta de entendimiento espiritual Jesús da un golpe de timón a la conversación con un giro inesperado y le dice: "anda, llama a tu marido y vuelve aquí". La mujer debió sentir un sobresalto en su interior. Su seca respuesta lo revela, su pensamiento se deja entrever "¿a qué viene que hables de mi marido?", "mi vida es privada, no tienes derecho a meterte en mis cosas". Una cierta mirada de recelo aparece en su rostro, da la impresión de querer concluir la conversación. Y contesta cortante: "No tengo marido", que es como decir: "déjame en paz, dame agua si quieres o no me la des, pero no te metas en mis cosas". La visión materialista le impedía entender un agua viva que surge de una fuente eterna, y Jesús quiere destruir esa barrera moral con sinceridad plena.

Jesús le contestó de nuevo con mansedumbre, pero con una mirada que le indicaba bien que conocía su vida: "Bien has dicho no tengo marido,

pues cinco has tenido y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad". La mujer debió quedar estupefacta, quizá enrojeció. La barrera que le impedía entender queda al descubierto: era la impureza. Quizá alguno de los hombres anteriores fue realmente su marido en sentido matrimonial, pero otros no, y el actual desde luego no es su marido ni ante Dios ni ante los hombres. Ya había recordado el Señor que los limpios de corazón verán a Dios, o dicho a la inversa, los impuros tendrán dificultades para entender las cosas espirituales. Era necesario vencer la impureza con sinceridad. Puesto que ella no habla es Jesús el que tiene que abrir la puerta de aquella conciencia. A partir de este momento la conversación ya adquiere un tinte distinto. La puerta ya está abierta, Jesús puede entrar, puede limpiar y, sobre todo, puede iluminar. Por así decir, comienza la conversión de aquella mujer de mal carácter y poco sentido espiritual una vez que se ha desvelado su pecado de castidad.

No ha descubierto que es el Mesías, ni mucho menos que es la Verdad hecha Hombre, pero reconocerlo como profeta le permite elevar la conversación a un nivel espiritual; así un poco por interés verdadero y otro poco para desviar la conversación del enojoso tema de los maridos dice: "Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros decís que el lugar donde se debe adorar está en Jerusalén". La cuestión era un punto vital de litigio entre judíos y samaritanos, pero en el fondo escondía otra cuestión más importante como es la interpretación demasiado humana de la Escritura, y revela lo poco que conocen a Dios unos y otros, aunque hablen mucho de El e incluso organicen toda su vida en torno a lo religioso.

Jesús no quiere que la conversión de aquella mujer se eche a perder por una discusión teórica que, como cortina de humo, esconda los verdaderos problemas de sinceridad ante Dios, y eleva de nuevo el punto de mira de la samaritana, que está realmente cautivada por la palabra del Señor. Le respondió Jesús: "créeme mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre". Jesús llama Padre a Dios y revela que la antigua Alianza está superada, aunque precisa que es más ortodoxa la doctrina de los judíos que la de los samaritanos; "vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos". Es decir, no es más cierta la postura judía porque sean más buenos o más inteligentes, sino porque ha sido profetizado que la salvación vendrá a través de la descendencia de Judá y de David; por eso Dios ha protegido la verdad en ese pueblo de una manera privilegiada.

Añade luego que han comenzado los tiempos nuevos. "Pero llega la hora, y es esta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorar en espíritu y en verdad".

Mientras Jesús iba haciendo estas revelaciones bulle el interior de aquella mujer. Es cierto que vivía moralmente mal, pero también es cierto que era consciente de ello y tenía una cultura religiosa, quizá le vinieron a la mente las profecías sobre el Mesías que también reconocían los samaritanos. Una tenue luz debió hacerse en su interior: “¿será este hombre el Mesías esperado?, pero ¿cómo es posible que se manifieste a mí, y más sabiendo que soy una pecadora?, pero lo cierto es que no me rechaza, sino que tiene aire de perdón”; y sentiría que le ardía el corazón mientras escuchaba las palabras del Señor, como ocurrió a los discípulos de Emaús. Por eso, metida ya de lleno en la órbita espiritual de Jesús, pregunta: "Sé que el Mesías, el llamado Cristo, va a venir. Cuando Él venga nos anunciará todas las cosas".

Ya no hay en la samaritana la actitud hostil del comienzo, más bien hay como una insinuación llena de respeto de la persona que empieza a ver, como si no se atreviera a preguntar directamente, Él anunciará todas las cosas como lo haces tú, lo que equivale a decir: ¿Eres tú el Mesías?. Su palabra revela humildad, convicción de que no es digna de que precisamente se revele el Mesías a ella y le hable con tanta naturalidad. Como si la aparición del Mesías tuviese que llegar llena de un esplendor extraordinario o sólo a los importantes de la tierra. No sabía aquella mujer que cada uno de los humanos es importante para Dios, y que Jesús va a dar su sangre por cada uno.

Le respondió Jesús: "Yo soy, el que contigo habla". Ahora, cuando la mujer está bien dispuesta, Jesús se le revela con más claridad que al mismo Nicodemo o a los miembros del Sanedrín. Le dice: Yo soy, expresión que evoca a Yavé cuando revela el nombre de Dios a Moisés. Jesús le está revelando a la samaritana claramente su mesianidad y veladamente su divinidad. Este es el momento álgido de la conversación. La conversión de una mujer pecadora a la verdadera fe y la revelación de la intimidad de Jesús. Dios habla y la mujer acepta con fe la palabra de Jesús.

Recorramos el camino de la conversión de la samaritana. Por parte de la mujer el inicio es hostilidad, agresividad y prejuicios. Después, la mansedumbre de Jesús y el hecho de no cerrarse al diálogo permite que Jesús atraiga su curiosidad y su atención. En un tercer momento, una vez conseguido el necesario respeto, Jesús derriba el muro de lo que realmente le preocupaba: su conducta impura. Entonces, una vez superada la barrera de la mala voluntad, Jesús se expresa en iluminar aquella mente y aquel corazón que ya está bien dispuesto para creer. Y la mujer cree, sin ningún milagro, sólo con la palabra de Jesús y de tal modo que cuando los del pueblo acuden al pozo avisados por la mujer también creen también en Jesús y le dicen: "Ya no creemos por tu palabra; nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es en verdad el Salvador del mundo".

La mujer samaritana ha pasado de ser una pecadora, llena de amargura y mal carácter, a ser apóstol. Su palabra tiene tal fuerza que arrastra a que otros conozcan a Jesús como el Salvador. Su conversión es realmente una transformación. Vale la pena que todo el que quiera ser apóstol examine el modo de hacer de Jesús para poder convertir a los que le rodean a creer en el Salvador del mundo.

Decíamos que la samaritana no vio ningún milagro, pero vio el entusiasmo y la fuerza de Jesús. Esta fuerza se transparenta en su respuesta a los apóstoles cuando le dicen: “Rabbí, come. Pero él les dijo: Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis. Decían los discípulos entre sí: ¿Acaso alguien le trajo de comer? Jesús les dijo que mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra”. Jesús comenzó pidiendo agua para beber y no llegó a beber llevado por el proceso de conversión de aquella mujer. Jesús estaba cansado y se le pasa el cansancio volcándose en los que acuden a él. Jesús tiene hambre y no come. La alegría interior le lleva a despreocuparse de las necesidades del cuerpo. El hambre, la sed, el cansancio se supera con la conversión de aquella mujer. Jesús tiene sed y hambre de almas, por ello descansa cuando las almas responden; más que la fatiga del cuerpo, le consume la sed de almas. Por esto, al llegar la samaritana, aquella mujer pecadora, el corazón sacerdotal de Cristo se vuelca, diligente, para recuperar la oveja perdida: olvidando cansancio, hambre, sed.

Pero fijémonos en otro detalle. Jesús abandona momentáneamente una de sus cautelas habituales como es la de no hablar a solas con una mujer. Jesús vivía esta cautela para evitar las posibles murmuraciones, pero también para dar ejemplo a los que quieren vivir la castidad con delicadeza. El celo por las almas hace que ponga por delante la conversión de la samaritana a un posible escándalo farisaico. En este caso la caridad va por delante de otras consideraciones. No en vano la prudencia lleva a decidir en cada caso concreto lo que es más oportuno en esa situación irrepetible.

Volvamos de nuevo a la samaritana. Acudió triste al pozo de Sicar y volvió sin el agua que no quita la sed del alma, pero con la alegría que sacia el deseo del corazón. Ya posee esa agua viva que al principio tanto movió su curiosidad. Su interior es ya una fuente que salta hasta la vida eterna. Los demás pueden beber en ella como del mismo Jesús, ¡es otra mujer!

La samaritana es una mujer no judía, en ella se aclara a los ojos de los discípulos la extensión a todos los hombres del nuevo reino de Dios que no excluye por razón de raza, pero tampoco por ser pecador si están dispuestos a convertirse

La mujer adúltera

Dura fue la historia de la mujer adúltera. Su historia es la de una mujer débil situada en medio de una conspiración contra Jesús. Ella era pecadora sin género de dudas, pero el problema que se pretende plantear a Jesús es de mucho más calado: los escribas y fariseos buscan un pretexto para derrotar a Jesús, sorprenderle en una situación sin salida y humillarle como un falso Maestro o rechazarle como un falso Mesías.

Los evangelios lo narran así: “Los escribas y fariseos trajeron una mujer sorprendida en adulterio y poniéndola en medio le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio? Moisés en la Ley nos mandó lapidar a éstas: ¿tú qué dices?” Juan aclara lo que por otra parte parece patente esto lo decían tentándole, para tener de qué acusarle²².

La situación es un poco ridícula, pues si habían sorprendido a aquella mujer en un delito y sabían cuál era la pena ¿por qué no aplican ellos mismos el castigo que tan bien conocen? Dos detalles muestran su malicia y su hipocresía: llaman Maestro a Jesús cuando sólo buscan destruir su magisterio, y añaden al delito de la mujer el adjetivo de flagrante, aparentando que sólo buscan la justicia.

El libro del Levítico dice: “si adultera un hombre con la mujer de su prójimo, hombre y mujer adúlteros serán castigados con la muerte”²³; y el Deuteronomio añade que “los llevaréis a los dos a las puertas de la ciudad y los lapidaréis hasta matarlos”²⁴. Estas eran las penas establecidas por la Ley.

Sorprende que sólo la mujer esté detenida y no se diga nada del hombre, ya que si el adulterio es flagrante es fácil que hubiesen detenido a los dos. Cabe pensar en una estratagema preparada para sorprender a Jesús en la que la mujer es víctima -aunque fuese culpable- de un complot. La

²² Jn 8,3-6

²³ Lev 20,10

²⁴ Deut 22,24

realidad era que estas penas tan duras previstas por la Ley no se solían aplicar, pero contradecirlas equivalía a ir contra la palabra y la voluntad de Dios. Por otra parte el Maestro perdonaba una y otra vez, como se ve en el caso de la Magdalena pecadora pública, y es de suponer que lo mismo ocurriría en muchos otros casos. El pueblo veía a Jesús con un corazón y unos hechos misericordiosos y le querría por ello; si Jesús consiente en la lapidación desaparecería esta atracción amable ante los ojos de los sencillos. Negar la lapidación le convertiría en negador de la Ley. La trampa parecía perfecta y sin escapatoria, igual se contradecía a sí mismo con un sí que con un no.

La mujer debía estar destrozada ante los ojos de todo aquel grupo. De un lado los fariseos y los escribas que se irían creciendo en sus acusaciones ante el silencio de Jesús, como si se dijese: "ya le hemos vencido" o "no sabe que hacer, gritemos más". Oiría aquellas voces que unidas a las de su conciencia la llenaría de temor y angustia. No se incurre en el adulterio de repente y por sorpresa. Su pecado sería un deslizamiento paulatino, hasta que la impureza la ciega y cede a su debilidad y a la solicitud del adúltero con el que cayó. O era infiel a su marido o pecaba con un hombre casado. En ambos casos la gravedad del pecado impuro es mayor y más premeditada. No cabe invocar una fragilidad momentánea, sino que se advierte una advertencia bastante clara y una voluntariedad decidida. Es cierto que ante la violencia de la tentación el pecador invoca excusas variadas: que si lo hace por amor, que si su marido no la comprende o la trata mal, o la piedad por aquel que quiere estar con ella. Lo cierto es que la situación es enormemente vergonzosa. Siempre la impureza lo es, pero ser sorprendido y juzgado en público sería una situación realmente embarazosa. A la vista de todos, la mujer estaría destrozada. Muchos ojos la perforaban con aparente fervor por la justicia. ¿Qué haría el Maestro? Ella se da cuenta de que no hay salida. ¡Qué loca he sido! Fragilidad, tontería, amor; ahora ¡qué más da! el placer es efímero, sólo quedan las consecuencias. ¡Qué loca he sido! Y no se atrevería a mirar a ningún sitio, estaría acurrucada, con los ojos en el suelo, esperando la sentencia que ya antes había dictado su misma conciencia.

Poco les importaba a los fariseos y a los escribas la situación de la mujer. Era un instrumento para poner un cerco a Jesús, y nada más. El silencio de Jesús es inesperado, pues inclinándose, escribía con el dedo en la tierra²⁵. No mira a nadie, parece haberse desentendido. Pero en realidad está preparando un juicio severísimo sobre aquellos hipócritas que insistían en preguntarle. A aquellos hombres no les importaba manipular a las personas ni la verdad. Jesús les enfrentará con su propia conciencia en el momento más oportuno.

²⁵ Jn 8,6

Antes de pasar a la sorprendente respuesta de Jesús conviene reflexionar sobre algo muy de nuestro tiempo: la manipulación del escándalo. Algunos se convierten en jueces y procuran sacar a la luz pública escándalos con verdad o sin ella. Unas veces es por la morbosidad de las cuestiones que venden y así extraer unos beneficios; otras para hundir personas aireando sus defectos privados; otras falseando la verdad y propalando calumnias y difamaciones que manchan el honor y la fama de sus víctimas. Son auténticos *negociadores de la sospecha*²⁶. Se crea así un clima malsano de mentira y deformación. Se juega con las personas y con su intimidad, unas veces por dinero, otras por juegos políticos, otras por motivos ideológicos o religiosos. El lema puede ser "todo vale" y cuanto mejor revestido de bondad esté, mejor. ¿Y las personas? No importa, solo cuenta el provecho que se pueda sacar de aquel escándalo, o de aquella murmuración, o de aquella calumnia.

Este es el caso de aquellos acusadores de la mujer adúltera, aunque en este caso no fuese calumnia sino verdad. Jesús irá al fondo de la cuestión, con su respuesta quedará claro que ellos no buscan la verdad y la justicia sino hacer daño a Jesús, aun a costa de hundir a aquella mujer o matarla.

“Pero como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: **el que de vosotros esté sin pecado que tire la primera piedra**”²⁷.

Jesús pide que juzguen ellos, o mejor que juzgue el inocente. “El dilema que se planteaba era legal, pero después de la apelación de Jesucristo -quien tenía derecho para hacer que se ejecute la sentencia-, el juicio se suspende legalmente por falta de jueces”²⁸

Jesús al levantarse les miraría uno a uno. Dura debió ser la mirada del Señor. Llegaría hasta lo más hondo de su conciencia. Sería como decirles: Hablemos claro, digámoslo todo, empezando por vuestros pecados, ¿queréis un juicio público? Pues tengámoslo.

La conmoción debió ser grande. Jesús pasa de una cuestión legal a una cuestión de conciencia. No es difícil imaginar su mirada indignada ante los aparentes defensores de la justicia. El evangelista señala que **al oírle, se iban marchando uno tras otro, comenzando por los más viejos**. Con su palabra se disuelve el grupo. Aunque sigan juntos en un primer momento, cada uno es colocado ante su conciencia, sin excusas ni tapujos. La mirada de Jesús iría a los más insistentes y sin palabras les haría saber que conocía sus obras; si alguno se hubiese atrevido a hablar, o a arrojar la primera piedra, le hubiera detenido con la enumeración de pecados que le hacían

²⁶ San Josemaría Escrivá. Es Cristo que pasa n.69

²⁷ Jn 8,7-8

²⁸ Carlos Pujol. Gente de la Biblia. La mujer adúltera

más reo de pena que la mujer. El detalle de la marcha de los más viejos en primer lugar es significativo; quizá lo hicieron así porque tenían más pecados, o porque se dan más cuenta de que Jesús es muy capaz de ponerlos en evidencia ante todos. Al ver marchar a los demás cada uno pensaría en su vida y no estaría dispuesto a ser sujeto de un juicio público. ¡Qué distintas hubiesen sido las cosas si se hubiesen decidido a ser limpios en conciencia ante Dios!

La respuesta de Jesús se adapta plenamente a la Ley que indicaba que los testigos del delito tenían que arrojar las primeras piedras²⁹. San Agustín comenta así la respuesta del Señor: “Mirad qué respuesta tan llena de justicia, de mansedumbre y de verdad. ¡Oh verdadera contestación de la Sabiduría! Lo habéis oído: Cúmplase la Ley, que sea apedreada la adúltera. Pero ¿cómo pueden cumplir la Ley y castigar a aquella mujer unos pecadores? Mírese cada uno a sí mismo, entre en su interior y póngase en presencia del tribunal de su corazón y de su conciencia, y se verá obligado a confesarse pecador. Sufra el castigo aquella pecadora, pero no por manos de pecadores; ejecútese la Ley, pero no por sus transgresores³⁰. Eran testigos, pero no podían ser jueces, porque también eran pecadores³¹

Juan concluye la escena diciendo: “y quedó sólo Jesús y la mujer, de pie, en medio. Jesús se incorporó y le dijo: Mujer ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor. Díjole Jesús. **Tampoco yo te condeno; vete y desde ahora no peques más**”³².

Jesús siendo el Justo no condena; en cambio aquéllos, siendo pecadores, dictan sentencia de muerte. San Agustín comenta así la escena: Sólo dos quedan allí: la miserable y la Misericordia. Y el Señor, después de haber clavado el dardo de su justicia en el corazón de los judíos, ni se digna siquiera mirar cómo van desapareciendo, sino que aparte de ellos su vista y vuelve otra vez a escribir en la tierra. Cuando se marcharon todos y quedó sola la mujer, levantó los ojos y los fijó en ella. Ya hemos oído la voz de la justicia: oigamos también la voz de la mansedumbre. ¡Qué aterrada debió de quedar aquella mujer cuando oyó decir al Señor "el que de vosotros esté sin pecado, que lance la piedra el primera", porque temía ser castigada por Aquel en el que no podía hallarse pecado alguno. Más el que había alejado de sí a sus enemigos con las palabras de la justicia, mirándola con ojos de misericordia, le pregunta: ¿Ninguno te ha condenado" contesta ella: "Ninguno, Señor". Y El: Ni yo mismo te condeno; yo mismo de quien

²⁹ Cfr Deut 17,7

³⁰ San Agustín. Tratado sobre el evangelio de San Juan. 33,5

³¹ Sagrada Biblia. Universidad de Navarra. comentario in loc

³² Jn 8,9-11

temiste tal vez ser castigada, porque en mí no hallaste pecado alguno. "Tampoco yo te condeno". Señor, ¿qué es esto? ¿Favoreces tú a los pecadores? Claro que no. Mira lo que sigue: Vete y desde ahora no peques más. Por tanto dio sentencia de condenación contra el pecado, no contra la mujer ³³.

Vete y no peques más. Así despide el Señor a aquella mujer acosada. La deja marchar, pero le recuerda la gravedad de su pecado, y que si no lucha puede volver a reincidir. A la Magdalena -pecadora arrepentida - le dice: **Vete en paz**, porque se arrepintió libremente. Sólo puede marchar en paz quien acudió arrepentido. La mujer adúltera acudió forzada y utilizada por un grupo de hombres con la conciencia deformada. Jesús aprovecha la maldad de aquellos hombres para intentar que vuelva a la vida recta una persona pecadora. Una lección más podemos aprender: sacar de los males bienes, y de los grandes males, grandes bienes. La adúltera tiene la oportunidad de aprovechar sus errores y los de sus perseguidores en una conversión fruto de un encuentro con Jesús de lo más sorprendente.

³³ San Agustín. Tratado sobre el evangelio de San Juan, 33,5-6

Capítulo Tercero

Buenas madres

Isabel, madre y confidente

Isabel recibió a su esposo Zacarías después del anuncio del ángel en el Templo. El buen Zacarías estaría conmocionado por el asombro de la aparición, la grandeza de las revelaciones, y por su sorprendente mudez. Cuando estuvo con su mujer debió comunicarle por escrito lo sucedido. La sorpresa de Isabel también debió ser enorme, pues la revelación la afectaba de una manera muy directa. Muchos pensamientos se agolparían en su mente. Ella se había acostumbrado a la esterilidad, aceptada pero dolorosa; pero ahora se le dice que esa esterilidad se acabará pues estaba incluida en unos sorprendentes planes de Dios. Era difícil creer, pero eso justamente se le pedía. Todo lleva a pensar que Isabel fue más pronta en creer que su marido.

Los evangelios nos dicen que “después de estos días Isabel, su mujer, concibió y se ocultaba durante cinco meses, diciendo: Así ha hecho conmigo el Señor, en estos días en los que se ha dignado borrar mi oprobio entre los hombres”³⁴.

¿Por qué se ocultó durante cinco meses? Una interpretación habitual es el pudor natural de haber concebido en su ancianidad. Sin embargo, parece más plausible otra interpretación. Isabel querría meditar con calma. Había mucho tema de oración y de meditación: primero lo que le contó Zacarías, y cuando estuvo cierta de su embarazo, considerar aquella acción grande de Dios en ella. No podía pasar por encima de aquellos hechos de una manera rápida y superficial: debía meditarlos.

³⁴ Lc 1,24-25

La meditación lleva a captar los matices de una verdad, al reflexionar se añaden luces nuevas a la verdad central. Pero meditar requiere calma. Si desde el principio hubiesen proclamado el anuncio del ángel es muy posible que hubiesen sido escuchados con incredulidad. De poco valía hablar, era más prudente ser discreta. Si contaba su nuevo estado de embarazada, las atenciones hubieran sido continuas y no tendría tiempo para estar sola; a ello cabe unir la curiosidad de ver a una mujer estéril que había concebido en su ancianidad. Las vecinas y parientes no la dejarían en paz. Le faltaría serenidad y silencio para pensar y meditar delante de Dios los hechos, y, también para repasar hechos semejantes que se contaban en la Sagrada Escritura.

Las palabras que le escribiría su esposo se irían haciendo luminosas cada vez que las repasaba. Al agradecimiento de poder ser madre se uniría la alegría de saberse introducida en los planes divinos de salvación. De hecho en la mente de los israelitas estaban bien claros tres nacimientos de características similares, el de Isaac hijo de Abraham y Sara; el de Sansón y el de Samuel. Es muy posible que tanto Isabel como Zacarías repasen lo sucedido en estos tres casos.

Isaac nació de Sara mujer de Abraham, que era estéril. Ambos eran ancianos. Isaac es el hijo de la promesa que había hecho Dios a Abraham. Dios formaría un pueblo de elegidos a través de Isaac, de ese pueblo surgiría en la plenitud de los tiempos el Mesías. El hijo de Isabel y Zacarías era un vástago de esa estirpe elegida a través de la cual Dios quería salvar a todos los hombres. La esterilidad de ambas, así como su avanzada edad, dejaba claro que sus hijos eran vidas regaladas por Dios para bendecir a los hombres. Isabel pensaría en los muchos que se salvarán a través de su hijo. Aunque quizá le intrigan las palabras del ángel señalando que los padres serían los que se convirtiesen en los hijos. ¿No es ese un indicio de la conversión de los seguidores de la Antigua Alianza a la Nueva que debía realizar el Mesías? Para ella no era fácil saberlo, pero todo llegaría en su momento, pues estaba muy claro en ella que Dios siempre sabe más.

Quizá intuyó Isabel su parecido con Sara en esas meditaciones. Su hijo era un nuevo Isaac. Su esterilidad era similar a la de Sara, a través de ese dolor se manifiesta mejor la misericordia de Dios con los hombres. ¡Qué bueno es Dios con los hombres y conmigo! pensaría Isabel.

El nacimiento de Sansón también tiene fuertes relaciones con su hijo. El ángel que se apareció a los padres de Sansón diciéndoles que su hijo sería nazareno, es decir, hombre de Dios cuyos cabellos no debían ser cortados y liberaría a Israel de los enemigos más próximos que tenían en ese momento. El hijo que iba a nacer tampoco beberá vino ni licor, y estaría lleno de Espíritu Santo. Los enemigos a vencer por Juan eran mucho más difíciles que los filisteos. Su hijo debía recomponer los corazones de muchos israelitas para que se apartasen del pecado y pudiesen entender al

Mesías que iba a venir. Isabel pensaría que su parecido con la madre de Sansón era mayor que el de la común esterilidad.

Isabel daría gracias a Dios por esa esterilidad que tanto la había hecho sufrir, ya que permitía que los planes de Dios se realizaran de una manera que relacionaba lo antiguo y lo nuevo de una manera admirable. Su hijo sería un nuevo Sansón, pero con la fuerza en el alma.

Samuel es otro hijo de una mujer estéril con un gran papel en la Antigua Alianza. Su madre Ana lo pedía a Dios con ansia. Dios se lo concedió sin ninguna revelación especial. Pero su hijo fue uno de los más grandes profetas de Israel. Cuando nació Samuel, Ana decidió consagrarlo a Dios en el Templo, así se lo dijo al Sumo Sacerdote: quiero dárselo a Yavé por todos los días de su vida, para que sea siempre donado a Yavé. El cántico de Ana que sigue a la consagración del niño era muy conocido por los israelitas. María lo cita en el cántico con el que revela a Isabel su gozo. También Isabel meditaría estas palabras de alegría que surgen vigorosas del corazón de Ana.

Isabel se vería reflejada en la expresión de Ana cuando decía que la estéril parió siete hijos y se marchitó la que tenía muchos. Es cierto que estas palabras hacen referencia profética al Nuevo Israel, que es la Iglesia, frente al Viejo e incrédulo Israel; pero también vería en estas palabras la enorme alegría que la llenaba, mucho mayor que si las cosas hubiesen seguido un camino más ordinario. Su hijo era un nuevo Samuel que preparaba el camino al hijo del rey David ungido por Samuel.

Muchas más debieron ser las reflexiones y meditaciones de Isabel aquellos cinco meses. Pero ¿podría ser de otro modo? ¿No ocurre lo mismo en los que se convierten o descubren su vocación, o a los descubridores de una verdad difícil? Es necesaria la oración meditada. La luz sin los ojos bien abiertos de nada sirve. Los ojos de la mente necesitan tiempo para comprender las grandes verdades.

Es muy frecuente que los grandes hombres y los santos hayan tenido una gran idea o iluminación, esa idea es como el eje sobre el que gira todo su pensamiento y su acción, pero deben reflexionar para extraer agua del pozo. San Francisco capta con claridad el valor de la pobreza, San Antonio la oración en el retiro del desierto, San Agustín la gracia de Cristo, Santa Catalina de Siena la Iglesia y la sangre de Jesús, Santa Teresa de Jesús el valor de la oración, San Josemaría Escrivá la llamada a la santidad en medio del mundo, y así tantos otros. Todos confluyen en el mismo y único evangelio, pero cada uno capta un matiz a la riquísima verdad que Cristo ha venido a traer. Si no se meditan las grandes verdades se van diluyendo con el paso del tiempo, la memoria las difumina, los matices se pierden y las aplicaciones no se realizan.

El estado de Isabel sería notorio a todos transcurridos los cinco meses, y sería recibido con el jolgorio previsible. Pero algo nuevo sucedió

al cabo de un mes, vino María la hija de Joaquín y Ana, aquella pariente suya tan querida. Es muy posible que el sólo anuncio de su llegada la llenara de gozo, pero algo nuevo ocurrió cuando se encontraron. Dejemos a Lucas que nos lo cuente: “Por aquellos días, María se levantó, y marchó deprisa a la montaña, a una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó de gozo en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando en voz alta, dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme? Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno; y bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor”³⁵. Esta explosión de gozo y de luz merece ser meditada despacio.

San Ambrosio comenta así estas palabras de la Visitación: “Considera la distinción y las propiedades de cada palabra. La voz, la oye Isabel, pero es Juan el que primero experimenta la gracia; ella oyó por ordenación natural; él exultó por razón del misterio; ella se dió cuenta de la llegada de María; él, de la del Señor; la mujer vió la presencia de la mujer; y el hijo la del hijo; ellas proclaman la gracia; ellos actúan desde el seno de sus madres y manifiestan y manifiestan el misterio del amor de Dios por medio de los dones que ellas han recibido; y aquellas dos madres -doble milagro- profetizan por el espíritu de sus hijo”³⁶.

Recordemos que la primera reacción de María Santísima tras la Anunciación, es acudir rápidamente a cuidar a Isabel. La caridad no es ociosa. María sabe que Isabel sufrirá en el parto, deseado pero difícil. Es lógica su reacción. Pero algo sorprende en esa rapidez y en la alegría del encuentro: la edad de las dos mujeres es muy diferente, al menos se distanciarían en unos treinta años. Es una diferencia de edad como para pensar que era una amistad más honda de lo habitual. Es muy posible que se conociesen por motivos familiares, quizá Isabel le tomó un cariño materno natural por la diferencia de edad y por no tener hijos. Pero había más, ya que María era Inmaculada, no tenía el menor contacto con el pecado, y eso se notaría en muchísimos detalles que dejarían ver un alma transparente y buena. Las virtudes de la llena de gracia se traslucirían en su semblante y en su modo de actuar tan natural y tan amable. Antes de la acción del Espíritu Santo en Isabel, que explica mucho de su enorme gozo, ya se daría una relación amistosa entre María e Isabel. No cuentan las diferencias de edades cuando hay amor verdadero. Las incomprensiones suelen darse más por egoísmo que por diferencias generacionales.

³⁵ Lc1,39-45

³⁶ San Ambrosio. Exposición sobre el evangelio de San Lucas

La comprensión entre Isabel y María va mucho más allá de los lazos familiares o de amistad, es un lazo más fuerte que el de la sangre. Las une el mismo Espíritu Santo con una vocación divina para que se cumplan los planes salvadores de Dios. A ambas les une una maternidad fruto del Espíritu Santo. Sus hijos estarán fuertemente unidos también. Jesús salva a Juan redimiéndole del pecado original en el seno de su madre -ahí radica la razón del salto de gozo del niño en el seno de su madre-. Juan anuncia a Jesús y prepara los corazones de muchos de los primeros discípulos del Mesías cuando se manifieste públicamente. El amor entre María e Isabel es ciertamente mayor que el que fuese fruto de cualquier otro lazo humano: las une un lazo divino.

Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Millones de veces los cristianos han dirigido a María Santísima este saludo de Isabel. Algunos códices antiguos del evangelio recogen estas mismas palabras al final del saludo de Gabriel a María. Quizá por eso San Beda el venerable comenta que Isabel bendice a María con las mismas palabras usadas por el Arcángel “para que se vea que debe ser honrada por los ángeles y por los hombres y que con razón se ha de anteponer a todas las mujeres”³⁷.

María recogerá la verdad de estas palabras diciendo que **desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones**. La grandeza de las expresiones de las dos mujeres excede con mucho la alegría común de un encuentro entre familiares, pues apuntan a una bendición entre todas las mujeres y una felicitación de todas las generaciones. Esto sólo puede ser dicho como fruto de la fe, es decir, como resultado de la certeza de saber que el Mesías estaba allí entre ellas. María e Isabel se saben instrumentos de la salvación divina: María como Madre de Dios, Isabel como madre del Precursor.

La historia nos lleva a ver el acierto de las dos expresiones. Todas las generaciones cristianas se alegran de la fidelidad de María y de su santidad. Todas las mujeres pueden mirarla como el modelo de mujer ideal, superando aquel que había sido roto en Eva por su pecado.

Isabel alaba la fe de María, pero ¿Es separable la fe de la esperanza o de la caridad? María se convierte en Maestra de fe, de esperanza y de caridad. Pero ahora queremos detenernos en un fruto no buscado en el encuentro entre María e Isabel. La Virgen María había guardado total discreción sobre el anuncio del ángel y sobre el fruto de su entrega a Dios. Nadie sabía que el Verbo se había hecho carne en sus entrañas. Es lógico este silencio. Una explicación por muy creíble que fuese la veracidad de María es muy fácil que no fuese creída, María lo sabe y actúa del modo más sobrenatural posible se abandona en la

³⁷ cit en Sagrada Biblia. Comentarios de la Universidad de Navarra.

Sabiduría de Dios. María sabe que Dios siempre hace las cosas antes, más y mejor. María se abandona en las manos de Dios, pero un pequeño dolor se instalaría en su corazón: no podía comunicar a nadie su alegría. Es más difícil callar las alegrías que las penas. Y María tiene que callar discretamente. Por eso la alegría experimentada cuando ve que Isabel sabe de un modo extraordinario que ella es la Madre del Señor es mayor, puede abrir su alma y expresar su gozo a Isabel. María puede confiar en alguien plenamente, tiene una confidente de confianza. Es un pequeño regalo que Dios le concede. Y lo usa, pues abre su corazón con amplitud en el Magnificat en el que dice entre otras cosas su estado de ánimo, mi espíritu **se alegra en Dios mi Salvador**, está contenta, feliz, exultante, y además, ahora se siente también humanamente comprendida. Venía a hacer una obra de caridad asistiendo a Isabel en un parto que se prevé difícil, y se encuentra que Ella también encuentra un gozo no buscado, añadido al que ya le llena el alma. La fe de Isabel facilita una alegría humana y divina a María Santísima en aquellos primeros momentos de la Encarnación del Verbo.

Una vez que Isabel da a luz a Juan, ya no se la menciona en el evangelio. ¿Cómo debió ser su vida? Indudablemente todo giró en torno a estos hechos que acabamos de meditar: el anuncio del ángel a su esposo Zacarías, su concepción, su encuentro con María, el nacimiento de su hijo. Ya sabía el querer de Dios para ella. No podemos imaginar otro modo de vida para Isabel que una vida de oración de acción de gracias girando en torno a estos hechos, el resto poco importaba ya. ¿No es la vocación divina el eje de la vida de cualquier persona? el que no la ha descubierto en plenitud, que la busque, pues Dios se deja encontrar por los que le buscan con sincero corazón; los que ya la conocen que la guarden, la cuiden y la desarrollen.

Juana Mujer de Cusa, un marido difícil.

Sólo se la cita una vez a Juana en los evangelios, y de pasada, poco se sabe de ella, pero la mención con nombre propio indica que era muy conocida entre los primeros discípulos de Jesús. Citar su matrimonio -mujer de Cusa, administrador de Herodes- permite pensar en una buena condición social, aunque fuese un ambiente nada favorecedor para vivir

cara a Dios, y menos aún para seguir de cerca a Jesús. Nosotros podemos ver en ella un ejemplo de una mujer fiel con un marido difícil

Los evangelios la colocan en un contexto muy ilustrativo, Jesús “recorría ciudades y aldeas predicando y anunciando la buena nueva del Reino de Dios; le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes”³⁸.

Sólo tres de aquellas mujeres son citadas por su nombre, y ello debió ser porque su presencia llamaba la atención de todos. La fidelidad de Juana al Maestro es grande pues también estará presente entre las que van al sepulcro vacío y reciben la noticia de la Resurrección de Jesús: “Y al regresar del sepulcro anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. Eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago; también las otras que estaban con ellas contaban estas cosas a los Apóstoles”³⁹. Es muy probable pensar que estaba al pie de la cruz o en la Vía Dolorosa, aunque no se la cite allí por su nombre.

Algo característico que diferencia a Juana de las demás es ser esposa de Cusa, hombre importante en la vida social -administrador de Herodes- y discutido en lo religioso por ese mismo trabajo. La toma de postura política de Cusa le facilitaba materialmente la vida, pero se la complicaba en relación con los judíos practicantes.

Para entender esto conviene saber un poco quienes eran los herodianos. Eran los seguidores de Herodes, tanto de Herodes el grande fundador de la dinastía, como de Herodes Antipas que en aquellos momentos era el tetrarca de Galilea. Herodes no era propiamente judío sino semi-judío o idumeo, hijo de una mujer árabe y de un idumeo. Los idumeos habían sido incorporados al pueblo y la religión judías un siglo antes a la fuerza, vivían en el sur de Judea y eran levantiscos. Herodes no era de sangre real, pero era muy rico, se ganó la confianza de los romanos que le hicieron rey de aquellas tierras. Hoy diríamos que su postura era pragmática. Colaboraba con los romanos y no se entrometía en las cuestiones religiosas de los judíos, aunque las conociese bien; es más, acabó la construcción del Templo con gran suntuosidad y magnificencia, con lo que evitaba algo la enemistad que le tenían los judíos. Era cruel y sanguinario.

Su hijo Herodes Antipas era un digno hijo de su padre, aunque con menos influencia y poderío, añadía a la crueldad de su padre la lujuria,

³⁸ Lc 8,1-3

³⁹ Lc 24,10

especialmente la que le llevó a unirse con Herodías sobrina suya y mujer de su hermano. Este era el ambiente de los herodianos entre los que se contaba Cusa. Juana también participaba en este ambiente como esposa del administrador de Herodes. Tenía que convivir con personas de malas costumbres, como se ve en el banquete en el que Herodes decide asesinar a Juan el Bautista. Negocios poco claros, impureza, crueldad, bebida excesiva y vida sensual era la característica de aquel ambiente. Cusa era el administrador de los bienes de un hombre inmoral como Herodes. ¡Difícil papeleta para la conciencia de cualquiera!

Podemos imaginar a Cusa como una nadador entre dos aguas. Es frecuente decir que un hombre depende en gran manera de la calidad de su mujer. Cusa tendría en su mujer un complemento a su vida cortesana con Herodes, su mujer era una buena judía practicante. El hecho de que ella se hiciese seguidora del nazareno le sorprendería, pero, aunque no entendiese demasiado lo que hacía su mujer, no parece que le pusiese especiales dificultades, pues la veía buena y se fiaba de ella. No era como algunas de las que se encontraban en la corte de Herodes, especialmente Herodías, ¡Gracias a Dios Juana era una buena esposa, pensaría Cusa al ver aquellas mujeres que pululaban por la corte de Herodes y Herodías!

La fe de Juana puede ayudar a reflexionar sobre cómo una mujer creyente debe tratar a su marido. La realidad de la vida es muy rica y se dan todo tipo de casos. En algunos matrimonios la coincidencia es total en todo, incluso en lo religioso; en otros se da a medias, en algunos se dan diferencias grandes, también en lo religioso. Nosotros no vamos a considerar como superar todas las diferencias, pero sí como una mujer cristiana debe actuar ante un marido difícil.

Como buena judía la habrían educado en el espíritu de la *mujer fuerte*, modelo de mujer descrito por el libro de los Proverbios, en esa mujer “confía su marido, trabaja, vela por el alimento y el vestido de todos conocido es su marido cuando se sienta entre los ancianos del país(...) se reviste de fortaleza y de dignidad, es decir, está llena de virtudes que son lo permanente, pues engañosa es la gracia y vana la belleza, la mujer que teme a Dios, ésta es de alabar”⁴⁰. La revelación reforzaba la idea común y natural de que la mujer es el eje de la familia.

San Pablo, como buen intelectual, precisa el comportamiento en un matrimonio en que uno de los dos no es creyente diciendo: “si un hermano tiene una mujer no creyente, y ella consiente en vivir con él, no la despida. Y si una mujer tiene marido no creyente y éste consiente en vivir con ella, no la despida. Pues el marido no creyente se santifica por la mujer, y la mujer no creyente se santifica por el hermano. De no ser así vuestros hijos

⁴⁰ Prov 31,10-31

serían impuros, mientras que ahora son santos”⁴¹. La fe de uno puede servir para la edificación del otro, y también de los hijos.

San Pedro -que estaba casado- es más preciso en estos consejos: “las mujeres sean sumisas a sus maridos, para que si algunos no creen en la palabra, sean ganados sin palabras por la conducta de la mujer, al considerar su casto y respetuoso comportamiento, el adorno de ellas no sea externo, hecho de peinados, joyas y modos de vestir”⁴². Estas jugosas palabras del primer vicario de Cristo merecen un comentario detenido.

Todo matrimonio comienza con una armonía no pequeña entre hombre y mujer, ambos se quieren hasta el punto de dejar a su padre y a su madre, se comprometen a ser fieles uno al otro, a tener hijos y fundar una familia. Es tan fuerte esta unión que se compara con la unión de Cristo con su Iglesia, y San Pablo la llama **misterio grande** (cf Ef. 5).

El tiempo lleva a la maduración de esa unión. Maduran los esposos siendo más realistas. La alegría propia del comienzo llevaba consigo una idealización mutua; más adelante la convivencia va descubriendo virtudes ocultas, pero también defectos o limitaciones. No es oro todo lo que brilla. También aparecen diferencias, que ni siquiera son defectos, como las propias de la distinta psicología del varón y la mujer, costumbres familiares antiguas, diferentes opiniones, y, a veces, diferencias grandes como pertenecer a distinta religión. Un mosaico de diferencias que, si se lleva bien, no dificultan la armonía sino que la enriquece; pero no resulta fácil armonizar diferencias.

¿Qué hacer cuando surgen problemas? Una posibilidad es enfadarse: sirve de poco, más bien empeora las cosas. Separarse es una penosa solución, que sólo debe reservarse a los problemas gravísimos y ante los tribunales competentes. La tercera es luchar porque crezca un amor más fuerte que las diferencias entre los esposos: **la caridad es paciente**⁴³. Con un amor verdadero se ven los defectos del otro de distinto modo que si hay un egoísmo más o menos disfrazado de sentimiento. La paciencia ve las dificultades, pero las soporta con ánimo fuerte, es más, busca los modos de mejorar al otro, al mismo tiempo que procura superar los propios que siempre existen.

San Pedro da algunas lecciones muy prácticas, especialmente dirigidas para la mujer, ya que su papel suele ser más importante que el del varón en la vida familiar, aunque éste sea el cabeza de familia. El primero es ser sumisa, podría parecer que manda algo indigno, pero en realidad recomienda realizar un acto de potente personalidad: ser humildes.

⁴¹ 1 Co 7,12-14

⁴² 1 Pe 3,1-3

⁴³ 1 Co 13,5

¿Cuántos problemas se solucionan cuando está el orgullo de por medio? Ninguno, pues si hay orgullo nadie quiere ceder y hasta de la nimiedad más pequeña se puede organizar un gran problema. En las discusiones es frecuente que ceda primero la persona de más categoría, ya que la terquedad es propia de personas de corta mente y flaca voluntad. Se pueden conseguir más éxitos con ese acto de humildad que con cientos de argumentos bien elaborados. “A veces nos tomamos demasiado en serio. todos nos enfadamos de vez en cuando; en ocasiones, porque es necesario; otras veces, porque nos falta espíritu de mortificación. Lo importante es demostrar que esos enfados no quiebran el afecto, reanudando la intimidad familiar. En una palabra, que marido y mujer vivan queriendo a sus hijos, porque así quieren a Dios”⁴⁴.

El segundo es aún más jugoso ganarlos sin palabras por la conducta. San Pedro habla de ganarlos a la fe, pero se puede aplicar a todos los problemas matrimoniales. La verborrea, el exceso en el hablar suele crear muchos problemas. Cuando alguien está enfadado y dice una palabra ofensiva al otro es muy posible que le hiera hondamente. Además entre los que se conocen bien es más fácil encontrar los puntos débiles, poner el dedo en la llaga, o humillar en lo que más duele.

El silencio es excelente en muchas ocasiones. No se trata del silencio hosco de la mudez del que no quiere hablar y pone caras largas, dejando clara su situación de persona ofendida; sino el silencio del que sabe esperar a que amaine la tormenta interior, y luego, con más calma, se dice lo que convenga y se acierta con más seguridad. No es la lengua movida por el despecho la que arregla las cosas, sino la caridad paciente que tiene la fuerza para callar cuando conviene. ¡Cuántas mujeres estropean la convivencia matrimonial molestando a los esposos con parloteos excesivos o frases hirientes! “Es preciso aprender a callar, a esperar y a decir las cosas de modo positivo y optimista. Cuando él se enfada es el momento de que ella sea especialmente paciente, hasta que llegue la serenidad; y al revés. Si hay cariño sincero y preocupación por aumentarlo, es muy difícil que los dos se dejen dominar por el mal humor a la misma hora...”⁴⁵.

Castidad y respeto son los dos consejos siguientes de San Pedro. Cuando el matrimonio está llevado según la ley de Dios *el lecho matrimonial es un altar*, según expresión afortunada de San Josemaría, si no es así la vida familiar se corrompe en su núcleo más íntimo. Se puede ceder en casi todo, pero nunca en lo que vaya contra la ley de Dios, ni con la excusa de querer arreglar problemas, pues se acaba estropeando todo con

⁴⁴ San Josemaría Escrivà. Conversaciones n. 108

⁴⁵ *ibid.*

malas soluciones. Para los problemas más complicados convendrá consultar a algún sacerdote docto y piadoso y se mejorará la prudencia.

La tercera solución que da San Pedro es la del arreglo personal de la mujer. Sin excederse por vanidad, pero sin descuidarse en la belleza para agradar al marido, no por otros motivos. La vanidad es mala, pues puede llevar a coqueterías o, incluso, adulterios. El descuido es pereza y falta de espíritu de sacrificio, que puede llevar a un marido poco virtuoso a buscar fuera del hogar la belleza y la ternura que no encuentra en el suyo. Así lo expresa con experiencia pastoral San Josemaría: “Otro detalle: el arreglo personal. si otro sacerdote os dijera lo contrario, pienso que sería un mal consejero. Cuantos más años tenga una persona que ha de vivir en el mundo, más necesario es poner el interés en mejorar no sólo la vida interior, sino precisamente por eso -el cuidado de estar presentable: aunque, naturalmente, siempre en conformidad con la edad y con las circunstancias. Suelo decir, en broma, que las fachadas, cuanto más envejecidas, más necesidad tienen de restauración. es un consejo sacerdotal. Un viejo refrán castellano dice que la mujer compuesta saca al hombre de otra puerta.⁴⁶

Juana debió llevar bien estos detalles con su marido. Es muy posible pensar que contribuyó de manera decisiva a que su esposo no se corrompió en el ambiente de la corte de Herodes. Juana es un buen modelo de la mujer cristiana casada, también en nuestros días.

La madre de dos Apóstoles, la vocación de los hijos.

La importancia de la madre en la vida de todo hombre es grande. También para los apóstoles. La calidad de los hijos alienta la curiosidad de conocer el temple de sus madres.

Jesús “llamó a los que quiso y vinieron a él”⁴⁷. La libertad divina con que Jesús llama a los Apóstoles queda bien clara, la vocación de los Doce es una vocación explícita, no es fruto de sus méritos, sino una llamada divina realizada en público por el mismo Jesús.

⁴⁶ Beat Josemaría Escrivá. conversaciones. n. 107

⁴⁷ Mc 3,13

Entre los llamados estaban dos hermanos: Juan y Santiago. Estos dos hermanos eran hijos de Zebedeo, un pescador propietario de su barca en el lago de Genesaret. Juan era el primero de los discípulos de Jesús, pronto convenció a su hermano de su descubrimiento del Mesías, y es muy posible que hablase a toda la familia incluidos sus padres. Algo más tarde Jesús les vuelve a encontrar o buscar y les llama a ser sus discípulos. Mateo lo narra así: “Caminando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, su hermano, que echaban la red en el mar, pues eran pescadores, y les dice: Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. Y ellos al punto, dejando las redes, le siguieron. Y siguiendo adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago hijo de Zebedeo y a su hermano Juan, que estaban componiendo sus redes en la barca de Zebedeo, su padre, y los llamó. Y ellos, dejando al punto la barca y a su padre, le siguieron”⁴⁸. Marcos añade que su padre también tenía jornaleros⁴⁹. En la elección de los Doce se les nombra haciendo referencia también a su padre diciendo Santiago, el hijo del Zebedeo y Juan su hermano⁵⁰. La referencia a Zebedeo, padre de Juan y Santiago, llama la atención pues no se cuenta nada de él en los evangelios. Nosotros podemos suponer que sería un hombre de categoría por la personalidad de sus hijos llamados Boanerges hijos del trueno, es decir, gente de carácter fuerte; entre las virtudes de Zebedeo debemos contar como sobresaliente la de educar bien a sus hijos, como demostrarán los hechos posteriores.

La que sale varias veces en el Evangelio es su madre, la mujer de Zebedeo. Se encuentra entre las mujeres que estaban al pie de la Cruz de Jesús, Mateo no la llama por su nombre sino que la cita como **la madre de los hijos de Zebedeo**⁵¹; se la suele identificar con la Salomé que estaba con las santas mujeres. Una conversación que tuvo con Jesús nos permite conocer algo más de ella: Entonces se acercó a él la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos y se postró para pedirle algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le responde: “”Dí que éstos dos hijos se sienten uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en el reino”⁵². Como buena madre quiere lo mejor para sus hijos, aunque entienda poco del Reino que va a instaurar Jesucristo en la tierra, y no piense en el enfado de los compañeros de sus hijos. Jesús aprovechará la sencillez y la petición ambiciosa de la madre de Juan y Santiago para aclarar a todos que su Reino es de servicio y

⁴⁸ Mt 4,18-22

⁴⁹ cfr. Mc 1,16-20

⁵⁰ Mt 10,2; Mc 3,17

⁵¹ Mt 27,56

⁵² Mt 20,20-21

humildad, corrigiendo así la excesiva visión humana que se transparenta en las palabras de aquella buena mujer.

Cuando Juan y Santiago se deciden a seguir a Jesús, su madre debió contagiarse del entusiasmo y de la alegría de sus hijos. Es fácil imaginarla activa entre las mujeres que sirven al Señor y a sus discípulos. Para ella, como para la madre de otros dos discípulos -Santiago y Judas Tadeo-, se añadía la presencia de sus hijos al hecho de ser discípulas del Señor. La maternidad y la fe se unen de una manera admirable en ese servicio que no era nada duro, sino muy grato y reconfortante. Es un caso de sintonía agradable entre madre e hijos para seguir la llamada de Dios. Ciertamente su entusiasmo y su deseo de la preferencia para sus hijos junto al Mesías refleja poca comprensión de lo que Jesús predica, y poca rectitud de intención, pero ¿acaso no discutían los Apóstoles sobre quién era el primero una y otra vez? Ella está al nivel de sus hijos. Más tarde rectificó hasta el punto de ser más fiel que sus hijos al permanecer al pie de la Cruz; eso sí con la satisfacción de que uno de sus hijos, Juan, también esté junto al Maestro en aquellos momentos de huida generalizada.

¿Son así todos los padres respecto a la vocación sobrenatural de sus hijos? La experiencia de la historia nos muestra todo el arco de posibilidades: desde los padres que desean que sus hijos tengan una vocación de entrega apostólica, hasta los que se oponen con medios duros, pasando por los que respetan la libertad de la elección libre y madura de sus hijos sin entenderlos demasiado. De hecho los padres también han sido hijos, y en un momento dado abandonaron a sus padres para formar una nueva familia: “dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne”⁵³, esa es la ley de vida aceptada por todos; pero cuando se presenta una vocación al celibato apostólico las cosas parecen más difíciles que en la elección matrimonial.

Para reflexionar sobre el papel de los padres en la vocación de sus hijos, conviene comenzar diciendo que todo ser humano tiene una vocación de entrega plena a Dios. Pensar que la vocación al celibato o la virginidad por amor de Dios prescindiendo del Matrimonio es la única vocación es un error. Es frecuente que para hablar de la vocación se suele hacer referencia a este tipo de entrega, pero no es lo correcto, ya que todo hombre tiene una vocación divina que debe encontrar. La vocación al celibato es para una parte mínima de los mortales, aunque se cuentan por millones en el siglo XXI, pero en los miles de millones de habitantes del globo son una pequeña minoría. Los padres conviene que estén pendientes siempre de la voluntad de Dios. No se trata de que ellos decidan cuál es el futuro de sus hijos, pero sí que tengan en cuenta los planes de Dios por sí pueden coincidir con los que ellos hacen, o no. De hecho el Matrimonio es una

⁵³ Mc 10,7-8

auténtica vocación divina, pero la virginidad y el celibato son una vocación superior, pues se entrega a Dios el alma y el cuerpo para servirle con el corazón individido. No quiere decir esto que los que elijan el celibato sean más santos que los que eligen el Matrimonio, eso dependerá de la generosidad con que vivan su vocación, pero la vida célibe por Amor a Dios es superior a la vida matrimonial como atestiguan repetidamente los Romanos Pontífices y la Sagrada Escritura. Lo ideal para padres o hijos es estar pendientes de lo que pide Dios, ahí está la clave para evitar conflictos y acertar en las soluciones más prudentes.

La historia de las reacciones antes la vocación célibe de sus hijos es variadísima, incluso entre los santos. Se dan casos como los de las dos Teresas -la de Avila en el siglo XVI y la de Lisieux en el siglo XIX- en los que sus padres colaboran positivamente y con entusiasmo. Es de resaltar que en estos dos casos los dos padres eran viudos, para ellos desprenderse de sus hijas era un sacrificio notable, ya que aumentaba su soledad. Pero en los dos la fe pudo más que el posible egoísmo, y apoyan la libre decisión de sus hijas, las cuales se contarán entre las grandes santas de la Iglesia; no olvidemos que entonces sólo eran dos jovencitas saliendo de la adolescencia. Se podría aducir que "eran entusiasmos de juventud", que "se les pasaría con el tiempo" ...; pero no fue así como se vio con el paso de los años. No les cortaron las alas y volaron alto, alto.

Entre los casos opuestos se encuentran los de Tomás de Aquino y Francisco de Asís en el siglo XIII, y el de Catalina de Siena en el siglo XIV. No podemos citar casos de nuestros días, pues los hijos aún no han sido canonizados, pero seguro que más de un santo el cual aún convive con nosotros ha experimentado la dura oposición de sus padres, en algunos casos atacando la libertad más mínima y en otros llegando a la misma oposición a Dios.

Los tiempos pasados no parece que fueran más fáciles que los nuestros para seguir a Dios. En la cristiana Edad Media el padre de Francisco recurre a todas las influencias posibles para disuadir a su hijo, incluida la petición de ayuda al obispo local, hasta que el hijo le entrega hasta su ropa para que no pueda decir que se lleva algo paterno. Catalina recibe reprimendas, lloros, golpes, ser tratada como sirvienta, permanecer encerrada en su habitación durante mucho tiempo, y eso que no quería marchar de casa para hacerse religiosa, pero tampoco quería casarse como había previsto su madre, sino servir a Dios el modo que el mismo Jesucristo le había hecho ver; no le fue fácil comenzar lo que luego sería una gran reforma de la Iglesia.

El caso de Tomás de Aquino es más fuerte, pues a las recomendaciones, siguen las amenazas de rigor, y llegan sus familiares a colocarle una cortesana en sus habitaciones para disuadir de la entrega a Dios facilitándole el pecado. Los efectos fueron los contrarios, pero

conviene no olvidar que entonces Tomás tenía dieciseis años y aún no era el santo que llegó a ser. ¿Se habrán dado casos de santos frustrados por conductas similares de los padres? Es posible que sí, de momento recemos por sus almas, y porque no se cieguen los ojos paternos de algunos que debían tener más fe.

¿Deben favorecer los padres siempre los primeros impulsos de sus hijos, o provocarlos? La respuesta debe ser matizada y meditada. Los padres deben tener visión sobrenatural y fe; después conviene que pongan pegas razonables a los ímpetus juveniles de los hijos generosos; de un modo parecido a como deben poner pegas razonables a los hijos díscolos y egoístas. Pegas razonables son las que se ajustan a la razón, es decir, que nunca se opongan a la ley de Dios, que permitan una libertad suficiente, y sobre todo que aseguren las decisiones firmes y seguras. Esto es tan aplicable a los hijos con vocación al celibato, como a los hijos con vocación matrimonial o a los hijos balas perdidas. Tratarlos de un modo desigual sería una injusticia.

Conviene tener en cuenta que la paternidad es muy fuerte, y la maternidad más. Los padres junto al amor desinteresado y generoso a sus hijos tienen, lo quieran o no, la inclinación al egoísmo propia del pecado original. La paternidad se puede deformar. Es muy fácil que piensen en "mis hijos", haciendo hincapié en el pronombre posesivo "mis", y olvidando algo más el de "hijos", que son también hijos de Dios. El cariño propio de los padres puede convertirse en un hacer y deshacer en la vida de los hijos sin contar casi con ellos y, quizá, tampoco con los planes de Dios. Se planea su futuro, su profesión, su posible matrimonio y casi sin querer se pretende que los hijos sean un reflejo de los deseos de sus padres, cuando lo más correcto es formarlos para que usen bien su libertad.

Si el hijo se presenta de improviso con deseos de entregarse a Dios por completo conviene hacerle reflexionar, consultar con el sacerdote que dirige el alma de su hijo, si lo tiene, y rezar. Cabe que piensen que no es lo suyo, pero no es correcto pensar que han perdido un hijo. San Bernardo de Claraval decía en el siglo XII a unos padres que se quejaban de la decisión de entrega a Dios de su hijo lo siguiente: “Si a vuestro hijo Dios lo hace suyo ¿qué perdéis vosotros en ello o que pierde él mismo? ...Si le amáis, habéis de alegraros de que vaya al Padre, y a tal Padre. Cierto, se va a Dios; más no por eso creáis perderlo, antes bien, por él adquirís muchos otros hijos (...) No lloréis, no os lamentéis, que vuestro Godofredo al gozo corre, no al llanto”.

Cabe también un temor ante una entrega generosa, que les puede parecer dura y exigente. La respuesta no puede ser más que la de la fe y la de la esperanza en Dios. Lo cierto es que la generosidad y la perseverancia de sus hijos depende en gran medida de los padres.

Es cierto que a finales del siglo XX es frecuente que se dé un cierto temor ante cualquier compromiso al comprobar el elevado número de matrimonios que fracasan y la infidelidad ambiental; pero no parece que impedir los matrimonios sea el mejor camino para evitar los fracasos matrimoniales, sino formar a los hijos en la fidelidad para que sean hombres o mujeres maduros. Lo mismo cabe decir de las vocaciones de entrega célibe.

El Papa Juan Pablo II exhortaba a una tierra tan generosa en vocaciones como Irlanda diciéndoles: “Vuestro primer deber y vuestro mayor privilegio como padres es el de transmitir a vuestros hijos la fe de vuestros padres. El hogar debería ser la primera escuela de oración. La gran influencia espiritual de Irlanda en la historia del mundo se debió en gran parte a la religión de los hogares de Irlanda, porque aquí es donde comienza la evangelización, aquí es donde se nutren las vocaciones. Dirijo un llamamiento a los padres irlandeses para que continúen fomentando vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa en sus hogares, entre sus hijos e hijas”⁵⁴.

Es posible que los padres no vean lo que los hijos ven, e incluso se obcequen ante una decisión madura de sus hijos. No nos debe extrañar, aunque apene, pues ha sucedido mucho en la historia de la Iglesia; pero conviene recordar que se pueden convertir en instrumentos del diablo en la tarea de disuasión de la generosidad de sus hijos, que de otra manera pueden llegar a ser unos formidables instrumentos de Dios.

Si los padres no tienen fe se comprende algo más su oposición, aunque deben respetar de un modo natural la libertad de sus hijos, aún poniendo los obstáculos razonables que aconseje la prudencia; pero lo extraño es que en ocasiones se da esa oposición en padres cristianos, que se confiesan con sacerdotes que también son hijos de otros padres, que comulgan con Aquel que dijo que **el quiere a su padre o a su madre más que Mí no es digno de Mí**. Es extraño si no se conociesen las artimañas de Satanás, que tienta recurriendo al cariño paterno para hacer lo que pueden ser auténticas tropelías, como vimos en el caso de Santo Tomás.

Los hijos deben amar a los padres, y aunque ellos no entiendan su vocación en un comienzo no debe disminuir su amor a ellos, más bien debe crecer, como indica Forja “Agradece a tus padres el hecho de que te hayan dado la vida, para poder ser hijo de Dios. -Y sé más agradecido, si el primer germen de la fe, de la piedad, de tu camino de cristiano, o de tu vocación, lo han puesto en tu alma”⁵⁵

Si Dios permite que las dificultades sean grandes no es bueno quejarse, sino aprovechar esa dificultad para purificar la rectitud de

⁵⁴ Juan Pablo II. Homilía en Limerick 1.X.1979

⁵⁵ Forja, n. 19

intención y para fortalecer el ánimo, ya que es posible que lo necesite muy fuerte en las batallas que deba librar en el futuro, las dificultades familiares pueden ser para el alma una forja no pequeña.

Juan y Santiago pasarían una cierta vergüenza ante la petición de su madre; pero es significativo ver como Jesús no corrige a la madre, sino a los hijos elevando su punto de mira sobrenatural. Jesús trata con guante de seda a la buena madre, pues sabe que es el cariño a sus hijos el que le lleva a pedir algo inconveniente. Al pie de la Cruz, fijándose en los dos ladrones crucificados a los dos lados de Jesucristo, Salomé recordaría su petición de que sus hijos estuviesen uno a su derecha y otro a su izquierda y agradecería la misericordia de Dios que disponía las cosas de manera más sabia que la que ella pedía en su ignorancia.

El mandamiento divino de amarse los padres y los hijos se convertirá con Jesús en el *dulcísimo precepto* como lo llamaba San Josemaría Escrivá, pero ello no quita que se deba querer con un amor superior a Cristo que a los mismos padres como enseña Jesús con palabras claras: “si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a la esposa y a los hijos y a los hermanos y a las hermanas, hasta la propia vida, no puede ser mi discípulo”⁵⁶. Estas palabras se deben entender en el contexto de amar a todos de una manera plena, pero que ningún amor por bueno que sea es superior al amor a Dios. Pues ante Dios no hay medias tintas. Se podrían traducir las palabras de Cristo por amar más, amar mejor, más bien, por no amar con un amor egoísta ni tampoco con un amor de corto alcance: debemos amar con el amor de Dios”⁵⁷. Jesucristo es modelo de ese amor a todos con amor divino. Trata con enorme cariño a su Madre, pero ese amor no le aparta de su misión divina; la Virgen María a su vez sabe apoyarle siempre del modo más adecuado, secunda la misión de su divino Hijo.

Acabemos con unos cuantos testimonios de santos sobre el tema de la vocación de los hijos que pueden ser útiles para la meditación tanto de los hijos como de los padres. San Agustín en el siglo V dice: “Amad a los padres, más poned a Dios por delante de los padres”⁵⁸. San Jerónimo en el siglo IV corrobora la misma idea: “Honra a tu padre, pero si no te separa del verdadero Padre”⁵⁹. San Ambrosio también en el siglo IV es más explícito en las posibles ambigüedades del amor paterno-filial cuando clama a las vírgenes que se entregan a Dios: “Cuando en el seno del hogar te presente el demonio la batalla mostrándote a los padres suplicantes, con

⁵⁶ Lc 14,25-26

⁵⁷ San Josemaría Escrivá. Es Cristo que pasa n. 97.

⁵⁸ San Agustín. Sermón 100

⁵⁹ San Jerónimo. epistola 54,3

lágrimas en los ojos anunciadoras del dolor que tu partida deja en sus corazones, no te rindas, si no, puesta la mirada en Dios, resiste valerosamente, porque si alcanzas victoria en el ataque del amor paterno no habrá ya amor del mundo capaz de volverte atrás⁶⁰. Poco más se puede decir al respecto.

Susana: para servir, servir.

En el mismo lugar en que se cita a Juana en el Evangelio de San Lucas se habla de Susana. Nada especial se dice de ella, salvo que estaba “con otras muchas que le servían con sus bienes”⁶¹. Parece pequeña la referencia, pero nos presta la posibilidad para meditar un aspecto esencial de la predicación de Nuestro Señor Jesucristo: el servicio.

Jesús había dejado muy claro a sus discípulos que no había venido a ser servido sino a servir, y muchas serían las manifestaciones de esta actitud humilde, tan en contraste con la de los maestros del momento que se hacían servir por sus discípulos, pero es constante en su vida, como se evidencia en la última Cena cuando se puso a lavar los pies a los suyos y al acabar les dijo: “Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro os he lavado los pies, vosotros también os debéis lavar los pies los unos a los otros. Os he dado ejemplo para que como yo he hecho con vosotros también os debéis lavar los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que como yo he hecho con vosotros, así hagáis vosotros. En verdad, en verdad os digo: no es el siervo más que su señor, ni el enviado más que el que le envió. Si comprendéis esto y lo hacéis seréis bienaventurados”⁶².

Todos los que quieran ser discípulos de Jesús deben ser servidores unos de otros. Servir es una de las formas de caridad más fina y delicada. El que sirve no alardea de virtud, pero la vive. El Vicario de Cristo ha querido en los últimos siglos llamarse *siervo de los siervos de Dios*, un buen título de honor: servir a todos.

Servir es algo para todos, especialmente los cristianos, pero en la mujer tiene unas características específicas que conviene reflexionar. Ya

⁶⁰ San Ambrosio. tratado sobre las vírgenes I,63

⁶¹ Lc 8,3

⁶² Jn 13,13-17

veíamos como Juan Pablo II hacía referencia a la femineidad como una destinación de la mujer a cuidar del hombre, del ser humano, de una manera especial: es decir de estar más atentas a los problemas personales y vitales. La mujer es igual al hombre en derechos y deberes, pero está dotada de unas cualidades enriquecedoras y específicas: “algo característico, que le es propio y que sólo ella puede dar: su delicada ternura, su generosidad incansable, su amor por lo concreto, su agudeza de ingenio, su capacidad de intuición, su piedad profunda y sencilla, su tenacidad. La femineidad no es auténtica si no advierte la hermosura de esa aportación insustituible y no la incorpora a la propia vida”⁶³.

No es difícil evocar el ambiente de Jesús con sus discípulos. Cristo estaba continuamente recibiendo gente, hablando en grupo o a solas con unos y con otros; muchas veces no tenían tiempo ni para comer, otras se alargan las visitas hasta la noche, otras veces se cansa en largas caminatas. Los discípulos debían aprender y Jesús les enseñaba, ayudaban al Maestro atendiendo a muchos que le buscaban, estaban en muchas cosas que les parecían importantes, y seguramente lo eran. Pero ¿quién se preocupa de la comida? alguien tiene que hacerla, comer de lo que se encuentra por el camino se soporta bien unos cuantos días, pero no demasiados. ¿Y la limpieza de la ropa? No pueden ir hechos unos mendigos, deben cambiar de ropa, arreglar rotos, reparar las bolsas, las sandalias y mil cosas más. Dedicarse a ello resta tiempo de lo importante. ¿Qué hacer? Las mujeres están en ello. Algunas son familiares de los discípulos, allí están las madres de Juan y Santiago, la de Judas Tadeo y el otro Santiago, quizá alguna otra, y Susana con las demás que les dirían: "dejadnos a nosotras, no os preocupéis, quedaos tranquilos y haced vuestra obligación, ¡que más podemos hacer nosotras que ayudaros un poquito!, además sabemos hacerlo mejor que vosotros, no seáis pesados y dejaos ayudar". Y aquellos buenos hombres, seguidores de Jesús, se dejarían servir; ellos sabían pescar, ganar dinero, hablar o explicarse, pero quizá eran un poco adanes.

Por otra parte, si miramos los trabajos humanos vemos uno que destaca de una manera extraordinaria: preparar la comida. No hay trabajo que se le pueda igualar en lo humano, ya que se puede vivir sin muchas cosas pero no sin comer; además es muy ingrato comer sólo para sobrevivir. Ciertamente que puede cocinar hombre o mujer, el número de los buenos cocineros es notable, pero también es muy cierto que ha sido muy frecuente y agradecido que sean las madres de familia las que lleven esa tarea en los hogares. Ellas dieron de comer a los recién nacidos, y ellas saben bien que un marido bien cuidado en este terreno se reanima cuando las inquietudes del trabajo le agobian. Todos los demás trabajos se

⁶³ San Josemaría Escrivá. Conversaciones n. 87

presentan como superfluos ante la necesidad de comer, es más, parecen dirigidos a la alimentación como cuestión necesaria y diaria. ¿Será bueno recordar la necesidad de incluir el espíritu de servicio en la comida? Es obvio que, por no cuidar algo que parece poco importante cómo es el servicio muchas personas se sienten desdichadas. Una cuestión secundaria da buen o mal sabor a las cuestiones necesarias como es sobrevivir.

¿Y el vestido? También es una cuestión necesaria. El frío y el pudor los reclaman, pero también la vida social. Se valora a las personas por su modo de vestir. No se trata de que todos tengan que vestir como reyes, pero sí conviene ir limpios y bien cuidados. Y eso requiere tiempo, hilo, aguja y saber, es decir, espíritu de servicio. ¿Hombre o mujer?, no importa demasiado, pues depende de la distribución de los trabajos en la casa, pero sería triste trabajar mucho fuera de casa para tener que pagar a otra persona que realice estas funciones. Siempre será lo ideal que alguien con cariño lo haga, si tiene tiempo y habilidad.

¿Y el clima de hogar? Aquí habitualmente tiene más importancia la mujer que el hombre: “el hogar y la familia ocupará siempre un puesto central en la vida de la mujer...la atención prestada a su familia será siempre para la mujer su mayor dignidad: en el cuidado de su marido y sus hijos o, para hablar en términos más generales, en su trabajo para crear en torno suyo un ambiente acogedor y formativo, la mujer cumple lo más insustituible de su misión y, en consecuencia, puede alcanzar su perfección personal”⁶⁴.

Susana no necesita grandes discursos para ponerse a servir a Jesús y a los discípulos, sirve y basta. Es muy posible que su posición en la vida la eximiese de trabajos que algunos han llamado inferiores, de una manera poco inteligente. Los soberbios no entienden el servicio, quieren ser servidos por los demás, si todos actuaran igual el mundo sería un jaula de fieras aisladas. Todo trabajo es servicio, pero algunos son servicios privilegiados porque llenan la vida de clima familiar, y eso vale mucho. Eso es lo que hacen Susana y las otras mujeres.

Sin embargo, conviene no olvidar que no es fácil. Jesús en el lavatorio de los pies promete felicidad a los que sirven con dos condiciones: primero **si lo entendéis**, sabe que los orgullosos no entenderán y que los humildes se sentirán felices cuando los demás estén contentos; luego añade **si lo practicáis**, no bastan los buenos deseos hay que pasar a las obras.

Meta ambiciosa es que todos tomen su profesión como un servicio. El abogado, el médico, el taxista, la enfermera y el periodista, pero debemos reconocer que el lugar privilegiado para desarrollar el espíritu de servicio es el hogar, pues allí se sirve directamente a las personas. En los

⁶⁴ San Josemaría Escrivá. Conversaciones n. 87

otros trabajos pueden mediar papeles, burocracia, salarios y otras cuestiones, pero en un hogar se sirve al hijo como hijo, al padre como padre y al esposo como esposo. Esta labor no es exclusiva de nadie en los matrimonios pero la esposa suele ser la mejor dispuesta para ello. Así se consigue que todos los ambientes tengan el clima del hogar de Nazaret, y para ello es deseable la presencia de muchas Susanas capaces de poner ese algo personal tan propio de la mujer, que muchas -gracias a Dios- saben poner de una manera casi insustituible.

Para servir, servir repetía muchas veces San Josemaría. Este es un buen resumen de lo dicho. Ser útiles en la práctica, no sólo en los bellos discursos, y después capacitarse pues no basta la buena voluntad para hacer las cosas bien.

“Servir, servir, hijos míos, es lo nuestro; ser criados de todos, para que en nuestros días el pueblo fiel aumente en mérito y número (Oración de la Misa). Mirad a María. Jamás criatura alguna se ha entregado con más humildad a los designios de Dios. La humildad de la ancilla Domini, de la esclava del Señor, es el motivo de que la invoquemos como Causa nostrae laetitiae, causa de nuestra alegría. Eva después de pecar queriendo en su locura igualarse a Dios, se escondía del Señor y se avergonzaba: estaba triste. María, al confesarse esclava del Señor, es hecha Madre del Verbo Divino, y se llena de gozo. Que este júbilo suyo, de madre buena, se nos pegue a todos nosotros: que salgamos en esto a Ella -a Santa María-, y así nos parecemos más a Cristo”⁶⁵.

Ana de Fanuel. Piedad de anciana y doctrina de teóloga.

Ana de Fanuel se presentó Templo durante el acto de Presentación del Niño Jesús. Quizá su llegada coincidió con la de Simeón y sus dos testimonios se fundieron en un cántico de alegría a dos voces ante el descubrimiento del Redentor. Las alabanzas y gozos de Ana de Fanuel forman como una melodía que resalta la solemnidad de las palabras proféticas de Simeón.

Lucas cuenta así el hecho: “Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy avanzada, había

⁶⁵ San Josemaría Escrivá. Conversaciones n. 87

vivido con su marido siete años casada, y había permanecido viuda hasta los ochenta y cuatro años, sin apartarse del Templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. Y llegando en aquel mismo momento alababa a Dios, y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén”⁶⁶.

Varias cosas destacan en este relato evangélico. Una de ellas es que no se recogen las palabras de Ana, a pesar de llamarla profetisa. Otra es su piedad y su ausencia de respetos humanos para proclamar su alegría. La tercera es su edad y sus años de perseverancia en la oración, así como la claridad de su conocimiento sobre el Redentor. Veamos estas características.

Ana era muy conocida en el Templo. Si se casó a la edad en que solían casar a las muchachas en Israel tendría unos veintidós años al enviudar. Llevaría acudiendo al Templo más de sesenta años. Había visto muchas cosas en aquellos años, y muchos la conocían. Es muy posible que conociese a los padres de los sacerdotes mayores y a los abuelos de los estudiantes que acudían a la casa del Señor. A unos y a otros los habría conocido de pequeños, y éstos a su vez la consideran desde su infancia como una parte del Templo. Todo el pueblo acudía al Templo para las frecuentes festividades; Ana estaba siempre allí. Cada año al acudir a cumplir sus obligaciones religiosas volvían a verla, la saludaron y la sucesión de encuentros haría que Ana fuese como una de la familia.

Ana era piadosa y mortificada. Esto no se explica sólo por su ancianidad, como si fuese un último recurso cuando se van desmoronando las ilusiones humanas y ya sólo queda la religión, de hecho no es infrecuente que los ancianos se quejan mucho de sus dolores y les cueste aceptar las penas de la vejez. Ana perseveraba en la oración y en el ayuno desde joven. Esta perseverancia sólo se explica por la solidez de su piedad. *Principio de la piedad es tener un concepto altísimo de Dios, dice San Agustín* ⁶⁷.

Ya joven ha madurado y crece en piedad. El tiempo depuró su piedad. No basta con la edad para ser piadoso. Son tantos los ancianos no piadosos, que bastaría esta comprobación para no dejar pasar los años y así adquirir la piedad. Muchos jóvenes son piadosos en las turbulencias de la vitalidad juvenil, y es de sobras conocido que la juventud suele ser momento propicio de entregas totales y generosas. Es cosa clara que la ancianidad acrisola la piedad conseguida en la juventud. La edad mejora lo bueno y empeora lo malo. Algo de todo esto se daría en Ana, hija de Fanuel, brillando ella tanto la piedad como la doctrina sólida.

⁶⁶ Lc 2,36-38

⁶⁷ San Agustín De libero arbitrio, 1

La piedad de Ana fue recompensada ampliamente. Cuando se entera de las palabras de Simeón reacciona con fe. No consta que fuese una acción extraordinaria del Espíritu Santo, pero alguna inspiración divina debió darse en ella. La alegría que experimenta le lleva a manifestar en voz alta su contento por el descubrimiento.

Quien persevera en la piedad y en el servicio a Dios, como Simeón y Ana, se convierte en instrumento apto del Espíritu Santo para dar a conocer a Cristo a los demás, por insignificante que parezca su vida a los ojos de los hombres. Dios se vale de estas almas sencillas para conceder muchos bienes a la humanidad⁶⁸.

Pero reflexionemos más sobre la actitud de Ana. Cuando pensamos en ella cabe verla solamente en el momento en el que descubre al Salvador, pero no se debe olvidar que llevaba más de sesenta años en el Templo. ¿Cómo fue su vida antes de ver al Niño Dios? Es muy posible que conociese también a María y a José. Al menos sería conocida por ellos. Lo que es seguro es que rezaba mucho desde su juventud con una oración acrisolada por la mortificación y el ayuno.

Ana era piadosa de joven y de anciana, pero ¿es distinta la piedad en una joven o en una anciana? La piedad no es una virtud exclusiva de las ancianas. Es cierto que con bastante frecuencia los templos son frecuentados por personas ancianas: son un tesoro. La piedad es de todos, depende de la fe que se tenga, pero la edad avanzada puede añadir algo importante: se valoran las cosas pasadas de un modo diverso a como lo hacen los jóvenes. El que es anciano, y conserva la sabiduría, sabe que muchos entusiasmos juveniles no son más que flor de un día. El anciano ha visto cosas, tiene experiencia. Ha visto sistemas políticos ascendentes como la espuma de los cuales no queda ni el recuerdo al poco tiempo, personas de relumbrón de las que no permanece ni la sombra, ha visto muchas muertes, sabe lo que son las limitaciones de la madurez y los achaques de la ancianidad.

Entre los antiguos era muy valorada la ancianidad y su experiencia moderaba los ardores juveniles de los menores. Hoy día es una pérdida notable no valorar ese valor de sabiduría. El anciano gana en sencillez si es piadoso, abandona muchas de esas complicaciones de los que tienen menos años. El anciano sabio va más a lo esencial. Otra característica es que se desarrolla más la capacidad de querer y ser querido. Es frecuente ver a los abuelos disfrutando de veras con sus nietos, saben tener más ternura. Se puede decir que lo más característico en los ancianos piadosos es querer más a Dios y a los que les rodean.

Ana de Fanuel sabía, porque lo había meditado y lo había visto, que lo mundano es **vanidad de vanidades**, como dice el Eclesiastés,

⁶⁸ Santa Biblia. Universidad de Navarra. Comentarios in loc.

vanidad es la ciencia, vanidad los placeres, vanidad la misma sabiduría si se apartan de Dios. Podía decir con experiencia que “quizá no exista nada más trágico en la vida de los hombres que los engaños padecidos por la corrupción o por la falsificación de la esperanza, presentada con una perspectiva que no tiene como objeto el Amor que sacia sin saciar”⁶⁹. Y por eso se comprometía en una lucha sincera y total por la única esperanza que puede llenar los deseos del corazón humano: Dios mismo. Su esperanza se concretaba en la espera del Salvador prometido por el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y se manifestaba día y noche en la oración y el ayuno. Su piedad no es la de la anciana que ya no tiene más que hacer, sino la de la mujer joven luchadora por un objetivo valioso, persevera en él, y madurando cada vez más en la intención primera envejece en esa lucha.

Ana rezaba desde los veinte años con intensidad, de noche, de día y con ayunos. No era su oración algo superficial, ni sentimental, como una huida ante la dureza de la vida. Reza esperanzada. Al descubrir la presencia del Mesías -objeto de sus esperanzas- comunica su gozo a los que esperaban la redención de Jerusalén. El tiempo la había madurado.

La piedad de Ana es una piedad sencilla, pero recia. Su oración es un acto fuerte y muy explícito de esperanza, pues pediría que viniese pronto el Salvador. Su piedad está doctrinalmente bien fundamentada. Si la piedad no está fundamentada en la verdad es fácil que decaiga en el sentimentalismo. El sentimentalismo en la religión es terreno fértil para supersticiones, religiosidades adulteradas o para la infidelidad. No es lógico despreciar una imagen de Nuestra Señora porque se ama mucho otra, o cosas por el estilo. No es bueno buscar las sensaciones que produce una música melosa, cuando después se incurre en la murmuración y el cotilleo. Es bueno el corazón, pero unido a la cabeza. Piedad cordial, pero doctrinal.

Si se reduce la piedad a lo intelectual es fácil que resulte algo frío y larvadamente orgulloso; este modo de rezar aleja a la mayoría de la gente sencilla, que necesita lo que se ha llamado piedad popular. Pero si se vacía de contenido la piedad puede convertirse en una burla originando deformaciones verdaderamente grotescas. Con su rigor característico enseña Santo Tomás de Aquino que “consiste la piedad en un afecto cariñoso y deferente al propio padre y a cualquier hombre sumido en desgracia. Por consiguiente, siendo Dios Padre nuestro no sólo debemos respetarle y temerle, sino además abrigar ese devoto y cariñoso afecto para con El”⁷⁰.

⁶⁹ Beato Josemaría Escrivá. Amigos de Dios. n. 208

⁷⁰ Santo Tomás de Aquino. Sobre el Padrenuestro

Se puede decir que la piedad debe tener las ventajas de la infancia y las de la madurez. La sencillez y la bendita ingenuidad de los niños; y el correcto planteamiento intelectual y afectivo propio de la persona madura. En un anciano sano se puede dar esa *piedad de niños y doctrina de teólogos* como pedía para todos San Josemaría Escrivá de Balaguer. Ana de Fanuel es un ejemplo de mujer que ha conseguido tan importante meta.

Claudia, mujer de Pilato.

La mujer de Pilato es mencionada una vez en el evangelio. Fue durante el juicio de Jesús ante el Procurador romano. El juicio iba adquiriendo giros sorprendentes. Jesús es presentado al tribunal romano muy de mañana después de la parodia del juicio religioso. Pilato escucha las acusaciones de los judíos. Después interroga a Jesús y se da cuenta de su inocencia, cosa que dice claramente a los que se lo han llevado preso. Pero a partir de aquel momento comienzan sus errores al no atreverse a soltar a un inocente. Para liberarlo primero intenta enviarlo a Herodes para no tener que juzgarlo él. Al devolvérselo Herodes, reconoce de nuevo la inocencia del Señor e intenta la estratagema de compararlo con Barrabás para que lo libere el pueblo a través del indulto. Mientras espera el veredicto popular le habla su mujer.

Así habla Claudia a Pilato: “No te mezcles en el asunto de ese justo; pues hoy en sueños he sufrido por causa suya”⁷¹. La sorpresa de Pilato debió ser grande. Es de suponer que en aquellos momentos tendría serios problemas de conciencia ante el curso que tomaban los acontecimientos. A la espera de la voz del pueblo, la voz de la conciencia le

⁷¹ Mt 27,19

avisa en su interior que estaba jugando con la vida de un inocente. El sentido jurídico también le hablaría en su inteligencia sobre el modo peligroso y poco limpio con que intentaba "hacer política" a costa de la justicia. Entonces llega el mensaje de su mujer, lo que debió sorprenderle mucho.

Las palabras de la mujer de Pilato eran de peso para aquel hombre. A cualquier marido le ayuda la palabra de una persona de total confianza, como suele ser su esposa. Pero en el caso de la mujer de Pilato tenía más peso aún por la condición social de la que provenía su mujer, ya que Claudia era de familia imperial. Este detalle es importante pues sus relaciones familiares le confieren una autoridad mayor que si tuviese otro origen. Durante la República se prohibía que acudiesen las mujeres de los gobernadores con sus maridos a los lugares de destino; Tiberio concedió permiso para que fuesen. Claudia acude con su esposo Pilato, así crece la importancia de su marido en Roma, y eso es muy valioso para un gobernador designado libremente por el emperador. Era conveniente para Pilato escuchar las opiniones de su esposa con más atención de lo que era usual para otro gobernador.

Prescindamos ahora de la reacción de Pilato para centrarnos en la intervención de Claudia Prócula o Procla como se la suele llamar. Un escrito apócrifo -las Acta Pilati- afirma que pertenecía a las prosélitas de la puerta, es decir, a un grupo de romanas que se adherían a la religión judía, aunque no pertenecieran al pueblo de Israel. Una tradición que se remonta al menos hasta Orígenes dice que se hizo cristiana⁷². La Iglesia Ortodoxa la venera como santa. ¿Conocía a Jesús antes del proceso? No lo sabemos, pero es muy posible pues todo Israel tenía conocimiento de su actividad. Quizá acudieron a ella para pedirle ayuda alguna de las mujeres que eran discípulas del Señor cuando se enteran del prendimiento de Jesús, o incluso antes cuando las intrigas de los judíos se hacían más peligrosas para el Maestro. Sea como fuere sus palabras revelan una actitud humana muy noble y una inquietud religiosa visible en la brevedad del mensaje.

Claudia fue la única defensora en el juicio humano de Jesús. Su papel parece pequeño, pero es un indicio del valor de la conciencia humana recta, así como de una posible intervención divina en sus sueños. Veamos con detalle el mensaje.

Afirma con certeza que Jesús es justo. Luego alega un dolor no despreciable en un sueño. En lo primero vemos actuar un juicio, en lo segundo algo que se sale de lo normal. Claudia actúa con conciencia recta y se da cuenta que su marido juega con la justicia haciendo estratagemas políticos, y con ello está a punto de actuar contra la verdad en el complot contra Jesús. Su conciencia le hace ver la bondad de Jesús y la injusticia

⁷² Fillion. Vida de Jesucristo. p.378

que está a punto de cometer Pilato. Por eso hace lo que está a su alcance, y habla a su esposo. Claudia es una ayuda importante para la conciencia de Pilato.

Todos los hombres serán juzgados en el tribunal de Dios según su conciencia. “El hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente”⁷³. La conciencia no es una norma humana arbitraria que varía según la cultura, la historia, la religión o la edad, sino que es “una ley que el hombre no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer y cuya voz resuena cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal”⁷⁴.

La conciencia está en todo hombre y actúa siempre, pero su voz puede oírse nítida y clara, o difuminarse con otros sonidos que la pueden hacer confusa y lejana. Para reconocer en la voz de la conciencia se requiere conviene vivir de acuerdo con el bien y luchar por evitar el mal. La voz de la conciencia se hace confusa y se embota cuando las personas no quieren ser honradas. No en vano se ha dicho *vive como piensas o acabarás pensando como vives*. El pecador, si no quiere rectificar, justifica su conducta; ya que no es posible pensar que algo es malo, hacerlo repetidamente, y vivir tan tranquilo. Unas veces elaborará bonitas y complicadas teorías; otras excusas poco consistentes, pero algo necesita.

No se puede poner un policía detrás de cada policía, ni un juez detrás de cada juez. La salud de una sociedad depende de que existan en ella muchos hombres fieles a los dictados de la conciencia. “La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla”. Todo hombre debe ser un buen escuchador de esas llamadas interiores, pero más aún los gobernantes. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y la tiranía.

En el juicio de Jesús queda clara la inocencia del Señor. Los acusadores y los jueces pasan a ser acusados en aquel extraño juicio, pues se juzga su conciencia. Los notables de los judíos no creen porque tienen pecados y resisten la gracia de Dios y el testimonio de Cristo. Pilato permite la condena de un inocente haciéndose responsable ante la ley y ante la conciencia. Claudia es la voz que refleja la fidelidad a la verdad y defiende a Jesús como justo.

Si en el juicio de Jesús hubieran estado presentes más personas de recta conciencia los acontecimientos hubieran seguido otro curso, pero

⁷³ Vaticano II. *Gaudium et spes* n. 16

⁷⁴ *ibid.*

había demasiado pecado allí. Los presentes en aquel juicio más que jueces fueron culpables por su veredicto contra la verdad y la conciencia. La condena de Jesús se convierte en condena de los jueces injustos.

Junto al juicio natural de la conciencia de Claudia se da un aviso que parece exceder el orden natural. Se trata de los sueños que hacen sufrir a Claudia. **He padecido mucho en sueños por su causa** dice a Pilato. Quizá éste se acordó del aviso de Calpurnia a Cesar en el idus de marzo para que no acudiese al Senado donde fue asesinado por Bruto, es previsible un sobresalto de este hombre, ciudadano de una sociedad llena de supersticiones, pero no hizo mucho caso. La noche del Jueves Santo nada hacía prever que al día siguiente estaría Jesús en el Pretorio siendo juzgado por el juez romano. Luego decir que los sueños de Claudia corresponden a una inquietud por los hechos que estaban sucediendo parece poco probable. Muchos Padres atribuyen un origen sobrenatural a los sueños de la mujer de Pilato⁷⁵.

Estos sueños son como un aviso sobrenatural que refuerza la actuación natural de la conciencia. En la Sagrada Escritura se dan en diversas ocasiones intervenciones de Dios en sueños. Veamos algunas: los casos más sobresalientes son los de Jacob, los de José el hijo de Jacob y los de José esposo de María Santísima. Jacob tuvo un sueño en el que veía una escala que, apoyándose sobre la tierra, tocaba con su extremo en los cielos, y que por ella subían y bajaban los ángeles de Dios.(...) “Despertó Jacob de su sueño y se dijo: 'ciertamente está Yavé es este lugar y yo no lo sabía’”⁷⁶. El mismo Jesús hará referencia a este sueño cuando se encuentra por primera vez con el Apóstol Bartolomé. José hijo de Jacob tiene sueños en los que ve espigas que se inclinan a una central o el sol, la luna y once estrellas que le adoraban⁷⁷ y sus sueños se realizaron posteriormente. También José se convierte en intérprete de sueños el faraón⁷⁸.

Pero es más notorio y más próximo el modo como Dios revela sus planes y su vocación a José, esposo de la Virgen María. La primera vez se da cuando José percibe el embarazo de María sin conocer el misterio de la Encarnación, entonces un ángel se le apareció en sueños y le aclaró lo que acababa de suceder, al despertarse José hizo como el ángel del Señor le había mandado⁷⁹. Después del nacimiento del Señor, tras la adoración de los Magos un ángel del Señor se apareció en sueños a José avisándole de

⁷⁵ Fillion. Vida de Jesucristo. p.

⁷⁶ Gen 28,12-16

⁷⁷ Gen 37,6.9

⁷⁸ Cfr Gen 41

⁷⁹ Mt 21,13-14

los planes asesinos de Herodes, y le manda que se desplace a Egipto. El se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y huyó a Egipto⁸⁰. Las graves decisiones que toma José muestran aquellos sueños como palabra de Dios, a pesar de que podía aludir a la fantasía que suele darse en las ensoñaciones.

¿Por qué negar a Claudia una intervención divina en cuestión tan importante como era el que los gentiles tuviesen la máxima ayuda en el juicio de Cristo? Sea como fuere, lo cierto es que Pilato recibió una ayuda considerable para poder actuar con justicia, y la despreció. Si tenemos en cuenta las tradiciones antiguas y la veneración de la iglesia griega Claudia la aprovechó.

Estos hechos nos llevan a una nueva cuestión que trataremos solamente de pasada: Dios habla de muy diversos modos a todos los hombres para manifestarles su voluntad. Cada hombre tiene una llamada y una misión divina a cumplir en esta vida. Descubrir la llamada divina, que puede parecer incidental, es de vital importancia. Desde toda la eternidad cada hombre es amado por Dios y cada uno es elegido para hacer algo en la historia de los hombres. ¿Cómo se conoce esta voluntad? Muchos son los modos como Dios llama. Unas veces es la inquietud de la conciencia, otras una lectura, o un dolor, o una alegría, o un amigo, o, incluso un sueño. Lo seguro es que el alma bien dispuesta es sensible para captar lo que Dios quiere de ella.

Claudia -defensora de Jesús- fue fiel a su conciencia y dócil a las inspiraciones de Dios en el juicio de Jesús. Su actuación nos invita a ser delicados de conciencia para cumplir las indicaciones divinas.

⁸⁰ Mt 2,13-14

Capítulo Cuarto

Mujeres fuertes

Las mujeres al pie de la Cruz de Cristo.

Los Apóstoles eran valientes y generosos, pero no fueron capaces de seguir a Cristo hasta el suplicio de la Cruz. Pedro hiere a Malco para defender al Señor pero huye al detener Jesús la pelea y entregarse sin resistencia. Los discípulos querían y aclamaban al Maestro, pero el Viernes Santo o gritaron contra El o callaron sin salir en su defensa, fueron sorprendidos por la rapidez de la conjura ya que Jesús es detenido en la madrugada, conducido a las dos farsas de juicio en la noche y en la mañana, que hacia las doce le conducen al patíbulo.

En todos se advierte que falta algo que les aleja de la Cruz. Tienen una fe demasiado humana que no comprende un sacrificio tan grande. No comprenden un amor que se humilla tanto sin defenderse pudiendo hacerlo, esperan una acción milagrosa que deshiciese todos los enredos de los enemigos del Señor. Quizá fuese una mezcla de todas estas razones. Lo cierto es que Jesús está sólo cuando le detienen, todos le abandonan. Jesús realizará sólo el Sacrificio de la Cruz.

Pero no totalmente. Las mujeres están en el Calvario. Los cuatro evangelistas narran la presencia de algunas mujeres al pie de la Cruz. Juan Pablo II lo expresa así: "a los pies de la Cruz estaban en primer lugar las mujeres. De los Apóstoles sólo Juan permaneció fiel; las mujeres eran muchas. No sólo estaba la Madre de Cristo y la "hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena"(Jn 19,25), sino que "había allí muchas mujeres mirando desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle" (Mt 27,55). Como podemos ver, en ésta que fue la prueba más dura de la fe y de la fidelidad, las mujeres se mostraron más fuertes que los Apóstoles; en los momentos de peligro,

aquellas que "aman mucho" logran vencer el miedo. Antes habían estado las mujeres en la vía dolorosa, "se dolían y se lamentaban por él" (Lc 23,27). Y antes aún había intervenido también la mujer de Pilato, que advirtió a su marido: "No te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa" (Mt 27,19) ⁸¹.

Reflexionemos sobre esta presencia de las mujeres al pie de la Cruz. Quizá hubo un flujo de idas y venidas, y por eso los evangelistas coinciden en algunas y difieren en otras, o simplemente citan las que más les impresionaron, o las que se lo contaron a ellos. La primera es María Santísima, la nueva Eva; otra es María Magdalena citada expresamente por tres evangelistas, ya que el cuarto sólo habla genéricamente de las mujeres; dos hablan de otra María, la madre del apóstol Santiago y José, luego la madre de los hijos de Zebedeo, que son Juan y el otro Santiago, Marcos habla de Salomé que parece ser el nombre de esta mujer, y Juan nombra a María mujer de Cleofás y la hermana de María Santísima.

A pesar de la poca precisión, lógica por el tumulto y los diversos movimientos en un tiempo tan largo, destacan junto a la Madre del Señor, María Magdalena, la madre de Santiago y José, y después otras tres que son nombradas por su nombre, aunque pudieron ser más.

Una característica de la mayoría de ellas es que servían al Señor y le acompañaban desde Galilea, da la impresión de que forman un grupo parecido al de los discípulos y siguen al Señor de cerca, pero sin convivir con él como hacían los hombres. La enumeración de las personas sólo nos revela dos cosas: todos coinciden en la presencia de la Magdalena la antigua pecadora; y en algunas madres de Apóstoles y discípulos del Señor, lo que indica que habían educado a sus hijos muy bien, no sólo con palabras, sino viviendo lo que enseñaban.

Los hombres no fueron capaces de perseverar ante la humillación de la Cruz. Es muy posible que hubiesen sido capaces de morir matando en una lucha, pero allí se estaba realizando una batalla muy distinta. La muerte de Jesús en la Cruz es un Sacrificio de amor, que supera con creces el desamor del pecado.

Veamos el núcleo de la lucha. El pecado se origina en la desobediencia, en el orgullo y el desamor, y sus frutos son la muerte y el dolor. Jesús vencerá la desobediencia obedeciendo, vencerá la soberbia con una humillación total, vencerá a la muerte pasando por ella con todos los dolores físicos y anímicos y superándose con la resurrección. Ellos no están preparados para comprender tanto amor y tanto entregamiento, ésta es la causa de su huida y de su abandono del Maestro.

Las mujeres entienden mejor que los hombres, quizá porque saben mejor que el amor y el dolor son inseparables. Aquí está la raíz de su

⁸¹ Juan Pablo II. *Mulieris dignitatem*. n.25

perseverancia. Son fuertes porque aman más y mejor. Se les puede aplicar lo que dice Camino: "Más recia la mujer que el hombre, y más fiel, a la hora del dolor.- ¡María de Magdala y María de Cleofás y Salomé! Con un grupo de mujeres valientes, como esas, bien unidas a la Virgen Dolorosa, ¡qué labor de almas se haría en el mundo! ⁸².

No se trata de pensar que todas las mujeres sean más recias que todos los hombres. De hecho el mismo evangelio nos muestra casos de degradación verdaderamente graves como el de Herodías y de su hija Salomé que pide la cabeza del Bautista ante el corrompido rey Herodes. La libertad es personal y cada uno debe responder ante Dios de su santidad o su pecado, en eso son iguales hombres y mujeres. Pero llama la atención que sean tan numerosas las mujeres al pie de la Cruz, y sólo el adolescente Juan esté presente en aquel lugar. El pensamiento no puede dejar de considerar que es muy posible que la femineidad esté mejor dotada para el amor fiel.

Juan Pablo II en la Carta apóstolica *Mulieris dignitatem* habla de lo que aporta la femineidad a lo humano. Dice que *la mujer es aquella en quien el orden de amor en el mundo creado halla un terreno para su primera raíz* ⁸³. Ser la primera raíz del amor humano es la característica principal de la femineidad. Es como una manifestación específica y característica de la vida íntima de Dios, que es Amor. Más adelante añade que "la dignidad de la mujer es medida en razón del amor", y amplía esta misma idea diciendo que "la mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando amor a los demás". De ahí la fuerza de la mujer cuando sabe amar, por ella Dios "le confía de un modo especial el hombre, es decir, el ser humano". Y afirma con claridad que la mujer es fuerte por la conciencia de esta entrega, es fuerte por el hecho de que Dios "le confía el hombre" ⁸⁴.

Con estas ideas generales nos es más fácil entender la fortaleza de tantas mujeres en el momento de la Cruz. Se puede decir que están actuando realmente como mujeres, es decir, amando y cuidando al hombre, en este caso Jesús. En ellas se percibe el sentido hondo de la palabra inspirada en el Cantar de los Cantares: **el amor es más fuerte que la muerte**⁸⁵. Ellas servían a Jesús y a los suyos en su actividad de anuncio del Reino, tantas veces agotadora. Cuando llega el momento supremo de la entrega total y del enfrentamiento pleno con el mal se crecen, no dudan, se entregan sirviendo al Hombre, que es Jesús, de la manera que más le puede consolar: siendo fieles hasta el fin.

⁸² Camino n.982

⁸³ Juan Pablo II. *Mulieris dignitatem*. n. 29

⁸⁴ *ibid.* n.30

⁸⁵ Cant 8,6

Aquellas mujeres ven con los ojos de la carne el Cuerpo destrozado de Jesús, los clavos que le atan al madero atravesando sus manos y pies, su respiración angustiada propia del tener el cuerpo suspendido sobre los tres clavos que oprime con fuerza los pulmones, ven las heridas de los múltiples latigazos recibidos pocas horas antes, ven la corona de espinas cubriendo su rostro de sangre y sudor, ven el barro unido a la sangre coagulada que oculta aquella mirada misericordiosa tan bien conocida por ellas. Se cumple detalladamente la profecía de Isaías: “Desde la planta de los pies hasta la cabeza, no hay en él nada sano. Heridas, hinchazones, llagas podridas, ni curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite”⁸⁶.

Sus ojos de carne ven un auténtico destrozo que muestra a Jesús como un fracasado. Los ojos de la inteligencia ven ese fracaso a otro nivel, ven a un rey derrotado, ven a un hombre humillado hasta el extremo. Las esperanzas de un reino de paz, justicia, amor y libertad se presentan lejanas o quiméricas para la pura razón. Pero los ojos del corazón van más lejos y ven a uno que ama y sufre de una manera nueva, comprenden que está allí libremente y captan, con más o menos claridad, que se trata de un Sacrificio nuevo. Bien sabían ellas las múltiples maneras de eludir la Cruz que Jesús hubiera tenido, o los modos de luchar que suelen usar los guerreros de este mundo y no quiso usar el Señor; ellas se dan cuenta de su entrega total al Padre y su amor misericordioso. Las mujeres sienten que, a pesar de su entrega total y de estar dispuesto a apurar el cáliz del dolor hasta la última gota, le tiene que agradar y consolar su presencia al pie de la Cruz, su ternura, sus lágrimas, su fidelidad, así como la compañía a su Madre Corredentora.

Las mujeres aman según el modo que Dios ha inscrito en su naturaleza. Aman por amar, aman como si todas y cada una fuesen las madres del Hijo que sufre y las necesita. Algunas escucharon de Jesús: **no lloréis**, pero ¿cómo no llorar por aquél que es Víctima inocente de un odio realmente demoníaco?

La mujer es más fuerte si ama como madre, aunque sea virgen. La maternidad no es sólo algo biológico, es también una actitud del alma. El hombre también debe amar con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, pero no es necesario que lo haga de una manera maternal, esa característica es lo propio del amor femenino, aunque no se sea madre según la carne, eso es lo que la hará fuerte en los momentos de dolor.

La pérdida del amor maternal puede ser la causa de que degeneren tanto muchas mujeres, pues al perder sus características femeninas esenciales caen mucho más bajo. Se renueva aquel *corruptio optimi pessima*, "la corrupción de lo óptimo es la peor de todas".

⁸⁶ Isaías 1,6

Los atentados contra la dignidad de la mujer son de terribles consecuencias si consiguen su objetivo, aunque no sea fácil. Hoy en día se ataca a la mujer en los puntos más esenciales: privarles de ser dadoras de vida con la anticoncepción, convertirlas en asesinas de sus propios hijos con el aborto, hacerlas objetos de deseo más que portadoras de belleza. Se les priva de la maternidad del cuerpo o del alma; así la degradación llega a los puntos más esenciales de la sociedad; muchas mujeres pierden lo más característico de su femineidad y toda la sociedad se deshumaniza.

Volver a las raíces es la solución. Volver al designio creador de Dios. Ciertamente que muchos pecados se han acumulado sobre el de Eva; pero Cristo ha restaurado la condición humana empezando por su Madre que es Hija, Virgen y Madre. Si se encuentran mujeres que permanezcan al pie de la Cruz consolando y comprendiendo al Hijo de Dios, muchos problemas del mundo y de la Iglesia tendrán soluciones humanas y divinas.

Todo ser humano debe pasar por el dolor. Ese dolor le purificará si lo lleva con amor, le hundirá si lo lleva con orgullo o rebeldía. El dolor purifica del egoísmo. "el egocentrismo se infiltra en todo afecto inicial bajo velos más o menos honorables y dignos: afán de satisfacción personal, deseo de sobresalir, saciar la propia hambre de absoluto. La misma preocupación personal, el celo apóstolico, pueden llevar consigo el contrapeso de considerables cargas egóticas, que sólo el tiempo, las sequedades, las oscuridades, la prosa diaria, la inflexibilidad de las estructuras sociales, la tentación la desilusión, la soledad afectiva, poco a poco, van llevando al amante imperfecto hacia aquel vacío saludable que los místicos llaman noche de los sentidos y del alma, crisis existencial. La entrega sólo crece y se purifica a lo largo de la entrega personal. Pero es necesario entender bien lo que se vive en esas crisis y no eludirlas. Se tiene miedo del abismo porque en el fondo se encuentra Dios"⁸⁷. Es muy cierto lo que decía Frankl que "el hombre madura en el dolor y crece con él. La plenitud del dolor no significa ni mucho menos el vacío de la existencia"⁸⁸. San Pablo lo expresa con gran fuerza: "he sido crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí"⁸⁹. Pablo no murió en la cruz, pero vivió la entrega de un modo total en lo que Dios le pedía, eso es estar crucificado con Cristo.

Las mujeres al pie de la Cruz de Cristo experimentaron esa maduración humana y sobrenatural. Nosotros les podemos agradecer su valentía y fortaleza para imitarlas en los momentos difíciles que nos sean dados vivir.

⁸⁷ Joan Bautista Torelló. Psicología abierta. p. 84

⁸⁸ Viktor Frankl. El hombre en busca de sentido. p.103

⁸⁹ Gal 2,19

La mujer encorvada eleva su mirada al cielo.

Vivía mal. Su mirada no le permitía ver el cielo. Pero un sábado, cuando menos lo pensaba, Jesús pasó por su vida y la enderezó después de dieciocho años de inclinación forzada. El enderezamiento de esta mujer parece algo pequeño si se compara con otros milagros de Jesús, pero la irritación de los fariseos ante el hecho permite ver algo más hondo tras este acto compasivo del Señor. Jesús hizo el milagro el sábado, y eso da pie a los enemigos del Señor para atacar. Jesús, a su vez, responde con contundencia. Veamos la narración evangélica: “Tomando la palabra el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús curaba en sábado, decía a la muchedumbre: seis días hay en los que es necesario trabajar, venid, pues, en ellos a ser curados, y no en día de sábado. El Señor respondió: ¡Hipócritas!, cualquiera de vosotros ¿no suelta del pesebre en sábado su buey o su asno y lo lleva a beber? Y a ésta hija de Abraham, a la que Satanás ató hace ya dieciocho años, ¿no era conveniente soltarla de esta atadura en día de sábado? Y cuando decía esto, quedaban avergonzados todos sus adversarios, y toda la gente se alegraba por todas las maravillas que hacía”⁹⁰.

La alegría de la gente y la queja rencorosa de los fariseos da mucho que pensar. Unos ven las maravillas de Dios, pero otros, en cambio, no ven -o no quieren ver- la mano de Dios en el milagro. Por eso no les alegra la curación de una hija de Abrahán. La mujer enderezada miraría con asombro la discusión.

La sabiduría más plena consiste en ver las cosas como las ve Dios. Comprender el sentido divino que las cosas y las situaciones tienen. Si los hombres se sintieran siempre mirados por Dios su vida sería bien distinta. Dios contempla a cada hombre con mirada amorosa y paternal, y su vida adquiere un colorido y un calor entrañable cuando alguien consigue persuadirse de esta realidad.

El mismo milagro de la mujer encorvada puede dar luz para entender mejor lo que es la presencia de Dios. “Había allí una mujer

⁹⁰ Lc 13, 14-17

poseída por un espíritu, enferma desde hacía dieciocho años, estaba encorvada sin poder enderezarse de ningún modo. Al verla Jesús, la llamó y le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad. Le impuso las manos, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios⁹¹.

Vivir encorvado es una postura que ilustra muy bien lo que es vivir sin la presencia de Dios. La postura del cuerpo impide ver el cielo. No es posible a la persona encorvada una mirada de amplios horizontes. Su mirada está concentrada en el suelo, o en su propio cuerpo. Está, en cierta manera, ensimismada. Es como una pobreza, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma. Por el contrario, el que disfruta de horizontes amplios es más fácil que tenga el alma más dilatada: conoce más, porque ve más.

Más importante que la visión de los ojos es la de nuestra mente. Es muy distinto comprender el sentido de los acontecimientos, que estar ciego ante ellos. Un hombre culto ve muchas más cosas que un ignorante; un médico ve los síntomas de la salud o de la enfermedad en aquellos con los que se trata; un sastre su modo de vestir, cualquier profesión da un modo de ver peculiar de la realidad. Ver con fe es captar el fondo último de las cosas y los acontecimientos. Esa es la visión sobrenatural de la vida, sin la cual se vive como encorvado hacia el suelo o hacia sí mismo.

La mujer da gloria a Dios al enderezarse. Su alegría ante la nueva posición del cuerpo, le permite agradecer a Dios el don recibido. Tiene visión sobrenatural. En ella se cumple lo que dice Nuestro Señor Jesucristo: “Si tu ojo fuere bueno, todo tu cuerpo quedará iluminado, pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo quedará en tinieblas. Mira no sea que la luz que hay en tí sea oscuridad”⁹².

Para ver las cosas con mirada divina se requiere la iluminación de Dios, pero conviene tener los ojos bien abiertos. Para ver no basta la luz; hay que mirar. Se trata de no pasar por la vida como por un túnel o -como decía Platón viendo las cosas como quien está en una caverna y sólo conoce las sombras por la débil luz que le llega de la abertura de la cueva-. Conviene salir fuera y mirar, adquirir la medida divina de las cosas. Contemplar la belleza de la Creación, encontrar a Dios en todo. Esta es la meta.

Para adquirir la medida divina de las cosas es necesaria la oración. La gracia empapa poco a poco el alma del que reza, y la fe se convierte en luz que permite ver las cosas como las ve Dios. Cierto es que sólo en el Cielo captamos todo en plenitud; pero en esta vida, si se reza, se va caminando de luz en luz, como el niño que se va convirtiendo en hombre y entiende cada vez mejor las cosas.

⁹¹ Lc 13,10-13

⁹² Lc 11,34-35

Buena meta es conseguir lo que indica Surco: “Vamos a no engañarnos...-Dios no es una sombra, un ser lejano, que nos crea y luego nos abandona; no es un amo que se va y ya no vuelve. Aunque no lo percibamos con los sentidos, su existencia es más verdadera que la de todas las realidades que tocamos y vemos. Dios está aquí, con nosotros presente y vivo: nos ve, nos oye, nos dirige, y contempla nuestras menores acciones, nuestras intenciones más escondidas.

Creemos esto..., pero ¡vivimos como si Dios no existiera! Porque no tenemos para Él ni un pensamiento, ni una palabra; porque no le obedecemos, ni tratamos de dominar nuestras pasiones; porque no le expresamos nuestro amor, ni le desagraviamos...

-¿Vamos a seguir viviendo con una fe muerta?”⁹³.

El modo de conseguir una fe viva es cuidar muchos pequeños detalles que favorezcan la presencia de Dios. Algunas veces serán directamente los símbolos religiosos: una iglesia, un crucifijo, una estampa -que tantas veces se llama recordatorio-, como el que lleva la fotografía de las personas queridas en la cartera o la coloca en la mesa de trabajo. Pero otras veces se tratará de aprovechar las cosas usuales: un semáforo que recuerda el cielo en verde y el infierno en rojo, la sirena de una ambulancia, el despertador, las vías de un tren, el reloj en la muñeca acostumbrada o en la otra, las escaleras... Cada uno puede encontrar lo que mejor le sirva y darle un contenido que eleve la mente a las realidades superiores.

Así se endereza la mirada, se da gloria a Dios y se evita una vida encorvada mirando las pequeñeces próximas como si fuesen el mundo entero. “Brotarán de tu alma, más actos de amor, jaculatorias, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Y esto, mientras atiendes a tus obligaciones: al descolgar el teléfono, al subir al medio de transporte, al cerrar o abrir una puerta, al pasar delante de una iglesia, al comenzar una nueva tarea, al realizarla y al concluir; todo lo referirá a tu padre Dios”⁹⁴.

San Juan Crisóstomo animaba a esta presencia de Dios habitual diciendo: “Conviene que la atención de la mente no se limite a concentrarse en Dios de modo repentino, en el momento en que nos decidimos a orar, sino que hay que procurar también que cuando está ocupada en otros menesteres, no prescinda del deseo y el recuerdo de Dios”⁹⁵. Así la oración se hace continua⁹⁶. Pues se capta todo como reflejo de Dios. Las criaturas

⁹³ Surco n. 658

⁹⁴ San Josemaría Escrivá. Amigos de Dios. n. 149

⁹⁵ San Juan Crisóstomo. Homilía 6 sobre la oración.

⁹⁶ San Josemaría Escrivá. Es Cristo que pasa. n. 8

-dice San Juan de la Cruz-son como un rastro del paso de Dios. Por esta huella se rastreará su grandeza, su poder, sabiduría y todos sus atributos⁹⁷.

La presencia de Dios es fruto del amor también. No está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho, la mirada del enamorado sabe captar detalles ocultos para el extraño. Podemos encontrar a Dios en todas las cosas de la tierra, pero sobre todo se encontrará en el fondo del alma. Así lo expresa la beata Isabel de la Trinidad: “¡Es tan agradable esta presencia divina!... Me gusta encontrarle aquí, en lo más profundo de mi ser, en el cielo de mi alma, porque Él nunca se aparta de mí, Dios en mí y yo en Él ¡Oh, esto es mi vida! La felicidad de mi vida consiste en la intimidad interior con los huéspedes de mi alma. Con presencia de Dios se puede llegar a decir: Convéncete, hijo, de que Dios tiene derecho a decirnos: ¿piensas en Mí?, ¿tienes presencia mía?, ¿me buscas como apoyo tuyo?, ¿Me buscas como Luz de tu vida, como coraza..., como todo? -Por tanto reafírmate en este propósito: en las horas que la gente de la tierra califica de buenas, clamaré: ¡Señor! En las horas que llama malas, repetiré: ¡Señor!”⁹⁸.

La mujer encorvada al enderezarse pudo mirar al cielo y su mirada se encontró con la de Jesús que la contemplaba con gozo. Poco le importaron las críticas de los fariseos con el cuerpo erecto, y ellos con el alma encorvada en sus pensamientos torvos.

La limosna de la viuda pobre.

Una viuda pobre se adelanta para dejar su ofrenda en el tesoro del Templo y entrega al sacerdote “dos leptos”, dice san Marcos, quien se apresura a aclarar a sus lectores romanos: “que hacen un cuadrante”. La cuarta parte de un as, una monedita de bronce de valor ínfimo. Pero, según Jesús, “ha echado más que todos, porque los demás han dado a Dios de lo

⁹⁷ San Juan de la Cruz. Cántico espiritual. 5,3

⁹⁸ Forja 506

que les sobraba, y ella en su pobreza ha entregado todo lo que tenía para vivir⁹⁹.

¿Qué pensaba aquella buena mujer cuando se dirigía con sus pobres ahorros a hacer una limosna en el Templo de Dios? No lo sabemos. Pero sí es fácil suponer que no pensaría en la resonancia de su gesto entre millones de seguidores de aquel desconocido allí presente como uno más en la puerta del Templo. Lo más probable es que recordase lo alabada que es la limosna en la Sagrada Escritura, y al mismo tiempo le viniese a la cabeza que se quedaba sin nada para comer aquel día.

Es impensable caminar de aquella viuda sin verla muy metida en la presencia del Dios Altísimo. Hay cosas que sólo se pueden hacer cuando se tiene fe. Y ella la tenía abundante.

En el libro de Tobías se recogen estas palabras que resonaron en la memoria de aquella buena mujer: “Si abundan en bienes, haz de ellos limosna, y si estos fuesen escasos, según tu escasez no temas hacerla, con éstos atesoras un depósito para el día de la necesidad, pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas, y es un buen regalo la limosna en la presencia del Altísimo para todos los que la hacen¹⁰⁰.”

Bien sabía ella que sus dineros era muy poca cosa y poco podía ayudar a otros su limosna, aunque quizá pensase que otros más pobres podían beneficiarse de aquel pequeño don, pero es más probable que le moviese el deseo de dar culto a Dios con un sacrificio costoso para ella, así purificará su alma, pues el agua apaga la ardiente llama, y la limosna expía los pecados¹⁰¹. Su limosna era oración, pero oración difícil que se hace sacrificio y contiene deseos de purificación del alma ante Dios.

Poco antes Jesús acababa de avisar a sus discípulos para que no incurran en la hipocresía de los fariseos; la fe de la pobre viuda le presta una ocasión preciosa para concretar esa enseñanza. “Sentado Jesús frente al gazofilacio, miraba cómo la gente echaba en él monedas de cobre, y bastantes ricos echaban mucho. Y al llegar una viuda pobre, echó dos monedas, que hacen una cuarta parte de un as. Llamando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta viuda ha echado más en el gazofilacio que todos los otros, pues todos han echado algo de lo que les sobraba; ella en cambio, en su necesidad, ha echado todo lo que tenía, todo su sustento¹⁰². Jesús explica cómo Dios ve las cosas.

⁹⁹ Mc 12,41-44

¹⁰⁰ Tob 4,8-11

¹⁰¹ Eccló.3,33

¹⁰² Mc 12,41-44; Lc 21.1-4

La viuda generosa da una lección callada de actuar cara a Dios. Conductas similares han florecido en la Iglesia a lo largo de los siglos, basta recordar a San Antonio Abad que al escuchar el consejo de Jesús al joven rico de vender lo que tenía y dárselo a los pobres, lo hizo en sentido literal y se retiró al desierto; San Francisco, cuyo padre era rico, vive la santa pobreza hasta el punto de desprenderse de sus vestidos y vivir de limosna.

Pero ¿es posible y conveniente a todo el mundo vivir la pobreza de ese modo? No parece. Por otra parte ¿a quién pedir limosna si todos lo entregan todo y piden? Ya vimos como el desprendimiento es esencial para vivir la pobreza; también es necesario trabajar mucho, y después cada uno deberá concretar en sus circunstancias personales si realmente vive la pobreza cristiana o se ha introducido la comodidad, el orgullo o la vanidad. La limosna es un aspecto concreto de la pobreza cristiana que conviene meditar.

Siempre será necesario dar limosna, pues ya Jesús dijo que “pobres los tenéis siempre entre vosotros”¹⁰³. Por desarrollada que esté la humanidad, siempre se darán desgracias, gente menos dotada, guerras, catástrofes y mil imponderables que requieren acciones urgentes y no sólo buenas palabras. Entre esas acciones urgentes está la limosna. Algunos necesitarán de la misericordia de otros que les ayudan en situaciones difíciles, pero los beneficios de la limosna se extienden al que la hace. El que da limosna vive la caridad pero él mismo aprende mucho al dar, pues separa lo necesario y lo superfluo.

Lo superfluo. Mucho es lo superfluo en la vida de los hombres, se puede observar un auténtico derroche y despilfarro de bienes en el mundo. Las riquezas naturales son abundantes y crecen en la medida en que los hombres aplican su trabajo a la creación. Pero el uso superfluo de esas riquezas es muy frecuente.

Estrictamente necesarios son el alimento, el vestido y la vivienda. Sin estos bienes se está en la miseria y no se puede vivir con dignidad. Pero es deseable que los hombres se alimenten bien, se vistan bien y tengan viviendas holgadas; no suele bastar con lo necesario para sobrevivir. Muy cerca de lo necesario se dan muchas estructuras que permiten que el mundo progrese y haya bienes para todos en un mundo que crece en población. Hoy día viven muchos millones más de personas en el mundo que en los siglos pasados y sobran alimentos en muchas zonas de la sociedad, cuando en otras épocas el hambre y las enfermedades consiguientes eran algo frecuente. Existen además otros bienes como carreteras, hospitales, arte, fábricas e incluso las mil formas de diversión. ¿Son superfluas estas estructuras?

¹⁰³ Jn 12,8

Muchos bienes tienen un claro uso superfluo, se gasta y se malgasta con abundancia. Si se dirigieran los gastos superfluos a usos verdaderamente necesarios muy posiblemente se solucionarían la mayoría de los problemas de hambre y subdesarrollo de la humanidad. Pensemos en los gastos de armamento en todo el mundo; es necesaria la defensa, pero parece claro que hay un exceso de armas para matar o para defenderse, algo está mal planteado en este terreno.

Miremos los gastos de diversión, los billones de euros que se consumen cada año es enorme y llevan a pensar en exceso más que en satisfacer el legítimo descanso. A eso podemos añadir los gastos de juegos de azar, o en actividades directamente pecaminosas como la prostitución, la droga, el alcoholismo etc. La suma de tanto despilfarro produce escalofrío, especialmente si la comparamos con las necesidades urgentes de tantos miserables como existen en el mundo. Es cierto que la causa última de este derroche egoísta está en el pecado original, pero también en tantos egoísmos personales que se han introducido en la cultura como algo necesario y no lo son: son superfluos. Hagamos un examen personal antes de arrojar la piedra sobre los demás, y seguro que surgen deseos de recortar gastos o de hacer limosna más diligentemente.

Lo necesario. Es un hecho que los pobres suelen dar limosna con gran prontitud. Es lógico que sea así, ya que conocen lo duro que es la carencia de algo necesario; si se dan cuenta de que otro está peor que ellos, ayudan. Muchos, a pesar que tienen de sobra, ni siquiera se dan cuenta de los dolores del pobre. Si vieses esos sufrimientos, o los padecieran una temporada, es muy probable que fueran más generosos con los bienes de que disfrutaban en la vida. Por otra parte, basta leer la vida en los campos de concentración -tan abundantes en este cruel siglo XX- para comprobar que se puede vivir con dignidad y muy pocas cosas.

Pero la raíz de la limosna para un cristiano va más lejos que cubrir las necesidades de los desposeídos. No se trata sólo de eliminar lo superfluo, ni es sólo un acto de solidaridad con el que necesita ayuda. El cristiano debe ver a Cristo en los demás. Aquí podemos ver una solidaridad sorprendente encabezada por el mismo Cristo que quiere que le veamos a Él al mirar al necesitado.

Así lo expresa el mismo Jesús en el sermón del Juicio Final: “Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y acompañado de todos los ángeles, se sentará entonces en su trono de gloria, y serán reunidas ante él todas las gentes, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá a las ovejas a su derecha, los cabritos en cambio a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis,

enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme. Entonces le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos peregrino y te acogimos, o desnudo y te vestimos? o ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a verte? Y el rey en respuesta les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis. Entonces dirá a los que estén a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era peregrino y no me acogisteis; estaba desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces le replicarán también ellos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, peregrino o desnudo, enfermo o en la cárcel y no te asistimos? Entonces les responderá: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también dejasteis de hacerlo conmigo. Y éstos irán al suplicio eterno; los justos, en cambio, a la vida eterna”¹⁰⁴.

Sorprende la idea de ver a Dios necesitado. Ya mueve a misericordia ver a cualquier miserable necesitado de ayuda, más aún si es posible ayudarle; pero Jesucristo nos dice más: es Dios mismo el que nos pide ayuda, está ante ti pidiendo la limosna material y la limosna del amor. Dios quiere ser un mendigo, un hambriento, un sediento, un encarcelado, un peregrino y llamar en la puerta de nuestra alma para pedirnos algo. Es un modo divino de darnos, pues cuando damos limosna o amor, nos llena de su mismo amor y nos recompensa como sólo puede recompensar el mismo Dios: con la vida eterna. En la necesidad, el amor a Dios se concreta al máximo. Dios se solidariza con los perseguidos y con los desgraciados. La limosna al pobre es primero caridad con Dios y después con el hombre.

La limosna atrae la bendición de Dios y produce abundantes frutos; es “defensa de la esperanza, tutela de la fe, medicina del pecado, está al alcance del que la quiere efectuar, grande y fácil a la vez, sin peligro de que nos persigan por ella, corona de la paz, verdadero y máximo don de Dios, necesaria para los débiles, gloriosa para los fuertes. Con ella el cristiano alcanza la gracia espiritual, consigue el perdón de Cristo juez y cuenta a Dios entre sus deudores”¹⁰⁵.

Es lógico que ante estos beneficios diga gracias el que da limosna en lugar del mendigo o el necesitado, pues es el que más recibe. Este agradecimiento es una manera de no ofender la humildad del que pide, pero debe ser verdadero pues nace al percibir el beneficio recibido al dar.

La viuda pobre y generosa quizá acudió al Templo ocultando lo poco que estaba dando, como si le pareciese una miseria comparado con lo

¹⁰⁴ Mt 25,31-46

¹⁰⁵ San Cipriano. De las buenas obras y de la limosna, 27

mucho que daban otros; pero Jesús la ensalza y en el Cielo se anota su generosidad. ¡Qué distinta su actitud de la de los fariseos! “Ellos echaron mucho de lo mucho que tenían; ella echó todo lo que poseía. Mucho tenía, pues tenía a Dios en el corazón. Es más poseer a Dios en el corazón que oro en el arca. ¿Quién echó más que la viuda que no se reservó nada para sí?”¹⁰⁶.

Tanta alegría le produjo al Señor aquel gesto de la mujer que enseguida sintió necesidad de comunicarlo a sus discípulos. Es el mismo gozo que experimenta su Corazón cuando nos entregamos del todo. Si dar cosas es una manifestación de generosidad, más aún lo es darse uno mismo. Doy lo que tengo, dice el generoso/ me doy a mí mismo, dice el que ama/ me doy del todo, dice el santo. Ciertamente el Reino de Dios no tiene precio, y sin embargo “cuesta exactamente lo que tengas (...) a Pedro y a Andrés les costó el abandono de una barca y de unas redes; a la viuda le costó dos moneditas de cobre; a otro, un vaso de agua fresca...”¹⁰⁷.

No temamos poner a disposición de Jesús todo lo que tenemos. No dudemos en darnos nosotros mismos por entero. Cuando los hipócritas planteen a vuestro alrededor la duda de si el Señor tiene derecho a pedirnos tanto, no os dejéis engañar. Al contrario, os pondréis en presencia de Dios sin condiciones como “la arcilla en manos del alfarero” (Jer 18,6), y “le confesaréis rendidamente: Deus meus et omnia! Tú eres mi Dios y mi todo”¹⁰⁸. Buen consejo para la limosna material y para la entrega total de la propia vida.

“Cuando todo lo que se posee es un poco de calderilla resulta un don infinito. A veces los pobres son tan avaros como los ricos porque la avaricia se mide por la intención, no por las cuentas corrientes, pero es lógico que quienes más se preocupen por el dinero sean los que más tienen, los miserables casi no saben los que es. La viuda del templo sabía que su limosna no solucionaba nada, que el suyo era un acto, por así decirlo inútil,

¹⁰⁶ San Agustín Sermón 107

¹⁰⁷ San Gregorio Magno. Homilía 5

¹⁰⁸ San Josemaría Escrivá. Amigos de Dios. n. 167

pero al renunciar a unas moneditas, al importe de un modesto bocadillo, se deja caer, cerrando los ojos y con las manos vacías, en brazos de Dios”¹⁰⁹

¹⁰⁹ Carlos Pujol. Gente de la Biblia, la viuda del óbolo

Maria y la mujer

¿Cómo es el Corazón de María?

Como el de cualquier mujer, pero sin la experiencia del pecado personal y con la vivencia de la divinidad en grado máximo. La maternidad divina es determinante en su afectividad como antes lo fue su decisión de virginidad. Pero más aún lo será la convivencia con Jesús y la experiencia de la Pasión de su Hijo, que ya hemos considerado en otros lugares.

Con esta perspectiva no bastan los estudios sobre los sentimientos y pasiones humanos, aunque sean un comienzo. Aun así vale la pena mirar uno a uno los sentimientos base en María Santísima.

Amor. Parece que amar al Hijo Amado es fácil. Tanto es así que Isaías compara la ternura de Dios con la de una madre ante el hijo de sus entrañas. Pero la realidad no es tan sencilla. El bebé despierta ternura en toda mujer, y así ocurre a María. Ella ya experimenta la dulzura de carácter

No sin los hombres

Es impensable María Santísima estar aislada y separada de los varones. A lo largo de su vida destaca la convivencia con José, Jesús y Juan. Es protegida por ellos y los protege. Cada uno a su modo cuida de Ella y es cuidado por María. Pensar en la mujer sin tener en cuenta al varón no es lo que ocurre en la realidad.

La conciencia de la Iglesia sobre la figura de San José ha ido creciendo a lo largo de los siglos. En el siglo XX este crecimiento ha sido muy visible. La introducción de San José en el Canon romano de la Santa Misa en año 1962 fue muy notable, más aún cuando a lo largo de cuatro siglos no se había tocado nada en la liturgia aprobada por San Pío V. Juan Pablo II siguió un plan en sus encíclicas el Redentor del Hombre, el Hijo; el Dios rico en Misericordia, el Padre; el Espíritu vivificante, el Espíritu Santo; María, Madre de Redentor y San José Custodio del Redentor.

Para conocer a María conviene conocer a José y su misión. Nos interesa la relación entre los dos, sin entrar ahora en la dimensión completa de José. La Anunciación y la Encarnación del Verbo en las entrañas virginales de María no se entenderían sin el consentimiento matrimonial de José y María. Este consentimiento esponsal tampoco se entiende sin una conversación clara de la situación de María, probablemente paralela a las inquietudes religiosas de José. Pensar que las presiones familiares para un matrimonio entre dos jóvenes fuese suficiente para que uno de ellos acepte un matrimonio virginal no parece suficiente. María manifiesta que Dios le pide ser virgen. José comprende y acepta. Podríamos dejar la imaginación suelta, pero no es conveniente en un tema tan importante. Sí podemos, en cambio, decir que toda vocación va unida a la gracia para poder cumplirla. En toda la gama de clasificaciones que los teólogos han ido elaborando y que llega a ser algo farragoso, podemos decir que alcanza el nivel necesario. María se encontrará a nivel de relación personal con la divinidad, que llamamos hipostático. ¿Y José? No debe estar muy lejano su nivel de gracia preparatoria, que además crece en el tiempo con su colaboración.

Su consentimiento matrimonial forma parte de las condiciones para que la Encarnación se realice. Sin ese consentimiento, el que nacería sería hijo de una mujer no casada. Y, por tanto, expuesto al deshonor que la madre llevaría en la consideración social. Dios no quiso que María tuviera contacto con el pecado y la preservó del pecado original desde el momento

de su concepción. También los planes divinos incluyen el consentimiento de José para mantener limpia su buena fama.

Una mujer sola tiene siempre difícil sacar al hijo adelante. En aquellos momentos la dificultad era mucho mayor que hoy. La conveniencia de santificar la vida familiar tampoco se podría realizar. José con su hombría y su trabajo, protege a la Madre y al Niño como lo haría la mayoría de los hombres.

Pero había más, él había hablado con María antes de la anunciación y estaba en el secreto de su alma virginal. De ahí la inquietud al ver a María embarazada de tres meses, tiempo casi coincidente con la conversación y el desposorio. Sorprendido decide dejarla en secreto porque no se siente digno de estar ante un misterio que le supera ampliamente. Cuando el ángel le revela quién es el que va a nacer acepta la misión de padre según la carne, viviendo de un modo virginal con la Madre del Niño, su esposa.

A partir de ese momento la intimidad de los corazones entre los dos crece. Están los dos dentro del misterio, y los dos se unen a los planes de Dios que algo conocen a través de la Escritura por Isaías, Miqueas y los salmos junto a otras más veladas que quizá ven desde la luz que Dios les envía para una vida tan extraordinaria en lo ordinario. El amor esponsal es de una comunión y una amistad grande.

En el Nacimiento, la adoración de los pastores, la de los Magos, la Presentación en el Templo, la huida a Egipto y la vuelta a Nazaret se advierte el talento de José. Silencioso y con decisiones varoniles. Primero buscar el lugar más adecuado para el Nacimiento, luego estar presente en todos los acontecimientos que no dependen de ellos. Y cuando hay que tomar decisiones ante realidades difíciles de compaginar con la dignidad del recién nacido no cuestiona nada. Lleva al Niño y a su Madre al exilio de Egipto sosteniéndolos con su trabajo y con su fuerza. Al volver se ve que está al tanto de los acontecimientos políticos y de la catadura de los poderosos, no quiere volver a Judea, y marcha al lugar donde María y él se conocieron. María puede encontrarse segura con este hombre muy varonil hasta en sus silencios tan parecidos a los de muchos varones y que tanto sorprenden a sus esposas.

La vida de Nazaret se puede resumir en trabajo y vida de familia rezando juntos y cumpliendo todo lo que manda la ley, como los viajes a Jerusalén, como hacían las otras familias. Todo ordinario entre lo extraordinario.

El entendimiento entre María y José fue pleno y la unión de las voluntades también, cada uno a su modo. Es un matrimonio feliz. Su entorno familiar más amplio también disfruta de esa paz. Entre los apóstoles están dos primos de Jesús, no sabemos si son sobrinos de José o de María. La Madre de Santiago (Jacob) y de Judas Tadeo, llamada María

de Cleofás, está entre las discípulas de Jesús y acompaña a María a pesar de las incomprensiones familiares y del dolor de la Cruz.

La muerte de José precede a la de Jesús. La Providencia del Padre así lo quiere, y llama a aquel que ha hecho sus veces en la tierra con tanta dignidad. María sufre, y se alegra con la paz de este estupendo esposo. agradeciendo al Padre que le haya ahorrado lo que está por venir y Ella sabe conoce.

José es Esposo, Protector, Custodio y Padre según el espíritu. Esta es su misión con Cristo y su Madre bendita.

La mujer y el varón

Las relaciones entre varón y mujer nunca han sido tan fáciles a lo largo de la historia como lo fueron las de María y José. Éstos cuando se presenta un problema aportan generosamente su iniciativa y su acción. Es comprensible que fuese así dado su condición de Inmaculada Ella, y quizá él también. Sus limitaciones no son causadas por el pecado.

La historia es pródiga en abusos en las relaciones entre varón y mujer. Unas veces es la prostitución, incluso sagrada. Otras la resistencia de la mujer a ser dócil compañera. Los adulterios de unos y de otros. Las mil deformaciones de los matrimonios: poligamia, poliandria, infidelidad, hijos ilegítimos. Si se añaden los abusos de autoridad que se concretan en formas jurídicas de maltrato, como el repudio o el divorcio actual, hemos avanzado un poco en la explicación de la rebeldía actual ante esas actuaciones. Pero no está dicho todo. Conocidas son las venganzas femeninas ante los abusos reales o imaginarios: no dar el débito conyugal pudiendo hacerlo con excusas de enfermedad, quejas de locuacidad taladrante, apartar a los hijos del marido, hasta llegar al asesinato. Negarlo es ignorancia.

Intentar la armonía entre varón y mujer es una tarea de todos los tiempos. El nuestro tiene una facilidad, que puede ser una dificultad, pero que hay que tenerla en cuenta. La mujer suele ser independiente económicamente del varón. Eso es una ventaja ante los abandonos no muy frecuentes, pero existentes. Pero el divorcio engendra divorcio. La mujer teme la pobreza de la separación, se pone a trabajar, los dos esposos llegan agotados a casa, cuidan menos de los hijos y son más frecuentes las peleas al faltar el ambiente de hogar. No se trata de buscar culpables, sino de detectar problemas.

Muchas mujeres tienen hoy una autonomía y preparación intelectual por lo menos igual a la del varón. No tener en cuenta la vanidad masculina es una ingenuidad. Las soluciones son fáciles en teoría, no en la práctica. La autorrealización es una meta para muchas mujeres, y pueden

subordinarse a la maternidad. Para conseguir ese objetivo se usa los medios que hagan falta. Y no son muchos, continencia, anticonceptivos o aborto. Cada uno tiene sus problemas. Algunos gravísimos, tanto para la mujer como para el varón y su relación esponsal. La continencia puede enfriar el amor matrimonial subordinados a un puesto en la sociedad. La maternidad y la paternidad se reprimen. La generosidad amorosa se va desvaneciendo. La anticoncepción introduce una mentira en el amor sexual, hombre y mujer se usan llamando amor a lo que no es más que una forma de satisfacer el placer sexual sin consecuencias. El aborto es un homicidio que hiere gravemente a la mujer y algo menos al varón. Se puede armonizar todo, pero pensando con generosidad y sacrificio, como todo en la vida.

Otras veces se pide demasiado al matrimonio. Hombre y mujer no pueden dar la felicidad absoluta porque es imposible en esta vida tan llena de sufrimiento. Es necesario ser realistas y no pedir a la mujer o al varón algo que está fuera de sus posibilidades. También conviene incluir el sufrimiento en los proyectos, como los deportistas aceptan los durísimos entrenamientos, o como se acepta un trabajo duro para sobrevivir o para vivir mejor, o como se acepta la legítima defensa y la guerra ante el injusto agresor.

Por último está la comprensión. La psicología del varón y la mujer son distintas. También el modo de descansar. Y los gustos. Y los amigos. Comprender es ponerse en su lugar y no es fácil sin un amor que pasa por encima de uno mismo.

Para un cristiano la ayuda del sacramento representa varias cosas. Primero la seguridad de que los dos se casan para siempre, aunque haya leyes humanas que prohíben el matrimonio indisoluble civil con una antropología pesimista. Pero, sobre todo, está la gracia del sacramento del matrimonio que unida a los de la eucaristía y de la confesión ayudan a superar esas lacras que hemos ido enumerando y que se podrían ampliar.

Femineidad

Después de asentar bien la igualdad esencial de varón y mujer, sin subordinaciones, se trata de ver la armonía diferencial de la mujer en sí misma. Partíamos de la intuición de que en la mujer se realiza más el ser personal del Espíritu Santo. En consecuencia el camino para conocer mejor a la mujer es descubrir más quién es el Espíritu Santo. El Concilio de Constantinopla nos lo presenta como "Señor y dador de vida"¹¹⁰. Éste será el dato revelado primordial en el acto creador de la mujer en cuanto mujer. Otra mirada al ser personal del Espíritu Santo lo muestra como "vínculo

¹¹⁰Credo

personal de la unidad entre el Padre y el Hijo”. Este aspecto será básico en la consideración de la femineidad. Por otra parte, el Espíritu Santo es el Don amor del Padre y del Hijo.

La observación lleva a una correspondencia real. La mujer como mujer es esencialmente *dadora de vida, vínculo personal y don*. Las manifestaciones fenomenológicas, como son la fisiología, la intuición, la afectividad, las tendencias y actitudes ante la vida, la sociedad, la familia se radican en estos tres aspectos.

a) *Dadora de vida*. La maternidad es esencial para comprender el ser femenino, tanto si se realiza, como si no. La mujer es así porque puede ser madre. La corporalidad de la mujer se explica muy bien así, sin necesidad de abundar en datos, por otra parte evidentes. La identidad *sine qua non* de la mujer viene dada por el hecho de ser capaz de dar vida, sea cual sea su edad y realidad fecunda. Cuando se plantea la femineidad al margen de ser dadora de vida se pierde la identidad más radical. Si se actúa positivamente contra ella la degradación y la frustración están próximas. Desde luego partir de una comparación con el varón, o pretender que es elaboración cultural, o jurídica es jugar lejos del fundamento.

Para ser dadora de vida la mujer está dotada de características corporales obvias, su psique también está preparada para esta función. Sirva de ejemplo la constatación de un desarrollo de la intuición y la afectividad distinta del varón. Parece claro que estas dos cualidades son para cuidar de la vida. Puede que una mujer tenga poca formación, o mucha; alta o baja inteligencia; pero la intuición salva las barreras para cuidar la vida especialmente en sus primeras etapas en las que la dependencia es casi total. La intuición va más allá que la razón, es transracional, no irracional, y se sitúa más cerca del misterio de la vida. La experiencia interior de la intuición conoce un tiempo diferente del tiempo físico, como diría Bergson, es algo estimulante y misterioso al mismo tiempo que real. La afectividad se desarrolla en la mujer con una finalidad principal: satisfacer las necesidades afectivas del niño, aunque puede ser muy útil en otras circunstancias. La riqueza de sentimientos que esto conlleva enriquece a la persona y lleva a vivir con una especial intensidad en todos los ámbitos de la vida. No tiene por qué atenuar el actuar racional, pero indudablemente da un modo de ser femenino característico, sea cual sea la cultura. No encontramos mejor motivo de esta realidad afectiva que la necesidad de ternura que tiene la vida naciente. Los desarrollos físicos para la donación de vida son patentes. Ser dadora de vida condiciona toda la femineidad y es el primer paso para enfocar el derecho, la educación, la convivencia, la salud. Plantear la identidad femenina sin tener en cuenta el dato primero lleva a callejones sin salida y planteamientos vitales problemáticos. La raíz de la pérdida de identidad de muchas mujeres se puede atribuir a subordinar la donación de vida a otros factores como la

autorrealización o en otro rol en la sociedad. Es patente que al introducirse en la vida laboral muchas mujeres destacan en ella, pero también lo es que muchas lo hacen a costa de su identidad más radical. Y a la larga, o a la corta, surgen problemas. En Occidente muchas, con esfuerzo no pequeño, consiguen compaginar maternidad y trabajo profesional, pero no sin pocas dificultades en una sociedad diseñada para varones en el trabajo profesional.

Compaginar es la palabra clave. Pero ya son muchas las voces que claman contra los horarios excesivos, el deterioro de las relaciones conyugales, el papel insustituible de la madre en la educación, especialmente en el caso de niños difíciles física o psíquicamente. Las soluciones propuestas de orden y aprovechamiento de tiempo siempre son positivas, pero no son suficientemente radicales. Más importante es la autoconciencia cultural de la mujer. Conviene saber si toda mujer se siente realizada y valorada es por ser dadora de vida o por ser una triunfadora en el mundo laboral. Insensiblemente, sin hacer nada malo, se deriva culturalmente a considerar la autorrealización de la mujer en el trabajo civil como lo más importante, e, incluso, el tener hijos se lleva adelante porque son algo que agrada al propio yo, no como una donación de vida. De ahí, está a un paso una autofrustración difícilmente detectable según el tipo de cultura. Muchas crisis personales y familiares tienen ahí una buena parte de su explicación. Estos planteamientos se dan en colegios cristianos y no cristianos, en medios de comunicación, en la opinión pública; y, sobre todo, en la idea que muchas mujeres tienen de sí mismas. Ser maternal no excluye a la mujer del trabajo asalariado, pero es necesario un orden. El triunfo social tiene un valor indudable, pero no puede ser más importante que el ser madre. Quizá convenga recordar que la mujer no es un varón con un distinto desarrollo afectivo, si no alguien con una personalidad y una identidad propia. Una sociedad desarrollada encuentra soluciones a los problemas reales. Por ello se hace necesario superar las ideologías igualitarias que maltratan a la mujer al desconocer su identidad esencial.

La maternidad en la mujer no se reduce al hecho de dar la vida física, si no que abarca toda su vida: el trabajo profesional, y su puesto en la sociedad. Dar vida, protegerla, custodiarla frente a las aventuras idealistas es tarea de todos, pero más específica de la mujer. Aquí conviene hacer referencia a la mentalidad anticonceptiva y antinatalista como un fruto que daña a la mujer en su ser más íntimo. Haciendo una caricatura tomada de la mitología griega se puede considerar que el modelo de mujer es Venus: ni madre ni virgen, ni esposa, ni hija, frente a María Virgen y Madre, Esposa e Hija. La sexualidad queda reducida a la búsqueda de un disfrute del cuerpo cada vez más esquivo. Este tipo de mujer, cual nueva Eva, que reprime la maternidad generosa acabará con heridas profundas en su psique, su espíritu y en el cuerpo femenino.

b) *Vínculo personal.* La mujer está especialmente dotada para las relaciones personales y para la unión de personas. Es especialmente importante el papel de la mujer en la familia. Es evidente que el papel de esposa, madre, abuela, es distinto del correspondiente en el varón. Ser el eje de la familia es una tarea importante, pero extensible a las demás actividades sociales, laborales y políticas. Es conocida aquella respuesta de André Frossard cuando le preguntaron unos estudiantes ¿para qué vivo? y respondió que era una típica pregunta machista pues una mujer preguntaría más bien ¿para quién vivo? El egoísmo frustra a cualquier persona, pero más aún a la mujer. El papel de dadora de vida se ve muy claro en la mujer-niña que no ha conocido deformaciones culturales. El papel de vínculo personal se advierte mejor en la mujer-anciana en que su vida son los demás más claramente, salvando los defectos humanos que en nadie faltan.

De ahí que la amistad sea tan importante para la mujer y florezcan entre ellas con abundancia los fenómenos de solidaridad. Edith Stein se pregunta si hay algunas profesiones más adecuadas para la mujer y responde afirmativamente¹¹¹. Nosotros podemos decir que toda profesión y actividad está al alcance de la mujer, pero que algunas parece que le son más adecuadas y entre ellas las que hacen referencia a la relación personal. Aunque en todas el modo de ejercerla tiene o puede tener una distinta sensibilidad que el varón, dentro de la eficacia.

En la vida matrimonial es patente la importancia de este factor. Es conocido el análisis de Wojtila¹¹² en los tres niveles de la persona: el corporal, el afectivo o sentimental y el de intimidad. La plenitud de la persona se da en la comunión interpersonal de intimidad, pero esto es más intenso en la mujer, que siente más su falta. Es un error machista la elaboración cultural que pretende que la meta de la sexualidad femenina está en el placer sexual corporal. No se puede desestimar su valor, pero, como todo lo físico, es efímero. Si falta la afectividad en las relaciones sexuales pueden ser altamente frustrantes para la mujer. Más aún si falta en el amor la apertura de la intimidad. La decepciones en este terreno también son graves y una auténtica bomba de relojería. Es significativo que la mentalidad anticonceptiva sea más machista que feminista y haga más daño a la mujer que al varón. Aunque la insistencia de la propaganda haya alterado la percepción natural de muchas mujeres.

Una consecuencia de este amor fecundo es la especial destinación de la mujer a la educación de los hijos. Dar la vida no se limita al acto de dar a luz, si no que se prolonga toda la vida, especialmente en la primera etapa en que la dependencia del hijo es casi total para sobrevivir y para situarse en un mundo. En estas etapas es más necesaria la afectividad que el

¹¹¹Edith Stein *La mujer*. Ed Palabra

¹¹²Karol Wojtila. *Amor y responsabilidad*.

razonamiento, la constancia y la paciencia que las técnicas, la intuición que la programación. Aunque todo sea para bien. La inserción en el mundo es con frecuencia difícil y exige muchas destrezas. Pero la principal preparación para la vida adulta es un carácter asentado sobre la seguridad de saberse amado. Y esto es irrenunciable a todo ser humano.

c) *Don*. Todo ser humano se realiza amando y viviendo de amor. La gratuidad en el amor es una necesidad. Ya lo hemos estudiado en los primeros capítulos. En la femineidad tiene características propias. Desde el amor como admiración (eros), hasta el amor como querer el bien del otro (agapé), pasando por enseñar a amar al otro (filein); con la meta de la comunión personal (koinonía). Es necesario captar esa capacidad de darse de un modo característico. Aquí ya no se reduce a la maternidad o al campo laboral, sino que es querer por querer. La abundancia de presencia femenina en el cuidado de personas concretas en la familia y el mundo laboral es enorme en Occidente y, más aún, en otras culturas.

Aquí se puede englobar la virginidad cristiana. Esta virginidad es una elección libre y amorosa, nunca será una negación del valor de la maternidad, sino una superación por valores más altos. Para los cristianos se insiste en que esta elección es por seguir la vocación divina de amar con “el corazón indiviso”, es decir, amar con el alma y con el cuerpo. Tiene un valor escatológico por ser signo de la condición de los cuerpos resucitados. Se puede decir, que la mujer virgen debe tener corazón maternal, y que la mujer madre debe tener corazón virginal.

No sería comprensible hablar de la femineidad y dejar de mencionar la belleza. Los cánones de belleza en la mujer son cambiantes según la comprensión cultural y antropológica de cada momento, pero es visible la tendencia en la mujer a ser atractiva. Es cierto que se pueden dar deformaciones de vanidad, egocentrismo y frivolidad. Pero no es menos cierto que si una mujer descuida la atención por ser atractiva revela un deterioro de su interioridad. Esto es así porque la tendencia a ser atractiva se funda primordialmente en el papel de dadora de vida. El varón buscará a la mujer, y la mujer atraerá al varón. Es posible que decaiga esa atracción en provocación, pero eso no es más que una consecuencia del pecado, no algo original. El pudor es una defensa de la intimidad para no ser considerado como objeto, pero también es una manifestación de la atracción para el amor interpersonal y para alcanzar el papel de madre en la vida. Una consecuencia no pequeña es la sensación de seguridad que experimenta la mujer cuando se agrada a ella misma, es un aspecto derivado de la función primaria de atraer para la vida y para el amor interpersonal en el matrimonio

Masculinidad

Pocos son los estudios realizados sobre la masculinidad, quizá por estimar que durante siglos la preeminencia social del varón ha sido grande, llegando incluso a diversas formas de abuso sobre la mujer. Esta carencia no nos libera de llegar a la última raíz de esta manifestación tan importante del ser humano claramente diversa de la de la mujer, aunque igual en lo esencial.

Si tomamos la perspectiva desde arriba, desde la misma intimidad de Dios, Uno en esencia y Trino en personas, afirmamos que la masculinidad realiza más el ser personal del Verbo. Lo que caracteriza al Verbo es ser la Imagen perfectísima del Padre, su Palabra, su Verbo, la Verdad. La relación respecto a la creación es importante en nuestra consideración y seguimos la doctrina de San Pablo: "El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas, las visibles y las invisibles, ya sean los tronos o las dominaciones, los principados o las potestades. Todo ha sido creado por él y para él" (Col 1,15-16). En lenguaje aristotélico tomista es la causa ejemplar y final de la creación. Cuando el Padre quiere la creación en su amor fontal, toma al Hijo como modelo de un mundo de hijos.

a) *El trabajo creador.* El Verbo es la Palabra, el Logos, la Verdad. Amor, pero expresado en relación muy directa con el conocimiento. La generación del Hijo es por vía de conocimiento, aunque sea un acto de amor. Tanto varón y mujer son hijos en el Hijo. Pero con diferencias de misión como distintos son el Hijo y el Espíritu Santo. Ya vimos lo característico del Espíritu santo y de la femineidad. Veamos ahora lo específico de la masculinidad como modo de manifestarse el ser humano.

La masculinidad tiene mayor facilidad para buscar la verdad a través de los razonamientos abstractos, esto favorece la tendencia al idealismo, la elaboración de las grandes síntesis y sistemas. Por otra parte la relación con el mundo exterior es muy fuerte con una clara tendencia dominarlo, cosa que realiza a través del trabajo, llamado profesional o asalariado aunque toda actividad humana es trabajo. En los varones los éxitos y los fracasos influyen de modo muy importante, así como la carencia de un trabajo satisfactorio. Esta tendencia a dominar la creación se favorece con la capacidad de iniciativa asumiendo una serie de riesgos, que serían fatales para una mentalidad más conservadora, pero que, frecuentemente, dan buenos resultados. El varón se suele sentir motor del progreso. Otra característica del varón es una desarrollada fuerza física y anímica que facilita algunas tareas laborales, especialmente en las sociedades más primitivas.

b) *Protección de la vida a través de la femineidad.* La masculinidad es una variante humana orientada a servir a la vida a través de la

femineidad. El varón se cuida de la vida naciente siendo apoyo de la mujer, que, en la tarea de ser madre, se encuentra fuertemente absorbida por engendrar la vida, alimentar y educar al nuevo hombre. Sin la nueva vida poco sentido tiene la distinción sexual. Por eso, el cuidado de la vida da sentido a ambas; aunque no del mismo modo. Esto es patente en lo fisiológico, pero conviene tenerlo muy en cuenta en lo afectivo y en el planteamiento de la vida. Plantear masculinidad y femineidad como exclusivamente complementarios, en cortos fines mutuos, lleva al extraño fenómeno de la pareja cerrada, fuente de egoísmos y de frustraciones más o menos soterradas. Hombre y mujer podrán formar una pareja satisfactoria a condición de que sea abierta a la vida, fecunda, generosa, amorosa, cada cual a su modo

Objeciones

Se puede objetar que el varón también es dador de vida, vínculo personal, y ser capaz del don hasta el heroísmo. También que la mujer está dotada para la abstracción, para el trabajo creador fuera del ámbito de la familia y de engendrar vida educando a los hijos, tiene capacidad de iniciativa y de entusiasmo en todos los sectores de la vida en el mundo, sin faltarle la fuerza física y anímica suficiente para vivir bien el enfrentamiento con el mundo. Pero aun así, varón y mujer no son iguales más que en lo esencial. La diversidad viene dada por la intensidad en que se dan las características que hemos visto y que se enraízan a la relación del ser personal de la mujer del Espíritu Santo, y del ser personal del varón con el Verbo. Aun así queda un paso ulterior a dar en este sentido.

Paternidad y maternidad

Hombre y mujer tienen también una especial relación con Dios Padre. La maternidad y la paternidad participan de la paternidad-maternidad de Dios Padre. De Dios Padre brota el amor originario, el Padre es el eterno origen del amor. La generación eterna manifiesta la desbordante generosidad del Primer Amor. En la perfecta libertad del amor él es el Padre de todo y de todos. Su amor fontal es libre y liberador, da gratuitamente.

La paternidad y la maternidad reflejan el ser paternal de Dios que cuida de todos y hace llover sobre buenos y malos, tiene en cuenta hasta los cabellos de la cabeza y valora a cada hombre más que los pajarillos del campo. Cada hombre es valorado por sí mismo, no sólo por sus éxitos. La Providencia paternal y maternal de Dios alcanza a todos y cada uno de los hombres, y uno de los cauces para cuidar del hombre es la paternidad y la maternidad humanas que participan en el ser personal de Dios Padre.

El pecado distorsiona la realidad original

La realidad histórica del ser hombre y ser mujer está marcada por el pecado. Desconocer este hecho llevaría a no poder reconocer la realidad original. El espejo primero donde se refleja la imagen y semejanza de Dios está distorsionado, algo roto, aunque no del todo. Sólo Cristo es el Hombre perfecto que revela al hombre como es su situación y su ser¹¹³. Veamos algunas de estas distorsiones en la femineidad y la masculinidad para no confundirlas con lo original.

La mujer es dadora de vida en toda su actividad humana, especialmente en la maternidad. El pecado lleva a que por egoísmo y soberbia se cieguen las fuentes de la vida y de la donación. Una manifestación clara es la anticoncepción. La voluntad amorosa da y se da. La voluntad maliciosa se resiste y manipula la acción natural para separar lo placentero de lo fecundo. Los efectos en la mujer son un agostamiento de la espiritualidad y un endurecimiento del carácter. Hombre y mujer ya no engendran hijos de Dios, sino hijos para sí mismos, o ensimismamientos estériles. La anticoncepción mata a la madre y al padre, y con ello frustra una faceta esencial de la persona. Por ello se puede decir que la mentalidad fértil es profética porque defiende a la persona de las tinieblas de los egoísmos. Para esta deformación pecaminosa el otro se transforma en un objeto a utilizar, y, al perder el aspecto personal unitivo, el objeto deja de ser valioso y acaba molestando. El varón frustra su papel de ayudar a la vida a través de la mujer, con lo que la pareja cerrada y egoísta se hace muy poco capaz de amor verdadero y gratuito.

Una consecuencia de esta mentalidad es la dificultad de la comunicación personal entre hombre y mujer. Muchos se ven como cómplices y no como compañeros y amigos; ya no se ve al tú como otro yo que me perfecciona. De ahí es fácil que crezca otro enemigo siempre presente. Se cambia el intercambio de la comunión por la posesión y el dominio. Surgen de ahí las luchas por dominar que tan crueles heridas han dejado en la historia y en la plaga de las separaciones que encuentran en este defecto gran parte de su explicación. El problema no está sólo en la pareja, si no que pasa a las relaciones padres e hijos, al trabajo profesional, a los logros sociales. Se pierde el ideal de servicio, del amar gratuito, que se tilda de locura o de utopía irrealizable.

La envidia cambia el optimismo en rencor y amargura. Los demás son escalones, no personas, hermanos, hijos, otro Cristo. Mientras que la mentalidad sanada y cristiana entiende la locura de la entrega sin

condiciones, y el que pierde su vida la encuentra, y no sólo en lo más espiritual, sino incluso en forma de felicidad y plenitud, de esa que el mundo no puede dar. El envidioso no sirve, odia al servidor desinteresado.

El pecado torna el dominio del mundo exterior en una carrera por la competitividad. Lo importante no es amar y conocer la verdad, si no el éxito, y sus derivados de confort. La vida laboral pierde sentido si es necesario el sacrificio. Es una carrera a ninguna parte. En esta lucha la competitividad hiere más profundamente a la mujer. Si entra en esta lógica puede vencer en las luchas, pero a costa de perder lo gratuito, encerrándose en un ritmo de vida que la deja interiormente seca, arisca y frustrada. El mundo queda huérfano de servidores, desmadrado, desbrujulado también en lo humano.

La lujuria ciega los ojos del alma y convierte al hombre y la mujer casi en animales¹¹⁴. La castidad en cambio es fuente de amor limpio y de plenitud humana y amorosa¹¹⁵. Sin ella la vida matrimonial se empequeñece y ensucia. Pero fuera de ella las degradaciones son depravaciones como se ve en la promiscuidad, la prostitución y en la homosexualidad práctica. La falta de castidad hace imposible el amor verdadero.

La lógica del pecado es la del egoísmo y del orgullo. La lógica personalista es la del amor y la entrega. La primera deshumaniza, la segunda sana las heridas. La realidad cristiana es que es posible superar el pecado y alcanzar altas cotas de perfección y santidad, tanto en el hombre como en la mujer, cada uno a su modo. No se puede aceptar como natural lo que no es más que una consecuencia del pecado que hiere la condición femenina o masculina del ser humano. De ahí la importancia de volver a las fuentes de la creación remontándose al ser divino, Uno y Trino en personas

Si se observan las concreciones culturales a través de las cuales se percibe lo femenino y lo masculino es posible observar como la mayoría defienden la condición de la maternidad, pero es frecuente también que introduzcan a la mujer en una cierta subordinación. Un planteamiento más cristiano lleva a buscar la armonía de una igualdad diferente y consciente del valor de las diferencias. Es posible observar también la influencia de la cultura materialista que rechaza el papel de madre y busca una equiparación al varón como fórmula de autorrealización. Pienso que esta solución lleva a frustraciones mayores aún que la de las culturas primitivas por un análisis simplista de la realidad de hombre y mujer.

El contraste entre estas apreciaciones positivas de la diversidad sexual personal son bien distintas a las que proceden de otras culturas, como por ejemplo, el mito griego de Pandora, contado por Hesíodo. La

¹¹⁴ 1 Co 2,14

¹¹⁵ San Josemaría Escrivá. *Amigos de Dios*. Ed Rialp. n 175-190

creación de Pandora, la primera mujer, es un castigo impuesto por Zeus a los hombres beneficiados por el robo del fuego por Prometeo. Pandora está llena de atractivo externo para los hombres, pero su voluble interior está lleno de falsedades, palabras de engaño y un voluble carácter. Es la Eva griega que lleva como regalo de bodas con el débil Epimeteo, hermano de Prometeo, una jarra o caja, ella la abre por curiosidad y de ella salen multitud de males para los hombres y sólo queda en su interior la esperanza. En su regreso se convierte en salvadora, según la versión de Goethe. La noción de mujer que muestra el mito es claramente vejatorio para la mujer por ignorar la verdadera personalidad femenina en un mundo de hombres y para hombres¹¹⁶.

Indice

Mujeres valientes	1
Capítulo primero	2
Dos hermanas muy distintas	2
Marta y María, trabajo y oración.	2
Marta y María ante la muerte de su hermano	7
Capítulo Segundo	12
Mujeres pecadoras	12
La Magdalena. Pecadora y santa.	12
La samaritana, pecadora y apóstol	19
La mujer adúltera	25
Capítulo Tercero	30
Buenas madres	30
Isabel, madre y confidente	30
Juana Mujer de Cusa, un marido difícil.	36
La madre de dos Apóstoles, la vocación de los hijos.	40
Susana: para servir, servir.	47
Ana de Fanuel. Piedad de anciana y doctrina de teóloga.	50
Claudia, mujer de Pilato.	54
Capítulo Cuarto	59
Mujeres fuertes	59
Las mujeres al pie de la Cruz de Cristo.	59
La mujer encorvada eleva su mirada al cielo.	64
La limosna de la viuda pobre.	67
No sin los hombres	77
La mujer y el varón	79
Femineidad	81

¹¹⁶ Carlos García Gual. *Diccionario de mitos*. Ed Planeta 1997 p. 258 y ss

Masculinidad	85
Paternidad y maternidad	86
El pecado distorsiona la realidad original	87